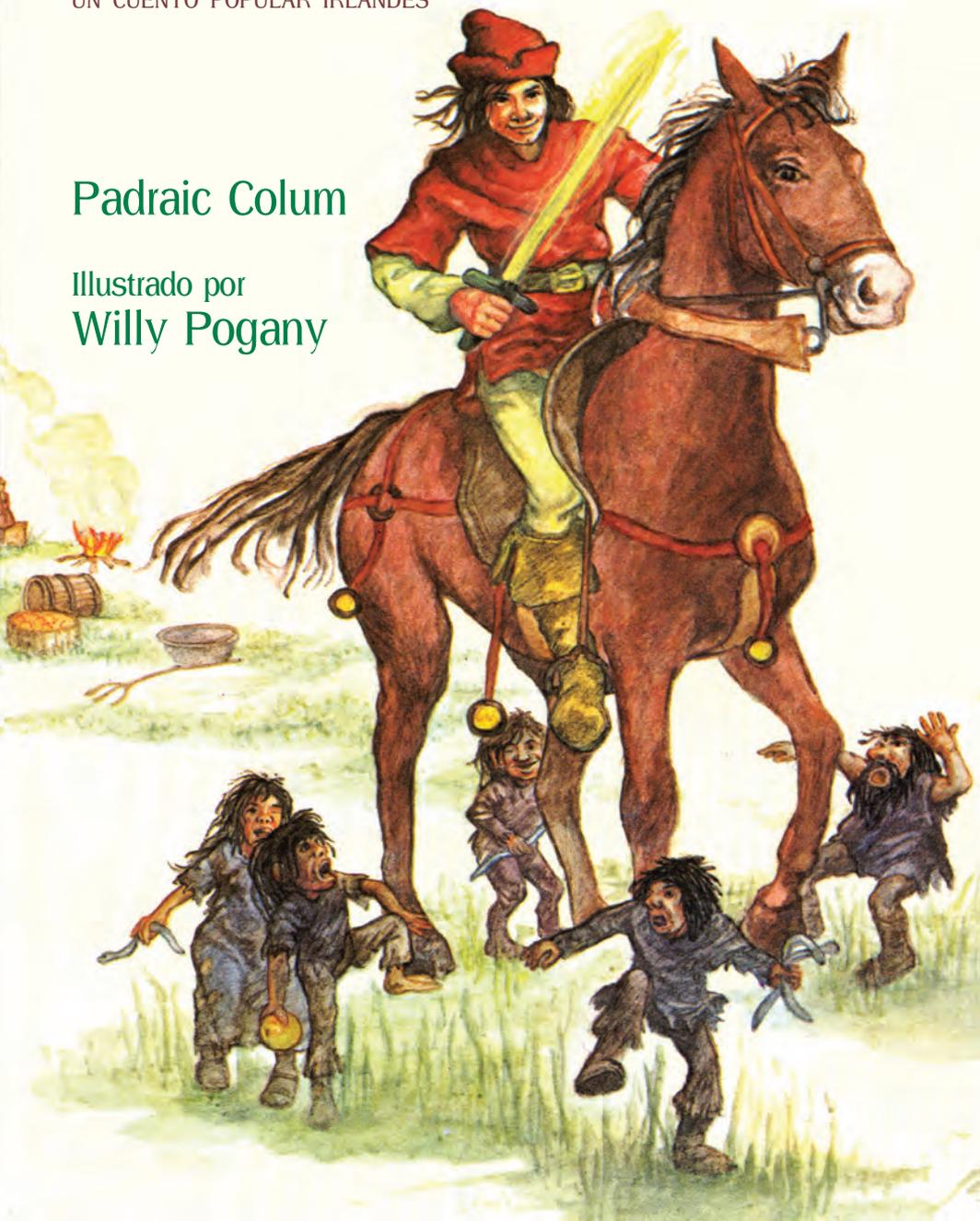


El Hijo del Rey de Irlanda

UN CUENTO POPULAR IRLANDÉS

Padraic Colum

Ilustrado por
Willy Pogany





El Hijo del Rey de Irlanda

Padraic Colum

Ilustrado por Willy Pogany

Traducción por Diego Rosado

Waldorf
PUBLICATIONS

Índice

Fedelma, la Hija del Hechicero	7
<i>El Asno y la Foca</i>	34
<i>El Envío del Huevo de Cristal</i>	37
<i>La Historia del Joven Cucú</i>	39
<i>La Historia de la Mujer-Nube</i>	42
 Cuando el Rey de los Gatos Vino a los Dominios del Rey Connal	 50
 La Espada de Luz y la Historia Única con tanto de las Aventuras de Gilly de la Piel de Cabra como hay en “El Libro de la Piel de Grulla”	 74
<i>La Historia Única</i>	119
 El Pueblo del Castillo Rojo	144
 El Rey de la Tierra de Neblina	173
 La Casa de Crom Duv.	186
<i>La Historia de Morag</i>	201
<i>La Historia del Serbal Encantado</i>	208
 La Mujer Adivina	226

Ilustraciones

<i>El Hijo del Rey de Irlanda rápidamente las reunió en un montón . . .</i>	24
<i>Pero la criatura lo capturó con sus largos brazos</i>	77
<i>“Oh, si esa es una vara de avellano esa que tiene en su arco, nos matará a todas!”</i>	92
<i>Montaba en un caballo de gruesa cola, gran cabeza y cuerpo manchado</i>	106
<i>Luego ella vio al cuerpo sentarse rígidamente</i>	126
<i>Luego vino una doncella que destacaba tanto entre las demás</i>	147
<i>Flama deVino se río con burla</i>	171
<i>Flann fue arrastrado como si se trata de la cola de una carreta</i>	192
<i>Ahí venía un gran caballo negro con una crin ondeante</i>	219

FEDELMA, LA HIJA DEL HECHICERO



I

Connal era el nombre del Rey que reinaba sobre Irlanda en aquel tiempo. Tenía tres hijos, y, como crecen los árboles, algunos torcidos y otros rectos, uno de ellos creció tan salvaje que, al final, el Rey y su Consejero tuvieron que dejarlo hacer todo a su manera. Este joven era el mayor de los hijos del Rey, y su madre había muerto antes de poder ser una guía para él.

Ahora que el Rey y su Consejero lo dejaron hacerlo todo a su modo, el joven del que les hablo no hacía nada más que montar y cazar todo el día. Bien, una mañana montó—

Sabueso a sus pies

Halcón en la mano

Un valiente corcel cabalgando con su amo

Y el cielo azul sobre él,

y montó hasta llegar a una vuelta en el camino. Ahí vio a un anciano gris sentado en un montículo de piedras, jugando un juego de cartas consigo mismo. Primero ganaba una mano, y luego ganaba la otra. Ahora diría, “Esa es mi buena derecha,” y luego diría, “Juega y vence eso, mi valiente izquierda.” El Hijo del Rey de Irlanda se quedó sentado en su caballo para mirar al extraño anciano, y mientras miraba, cantaba para sí una canción.

*Ato los nudos en mi bote
Por un año y por un día
Y fui a donde crecen los Serbales
Y donde descansan las gallinulas;*

*Y subí por los escalones
Y sumergí mis pies en el vado,
Y llegué al fin a la casa del Porquerizo,
El Joven sin Espada*

*Una golondrina cantaba sobre su portal
“Glu-ee, glu-ee, glu-ee,”
“Lo maravilloso de todo errar,
Lo maravilloso del mar;”
Una golondrina pronta a despegar cantó
“Glu-ee, glu-ee, glu-ee.”*

“Príncipe,” dijo el anciano mirando hacia él, “si puedes jugar una partida tan bien como cantas tu canción, me gustaría que te sentaras junto a mí.”

“Puedo jugar cualquier juego,” dijo el Hijo del Rey de Irlanda. Amarró a su caballo a la rama de un árbol, y se sentó en el montículo de piedras junto al anciano.

“¿Qué deberíamos apostar en este juego?” dijo el anciano gris.

“Lo que tú quieras,” dijo el Hijo del Rey de Irlanda.

“Si yo gano tú deberás darme cualquier cosa que pida, y si tu ganas yo deberé darte cualquier cosa que pidas. ¿Estás de acuerdo con esto?”

“Si tú estás de acuerdo, yo estoy de acuerdo,” dijo el Hijo del Rey de Irlanda.

Entonces jugaron, y el Hijo del Rey de Irlanda ganó el juego. “Ahora dime, ¿qué pides de mí, Hijo del Rey?” dijo el anciano gris.

“No debería pedirte nada,” dijo el Hijo del Rey de Irlanda, “pues creo que no tienes mucho que dar.”

“No te preocupes por eso,” dijo el anciano gris. “No debo romper mi promesa, y por lo tanto debes pedirme algo.”

“Muy bien,” dijo el Hijo del Rey de Irlanda. “Hay un prado detrás del castillo de mi padre y quiero verlo repleto con ganado mañana temprano. ¿Puedes hacer eso por mí?”

“Sí puedo,” dijo el anciano gris.

“Entonces quiero cincuenta vacas, todas blancas con una oreja roja, y un becerro junto a cada vaca.”

“El ganado será como tú lo desees.”

“Bien, cuando eso esté hecho, asumiré que la deuda está saldada,” dijo el Hijo del Rey de Irlanda. Montó su caballo, sonriendo al ingenuo anciano que jugaba cartas consigo mismo y pensaba que podría llevar cincuenta vacas, todas blancas, con una oreja roja y un becerro a su lado. Cabalgó alejándose—

Sabueso a sus pies

Halcón en la mano

Un valiente corcel cabalgando con su amo

Y el pasto verde bajo él,

y no pensó más en el anciano.

Pero a la mañana siguiente, cuando estaba llevando su caballo al establo, escuchó a los pajes hablando sobre un extraño suceso. Art, el Mayordomo del Rey, había salido y encontró en el prado detrás del castillo cincuenta vacas, todas blancas, con una oreja roja y un

becerro a su lado. El Rey le había ordenado a Art que se las llevara de ahí. El Hijo del Rey de Irlanda vio a Art y sus hombres tratando de hacerlo. Pero tan pronto como habían conducido al extraño ganado a un lado del prado, regresaban por el otro. Después vino Maravaun, el Consejero del Rey. Determinó que aquel era un ganado encantado, y que nadie en Irlanda podría llevárselo de donde estaba. Así que en el prado de siete acres se quedó el ganado.

Cuando el Hijo del Rey de Irlanda vio de lo que su compañero de apuestas era capaz, cabalgó de regreso al mismo lugar, para tratar de jugar otra partida con él. Ahí, en la vuelta del camino, sobre un montículo de piedras, el anciano gris estaba sentado jugando un juego de cartas, mano derecha contra izquierda. El Hijo del Rey de Irlanda ató su caballo a la rama de un árbol y desmontó.

“¿Encontraste saldada la deuda de ayer?” dijo el anciano gris.

“Así es,” dijo el Hijo del Rey de Irlanda.

“¿Entonces deberíamos jugar otra partida con el mismo acuerdo?” dijo el anciano gris.

“Estoy de acuerdo si tú estás de acuerdo,” dijo el Hijo del Rey de Irlanda. Se sentó bajo el arbusto junto al anciano y jugaron de nuevo. El Hijo del Rey de Irlanda ganó.

“¿Qué querías de mí esta vez?” dijo el anciano gris.

Ahora, el Hijo del Rey de Irlanda tenía una madrastra que a menudo tenía un mal temperamento, y esa misma mañana habían discutido el uno con el otro. Así que él dijo “Haz que un oso café sujetando un carbón ardiente en la boca, quite a Caintigern, la Reina, de su silla en el comedor esta noche.”

“Así se hará,” dijo el anciano gris.

Luego el Hijo del Rey de Irlanda montó su caballo y cabalgó alejándose—

Sabueso a sus pies

Halcón en la mano

Un valiente corcel cabalgando con su amo

Y el pasto verde bajo él,

y fue de regreso al castillo. Esa noche, un oso café sujetando un carbón ardiente en la boca, apareció en el comedor donde cenaban, y se quedó entre Caintigern la Reina y la silla que le correspondía. Ninguno de los sirvientes pudo llevárselo de ahí, y cuando Maravaun, el Consejero del Rey vino, dijo, “Esta es una criatura encantada también, y es mejor para nosotros dejarla en paz.” Así que toda la compañía se fue y dejó al oso café en el comedor, sentado en la silla de la Reina.”

II

A la mañana siguiente, cuando el Hijo del Rey de Irlanda despertó, dijo, “eso que pasó anoche en el comedor fue una cosa grandiosa. Debo volver y jugar un tercer juego con el anciano gris que se sienta sobre el montículo de piedras en la vuelta del camino.” Así que mientras era temprano montó y cabalgó de regreso—

Sabueso a sus pies

Halcón en la mano

Un valiente corcel cabalgando con su amo

Y el pasto verde bajo él,

y cabalgó hasta llegar a la vuelta en el camino. Desde luego, el anciano estaba ahí. “Así que has venido conmigo otra vez, Hijo del Rey,” dijo.

“Así es,” dijo el Hijo del Rey de Irlanda, “y jugaré un último juego contigo bajo el mismo acuerdo que antes.” Ató su caballo a una rama y se sentó en el montículo de piedra. Jugaron y el Hijo del Rey de Irlanda perdió. Inmediatamente el anciano gris tiró las cartas sobre las piedras y una ráfaga de viento vino y se las llevo. De pie, el anciano era increíblemente alto.

“Hijo del Rey,” dijo, “soy enemigo de tu padre y le he herido. Y a la Reina, que es la esposa de tu padre, la he herido también. Has perdido el juego, y para saldar tu cuenta tienes que cumplir mis condiciones. Deberás encontrar mi residencia y tomar tres pelos de mi barba en el plazo de un año y un día, o de otro modo, perderás tu cabeza.”

Con esto, tomó al Hijo del Rey de Irlanda por los hombros y levantándolo, lo montó en su caballo, al que dirigió hacia el castillo de Rey. El Hijo del Rey de Irlanda cabalgó—

Sabueso a sus pies

Halcón en la mano

Un valiente corcel cabalgando con su amo

Y el cielo azul sobre él.

Esa tarde, el Rey notó que su hijo se encontraba muy preocupado. Y cuando se acostó a dormir, todos en el castillo escucharon sus lamentos y sus quejidos. Al día siguiente, le contó a su padre la historia de principio a fin. El Rey envió traer a Maravaun, su Consejero, y le preguntó si sabía quién era aquel Hechicero y dónde podría encontrarlo su hijo.

“Por lo que él dijo,” dijo Maravaun, “podríamos suponer de quién se trata. Es el Hechicero de las Hondas Tierras Negras y

su residencia es difícil de encontrar. De cualquier modo, tu hijo debe buscarlo y tomar los tres pelos de su barba o de otra manera perderá la cabeza. Pues si el heredero del reino no salda sus cuentas honorablemente, la tierra de Irlanda será estéril, no crecerán los cultivos ni darán leche las vacas.”

“Y,” dijo el Consejero, “como un año es corto para su búsqueda, debería ponerse en marcha en cuanto antes, aunque debo admitir que no sé en qué dirección debe partir.”

Al día siguiente, el Hijo del Rey de Irlanda se despidió de su padre y sus medios hermanos, y comenzó el viaje. Su madrastra no quiso bendecirlo debido a que él había traído al oso café que la despojo de su lugar en el comedor. Tampoco lo dejó llevarse el buen corcel que siempre se llevaba. En su lugar, al príncipe fue entregado un caballo cojo de una pata y con la cola corta. Y ni su halcón ni su sabueso lo acompañaron esta vez.

Todo el día, el Hijo del Rey viajó por bosques y ruinas hasta llegar la noche. Los cantores pajaritos iban de la copa de un árbol a otra, y de rama en rama, yendo a descansar; pero si a eso iban ellos, él no, hasta que la noche fue completamente ciega y oscura. Entonces, el Hijo del Rey comió pan y carne, y colocó su alforja bajo su cabeza, y se recostó para descansar en los lindes de unas amplias ruinas.

En la mañana, montó su caballo y siguió cabalgando. Y mientras cruzaba las ruinas, vio una escena extraordinaria —por todas partes había cuerpos de criaturas muertas— un gallo, un gorrión, un ratón, una comadreja, un zorro, un tejón y un cuervo— todas las aves y bestias que el Hijo del Rey conocía. Y luego, al final de las ruinas, encontró dos criaturas vivas que forcejeaban. Una era un águila y la otra una anguila. La anguila se enroscó alrededor del águila, y el

águila había cubierto sus ojos con la membrana negra de la muerte. El Hijo del Rey saltó de su caballo y cortó a la anguila en dos con una filosa estocada de su espada.

El águila retrajo las membranas de sus ojos y miró directamente al Hijo del Rey. “Soy Laheen el Águila,” dijo ella, “y te pagaré por tus servicios, Hijo del Rey Connal. Debes saber que ha habido una batalla entre las criaturas —una batalla para decidir quien hará leyes por un año. Todos murieron excepto la anguila y yo, y si no hubieras venido, la anguila habría hecho las leyes. Yo soy Laheen el Águila, y siempre seré tu amiga. Ahora, debes decirme cómo puedo ayudarte.”

“Puedes ayudarme,” dijo el Hijo del Rey, “indicándome cómo podría encontrar los dominios del Hechicero de las Hondas Tierras Negras.”

“Soy la única criatura que puede ayudarte, Hijo del Rey. Y si no fuera anciana, te cargaría hasta allá en mi espalda. Pero puedo indicarte cómo llegar ahí. Cabalga hacia adelante por un día, primero con el sol frente a ti, y luego a tus espaldas, hasta llegar a la orilla de un lago. Quédate ahí hasta ver volar tres cisnes que descienden. Son las tres hijas del Hechicero de las Hondas Tierras Negras. Identifica a la que lleva en la boca un pañuelo verde. Ella es la hija más joven y la que puede ayudarte. Cuando los cisnes toquen el suelo, se convertirán en doncellas y se bañarán en el lago. Dos de ellas saldrán del lago, se cubrirán con sus pieles de cisne, se transformarán y se alejarán volando. Entonces deberás esconder la piel de cisne que corresponde a la más joven de las doncellas. Ella buscará y buscará, y al no encontrarla, gritará ‘haría cualquier cosa en el mundo por la criatura que encuentre mi piel de cisne.’ Dale la piel de cisne en ese momento, y dile que lo único que puede

hacer por ti, es mostrarte el camino a los dominios de su padre. Eso hará, y entonces habrás llegado a la Residencia del Hechicero de las Hondas Tierras Negras. Ahora, hasta luego, Hijo del Rey Connal.”

Laheen el Águila extendió sus alas y se alejó volando, y el Hijo del Rey siguió su travesía, primero con el sol de frente, y después a sus espaldas, hasta que llegó a la orilla de un amplio lago. Desmontó su caballo y descansó en el suelo. Tan pronto como el día aclaró, comenzó a observar el lago, buscando a los tres cisnes.

III

Aparecieron los cisnes, descendieron, y cuando tocaron el suelo se transformaron en doncellas y se metieron a bañar en el lago. La que llevaba el pañuelo verde, dejó su piel de cisne bajo un arbusto. El Hijo del Rey la tomó y la escondió en un árbol hueco.

Dos de las doncellas pronto salieron del agua, se cubrieron con sus pieles y volaron alejándose como cisnes. La doncella más joven permaneció un tiempo en el lago. Finalmente salió y comenzó a buscar su piel. Buscó y buscó, y por fin el Hijo del Rey la escuchó decir, “haría cualquier cosa por la criatura que encuentre mi piel de cisne.”

Entonces salió de donde estaba escondido y le entregó la piel. “Soy el Hijo del Rey de Irlanda,” dijo, “y quiero que me muestres el camino a los dominios de tu padre.”

“Preferiría hacer cualquier otra cosa por ti,” dijo la doncella. “No deseo ninguna otra cosa,” dijo el Hijo del Rey de Irlanda.

“Si te muestro ese camino, ¿estarás satisfecho?”

“Estaré satisfecho.”

“Nunca deberás enterar a mi padre de que yo te mostré el camino. Y cuando te presentes, él no deberá saber que eres el Hijo del Rey de Irlanda.”

“No lo dejaré saber que tú me mostraste el camino, ni sabrá tampoco quién soy.”

Ahora que tenía la piel de cisne, ella pudo transformarse. Silbó y un halcón azul descendió y se posó sobre un árbol. “Ese halcón es mi propia ave,” dijo ella. “Síguelo a donde vuela y llegarás a la residencia de mi padre. Ahora me despido de ti. Estarás en peligro, pero trataré de ayudarte. Mi nombre es Fedelma.” Montó vuelo como un cisne y se alejó.

El halcón azul fue volando de arbusto en arbusto y de roca en roca. La noche vino, pero al amanecer, el halcón azul volvió a aparecer. El Hijo del Rey continuó, y por fin vio la residencia frente a él. Entró en ella, y ahí, sentado en una silla de oro estaba el hombre que pareció tan alto cuando arrojó las cartas sobre el montículo de piedras. El Hechicero no reconoció al Hijo del Rey sin su halcón, su sabueso y las finas ropas que solía llevar. Le preguntó quién era y el Hijo del Rey contestó que era un joven aprendiz y recientemente había dejado de practicar con un mago. “Y,” dijo, “he escuchado que usted tiene tres bellas hijas, así que he venido pretendiendo ganarme a una de ellas como esposa.”

“En ese caso,” dijo el Hechicero de las Hondas Tierras Negras, “tendrás que completar tres tareas por mí. Si eres capaz de realizarlas, te daré a una de mis hijas en matrimonio. Si fallas en realizar cualquiera de ellas, perderás tu cabeza. ¿Estás dispuesto a enfrentar esta prueba?”

“Estoy dispuesto,” dijo el Hijo del Rey de Irlanda.

“Entonces te daré la primera de tus tareas mañana. Es desafortunado que hayas llegado hoy. En este país la comida se sirve una sola vez a la semana, y tuvimos la nuestra esta mañana.”

“Es igual para mí,” dijo el Hijo del Rey, “puedo estar sin bebida o comida por un mes sin dificultad.”

“¿Supongo que puedes prescindir también del sueño?” Dijo el Hechicero de las Hondas Tierras Negras.

“Fácilmente,” dijo el Hijo del Rey de Irlanda.

“Eso es bueno. Vamos afuera, te mostraré tu cama.” Llevó al Hijo del Rey fuera y le mostró un estrecho tanque de agua, seco, al final del tejado de la casa. “Ahí es donde dormirás,” dijo el Hechicero. “Acomódate dentro y prepárate para tu primer tarea al asomar el sol.”

El Hijo del Rey de Irlanda se introdujo en el pequeño tanque. Estaba incómodo, sin duda. Pero a media noche, Fedelma apareció y lo condujo a una buena habitación donde comió y durmió hasta que el sol estuvo a punto de salir. Ella lo llamó y él salió para acostarse de nuevo en el tanque de agua.

Tan pronto como asomó el sol, el Hechicero de las Hondas Tierras Negras salió de la residencia y se paró junto al tanque de agua. “Ven ahora,” dijo, “y te indicaré cuál es la primer tarea que debes realizar.” Lo condujo al sitio donde un rebaño de cabras se encontraba pastando. Alejado de las cabras había un cervatillo con patas blancas y pequeños cuernos brillantes. Al verlos, el cervatillo dio un brinco y se escabulló dentro del bosque tan rápido como una flecha disparada por el arco de un hombre.

“Esa era Patablanca,” dijo el Hechicero de las Hondas Tierras Negras. “Pasta con mis cabras, pero ninguno de mis pajes ha podido traerla a mi establo. Esta es tu primer tarea –persigue a Patablanca y

tráela al establo junto a mis cabras esta tarde.” Habiendo dicho esto el Hechicero de las Hondas Tierras Negras se alejó riendo.

“Adiós a mi vida,” dijo el Hijo del Rey de Irlanda, “podría intentar atinar a un águila en el ala, antes que dar alcance al cervatillo que desapareció de mi vista.” Se sentó en el suelo y su desconsuelo era grande. Luego su nombre fue llamado y vio a Fedelma acercársele. Se notaba afligida y dijo, “¿qué tarea te dio mi padre?” Él le dijo y ella sonrió. “Estaba preocupada pensando que se trataría de una tarea más terrible,” dijo ella. “Ésta es una fácil. Puedo ayudarte a atrapar a Patablanca, pero primero, come lo que te he traído.”

Colocó en el suelo pan, carne y vino, se sentaron, comieron y bebieron. “Pensé que te daría esta tarea,” dijo ella, “así que te traje algo del almacén de objetos encantados de mi padre. Estos son los Zapatos de Ligereza. Con ellos podrás alcanzar a Patablanca. Pero debes atraparla antes de que se haya alejado demasiado. Recuerda que debe ser traída cuando las cabras vuelvan hacia el establo al atardecer. Tendrás que caminar todo el camino de regreso, mientras sujetes sus cuernos de plata. Apresúrate ahora. Alcánzala con los Zapatos de Ligereza y luego tómala por los cuernos. Sobre todas las cosas, Patablanca teme perder sus cuernos de plata.”

Él le agradeció a Fedelma. Se puso los Zapatos de Ligereza y se internó en el bosque. Ahora podía ir tan rápido como vuela el águila. Encontró a Patablanca bebiendo en el estanque de los cuervos.

En cuanto lo vio, se apresuró de arbusto en arbusto. Los Zapatos de Ligereza eran de poca ayuda en aquellos espacios tan estrechos. Por fin, redujo la distancia a ella en el último de los arbustos. Era medio día. Había un prado llano frente a ellos y con los Zapatos de Ligereza, pudo alcanzarla. Había lágrimas en los ojos del cervatillo y él sabía que se debía a su temor por perder sus cuernos de plata.

Mantuvo sus manos en los cuernos y caminaron de regreso por millas de pastura llana, arbustos y bosque. Las horas pasaban más aprisa de lo que ellos caminaban. Cuando alcanzó los dominios del Hechicero de las Hondas Tierras Negras, vio a las cabras yendo rápido frente a él. Iban apuradas de las pasturas hacia el establo, una deteniéndose, quizás, para morder una hierba y otra dándole a la primera un tope para apurarla. “Por tus cuernos de plata, debemos ir más rápido ahora,” dijo el Hijo del Rey al cervatillo. Avanzaron más aprisa entonces.

Vio al Hechicero de las Hondas Tierras Negras esperando junto al establo, contando sus cabras mientras entraban, y echando un vistazo al sol. Cuando vio al Hijo del Rey aproximarse con su captura, se enojó tanto que dio un golpe a una vieja cabra barbuda que se había detenido a rascarse. La cabra se recompuso y lo embistió con sus cuernos. “Bien,” dijo el Hechicero de las Hondas Tierras Negras, “has completado esta primer tarea por lo que veo. Eres un mejor hechicero de lo que pensé. Patablanca puede ir dentro con mis cabras. Tú vuelve a tu sitio para dormir. Mañana temprano iré por ti para darte tu segunda tarea.”

El hijo del Rey de Irlanda regresó al tanque de agua seco. Estaba exhausto por su persecución a Patablanca. Tenía esperanza de que Fedelma apareciera y le diera refugio esa noche.

IV

Hasta que la blanca luna emergió sobre los árboles, hasta que los sabuesos fueron a cazar para ellos mismos, hasta que los zorros aparecieron y se escondieron en los corrales, esperando a que los

gallos y gallinas se asomaran con la primera luz –tanto tiempo estuvo el Hijo del Rey encogido en el tanque seco de agua.

Para entonces estaba rígido, adolorido y hambriento. Vio a un viejo búho blanco volando hacia el tanque. El búho se acomodó en el borde del tanque y miró al Hijo del Rey. “Tienes un mensaje para mí?” Preguntó. El búho encogió sus alas tres veces. Él pensó que eso significaba algo. Salió del tanque y se preparó para seguir al búho. Voló lentamente y cerca del piso, de modo que él pudiera seguirlo a lo largo del camino por el bosque.

El Hijo del Rey pensó que el búho lo conducía al sitio donde Fedelma se encontraba, y que ahí conseguiría comida y refugio por el resto de la noche. Y efectivamente, el búho voló hasta una pequeña casita en el bosque. El Hijo del Rey miró por la ventana y vio una habitación iluminada por velas y una mesa con platos y vasos, con pan, carne y vino. Y vio junto al fuego de la chimenea a una joven girando y girando una rueca, y su espalda daba hacia él, y su cabello era igual que el de Fedelma. Entonces abrió el seguro de la puerta y entro muy entusiasmado en la pequeña casa.

Pero cuando la joven en la rueca volteó se dio cuenta que no era Fedelma. Tenía una pequeña boca, una larga nariz de gancho, y sus ojos estaban bizcos. Mordió con sus largos dientes el hilo que preparaba y dijo, “Eres bienvenido aquí, Príncipe.”

“¿Y quién eres tú?” dijo el Hijo del Rey de Irlanda.

“Aefa es mi nombre,” dijo ella, “soy la mayor y más sabia hija del Hechicero de las Hondas Tierras Negras. Mi padre está preparando una tarea para ti, y será una tarea terrible, y no habrá nadie que pueda ayudarte, así que seguramente perderás tu cabeza. Y lo que te sugeriría hacer es escapar de este país de una vez.”

“¿Y cómo puedo escapar?” Dijo el Hijo del Rey.

“Sólo hay una manera de hacerlo,” dijo ella, “y es que tomes al Corcel Rojizo que mi padre ha asegurado bajo nueve candados. Ese corcel es la única criatura que te puede llevar a tu propio país. Te mostraré cómo obtenerlo y montaré contigo de regreso a tu hogar.”

“¿Y por qué harías eso?” dijo el Hijo del Rey de Irlanda.

“Porque me casaré contigo,” dijo Aefa.

“Pero,” dijo él, “si acaso sobrevivo, Fedelma será con quien me case.”

Tan pronto como dijo estas palabras, Aefa gritó, “Aprésenlo, mi gato de la montaña. Aprésenlo y sujétlenlo.” Luego, el gato de la montaña que estaba debajo de la mesa, brincó a través de la habitación y se prensó de sus hombros. Él corrió fuera de la casa. Mientras corría, el gato de montaña trataba de arrancarle los ojos.

Recorrió su camino a través del bosque y los arbustos, y se sintió enormemente aliviado al ver el tanque seco al final del tejado de la casa. El gato de la montaña se desprendió de sus hombros en ese momento. Él se metió en el tanque y esperó y esperó. Ningún mensaje de Fedelma llegó. Estuvo largo rato ahí, rígido, adolorido y hambriento, y antes de que el sol se asomara, el Hechicero de las Hondas Tierras Negras salió de la casa.

V

Espero que hayas tenido un sueño reparador esta noche,” dijo el Hechicero de las Hondas Tierras Negras cuando llegó a donde el Hijo del Rey de Irlanda se encontraba encogido, justo al salir el sol.

“Sí lo tuve,” dijo el Hijo del Rey.

“E imagino que te sientes listo para otra tarea,” dijo el Hechicero de las Hondas Tierras Negras.

“Más listo que jamás en mi vida,” dijo el Hijo del Rey.

El Hechicero de las Hondas Tierras Negras lo condujo más lejos que el establo de las cabras, a un refugio descubierto hecho para sus colmenas de abejas. “Quiero este refugio cubierto,” dijo, “y quiero que esté cubierto con plumas de pájaros. Ve,” continuó, “y reúne suficientes plumas de pájaros para cubrir el techo por mí, y consigue que esté hecho antes de la puesta del sol.” Le dio al Hijo del Rey flechas, un arco y un bolso para guardar las plumas, y le aconsejó buscar pájaros en el páramo. Luego volvió a su casa.

El Hijo del Rey corrió al páramo y buscó pájaros que lo cruzaran volando. Por fin apareció uno. Le disparó con una flecha pero no lo derribó. Recorrió todo el páramo pero no encontró otro pájaro. Tuvo la esperanza de ver a Fedelma antes de que su cabeza fuera cortada.

Luego su nombre fue llamado y vio a Fedelma acercándose a él. Lo miraba, como la vez anterior, con ojos afligidos, y preguntó qué tarea le había impuesto su padre. “Una tarea terrible,” dijo él, y le contó de qué se trataba.

Fedelma se rio. “Estaba preocupada de que te diera otra tarea,” dijo ella. “Puedo ayudarte con esta. Siéntate ahora, come y bebe de lo que te traje.”

Se sentó, comió y bebió y se sintió esperanzado viendo a Fedelma junto a él. Tras haber comido, Fedelma dijo, “mi halcón azul reunirá a los pájaros y arrancará las plumas por ti. De cualquier forma, a no ser que las reúnas rápidamente, habrá peligro, pues debes cubrir el techo para el atardecer.” Silbó y su halcón azul vino. Él lo siguió a través del páramo. El halcón azul voló alto e hizo un llamado de ave. Varias aves se reunieron y revolotearon, y el halcón se agitó entre ellas, tirando de sus plumas en la cola y en las alas.



El Hijo del Rey de Irlanda rápidamente las reunió en un montón.

Pronto hubo un montón de plumas en el piso —de palomas, grullas, urracas, cuervos, mirlos y estorninos.

El Hijo del Rey de Irlanda rápidamente las reunió en un montón. El halcón voló a otro sitio, y volvió a hacer su llamado de ave. Otras aves se reunieron, y el halcón se mezcló entre ellas, extrayendo plumas, y una y otra vez, el Hijo del Rey las reunió en su bolso. Cuando pensó que ya tenía suficientes plumas para cubrir el techo, corrió de vuelta al refugio. Comenzó el trabajo, uniendo las plumas con pequeñas varillas de sauce. Apenas había terminado cuando ocurrió la puesta de sol.

El viejo Hechicero apareció y cuando vio lo que había hecho el Hijo del Rey se sorprendió enormemente. “De verdad aprendiste del mago del que fuiste aprendiz,” dijo, “pero mañana te pondré a prueba con otra tarea. Vete ahora y duerme en el sitio donde dormiste anoche.”

El Hijo del Rey, contento por conservar su cabeza sobre los hombros, se retiró y fue a acostarse en el tanque de agua.

VI

Hasta que la blanca luna desapareció del cielo; hasta que la Gente Secreta comenzó a susurrar en los bosques —tanto tiempo estuvo el Hijo del Rey de Irlanda en el tanque de agua seco aquella noche.

Y después, cuando no estaba oscuro ni claro, vio una grulla volando hacia él. Descansó sobre el borde del tanque. “¿Tienes un mensaje para mí?” dijo el Hijo del Rey. La grulla dio tres golpecitos con su pico. Luego el Hijo del Rey se preparó para seguir al pájaro mensajero.

Ésta era la manera en que iba la grulla. Volaba un pequeño tramo del camino, y se detenía en el suelo hasta que el príncipe llegara a ella. Luego volvía a volar. Lo condujo sobre pantanos y pequeños arroyos. Y todo el tiempo, el Hijo del Rey pensó que era conducido al sitio donde se encontraba Fedelma —al sitio donde obtendría comida y descansaría hasta que el sol saliera.

Así continuaron hasta llegar a una vieja torre. La grulla aterrizó sobre ésta. El Hijo del Rey vio que había una puerta de hierro en la torre y jaló una cadena hasta que se abrió. Luego vio una pequeña habitación iluminada con velas y a una joven mirándose en el espejo. Su espalda daba hacia él y su cabello era igual al de Fedelma.

Pero cuando la joven se dio la vuelta, vio que no se trataba de Fedelma. Era pequeña y tenía una cara tostada y compacta como una nuez. Ella se mostró muy atenta con el Hijo del Rey de Irlanda, fue hacia él, tomó su mano y le sonrió.

“Eres bienvenido aquí,” dijo ella.

“¿Quién eres tú?” preguntó él.

“Soy Gilveen,” dijo ella, “la segunda y más amorosa de las tres hijas del Hechicero de las Hondas Tierras Negras.” Mientras le hablaba, lo acarició en las manos y en la cara.

“¿Y por qué enviaste por mí?”

“Porque conozco el gran problema en el que estás metido. Mi padre está preparando una tarea para ti, y será una terrible. Jamás serás capaz de completarla.”

“¿Y qué me aconsejarías hacer, Hija del Hechicero?”

“Permíteme ayudarte. En esta torre,” dijo ella, “se hallan los libros de más sabiduría en el mundo. Seguramente encontraremos una forma de sacarte de este país. Y luego, iré de regreso contigo a tu propia tierra.”

“¿Por qué harías eso?” preguntó el Hijo del Rey.

“Porque deseo ser tu esposa,” dijo Gilveen.

“Pero,” dijo él, “si logro sobrevivir, será con Fedelma con quien me case.”

Cuando dijo esto, Gilveen apretó su boca y su barbilla se vio como un cuerno. Luego silbó entre sus dientes, e instantáneamente todo en la habitación comenzó a atacar el príncipe. El espejo en la pared se propulsó hacia él y lo golpeó en la nuca. La pata de la mesa le dio un golpe terrible detrás de las rodillas. Vio dos velas saltando por el suelo para quemarle las piernas. Corrió fuera de la habitación, y cuando llegó a la puerta, ésta abanicó y le dio un empujón que lo expulsó de la torre. La grulla que estaba esperando fuera, descendió, cuello y pico extendidos, y arremetió contra su espalda.

Así que el Hijo del Rey fue de regreso sobre los pantanos y los pequeños arroyos, y se sintió aliviado al ver el tejado de la casa de nuevo. Se introdujo en el tanque. Sabía que no faltaba mucho para que el sol saliera y el Hechicero de las Hondas Tierras Negras vinera a darle la tercera y más difícil de las tres tareas. Y pensó que seguramente Fedelma estaba encerrada lejos de él y que no sería capaz de ayudarlo aquel día.

VII

Al amanecer, el Hechicero de las Hondas Tierras Negras fue a donde el Hijo del Rey se encontraba acurrucado y dijo, “ahora voy a darte la tercer y última tarea. Levántate y ven conmigo.”

El Hijo del Rey salió del tanque de agua y siguió al Hechicero. Fueron a donde había un pozo. El Hijo del Rey miró hacia abajo

y no pudo ver el fondo —tan hondo era el pozo. “Al fondo,” dijo el Hechicero, “está el Anillo de Juventud. Debes conseguirlo y traérmelo, o de otro modo perderás tu cabeza al atardecer.” Eso fue todo lo que dijo. Se dio la vuelta y se alejó.

El Hijo del Rey miro dentro del pozo y no encontró forma de descender por sus suaves paredes. Empezó el camino de regreso al castillo. Al andar se encontró con Fedelma, y ella lo vio con una mirada profundamente preocupada. “¿Qué tarea te dio mi padre hoy?” Dijo ella.

“El me indicó que descendiera al pozo,” dijo el Hijo del Rey.

“¡Un pozo!” Dijo Fedelma, y se mostró completamente angustiada.

“Debo tomar el Anillo de Juventud en el fondo y llevárselo,” dijo el Hijo del Rey.

“Oh,” dijo Fedelma, “te ha puesto la tarea que temía.”

Luego ella dijo, “tú perderás tu vida si el Anillo de Juventud no es recuperado del pozo. Y si pierdes la tuya, yo perderé la mía también. Pero hay una manera de descender por las paredes del pozo. Debes matarme. Toma mis huesos y ocúpalos como escalones para bajar. Luego, cuando hayas extraído el anillo del agua, acomoda mis huesos como estaban antes, y coloca el anillo sobre mi corazón. Recuperaré la vida. Pero debes tener cuidado de acomodar cada hueso como estaba originalmente.”

El Hijo del Rey cayó en una mayor angustia que Fedelma cuando la oyó decir esto. “No puede ser,” gritó él.

“Así debe ser,” dijo ella, “y por todos tus votos y promesas te ordeno hacerlo. Mátame ahora y has como te he indicado. Si es realizado, viviré. Si no, tú perderás tu vida y yo nunca recuperaré la mía.”

La mató. Tomó sus huesos como ella había indicado, y con ellos hizo escalones en las paredes del pozo. Buscó en el fondo, y encontró el Anillo de Juventud. Reunió los huesos nuevamente. De rodillas prosiguió, y ni su corazón palpitó, ni su respiración entró o salió, hasta que hubo acomodado todos en sus lugares. Sobre el corazón colocó el anillo. La vida volvió a Fedelma.

“Has hecho bien,” dijo ella. “Una sola cosa no está en su lugar – la punta de mi dedo meñique.” Ella le mostro su mano y él vio que su dedo pequeño estaba torcido.

“Te he ayudado en todo,” dijo Fedelma, “y en la última tarea no te habría podido ayudar si no me hubieras sido fiel cuando Aefa y Gilveen te llevaron ante ellas. Ahora las tres tareas han sido completadas, y puedes pedir a mi padre una de sus hijas en matrimonio. Cuando le lleses el Anillo de Juventud te dirá que hagas una elección. Rezo para que la elegida sea yo.”

“A nadie elegiré si no a ti, Fedelma. Tú tienes mi corazón,” dijo el Hijo del Rey.

VIII

El Hijo del Rey de Irlanda entró en la casa antes del sol poniente. El Hechicero de las Hondas Tierras Negras estaba sentado en su silla de oro. “¿Me has traído el Anillo de Juventud?” preguntó.

“Lo he traído,” dijo el Hijo del Rey.

“Dámelo entonces,” dijo el Hechicero.

“No lo haré,” dijo el Hijo del Rey, “hasta que me hayas dado lo que prometiste al finalizar mis tareas – una de tus tres hijas por esposa.”

El Hechicero lo condujo a una puerta cerrada. “Mis tres hijas están dentro de esa habitación,” dijo él. “Pon tu mano en el agujero

de la puerta, y la mano que sujetes cuando la abra, será la de tu futura esposa.”

Con eso, ¿no estuvo la mente del Hijo del Rey mortificada? Si sujetaba la mano de Aefa o de Gilveen, perdería a su amada Fedelma. Se quedó quieto sin mover su mano. “Coloca tu mano en el agujero de la puerta o desaparece de mi casa de una vez,” dijo el Hechicero de las Hondas Tierras Negras.

El Hijo del Rey de Irlanda se aventuró a poner su mano en el agujero de la puerta. Las manos de las doncellas en el interior estaban atadas juntas. Pero tan pronto como las tocó, encontró aquella con el dedo torcido. Sabía que esta era la mano de Fedelma, y esa fue la mano que sujetó.

“Puedes abrir la puerta ahora,” le dijo al Hechicero.

Éste abrió la puerta y el Hijo del Rey de Irlanda tiró de Fedelma hacia él. “Esta es la doncella que elijo,” dijo él, “ahora dale su dote.”

“La dote que me debería acompañar,” dijo Fedelma, “es el Corcel Rojizo.”

“¿Qué dote quieres que la acompañe, joven?” dijo el Hechicero.

“La dote deberá ser precisamente el Corcel Rojizo.”

“Ve al establo entonces y tómallo. Y espero que ningún mago bien entrenado como tú vuelva a aparecer por estas tierras.”

“No soy un mago bien entrenado, sino el Hijo del Rey de Irlanda. Y he encontrado tu residencia en menos de un año y un día. Y ahora, tomaré los tres pelos de tu barba, Hechicero de las Hondas Tierra Negras.”

La barba del Hechicero se erizó como las espinas de un puercoespín, y las bolas de sus ojos casi saltaban de su cara por la sorpresa. El Hijo del Rey arrancó los tres pelos de su barba antes de que pudiera siquiera levantar la mano o decir una palabra. “Monten el Corcel Rojizo y desaparezcan ustedes dos,” dijo el Hechicero.

El Hijo del Rey de Irlanda y Fedelma montaron el Corcel Rojizo y cabalaron alejándose, y el Hechicero de las Hondas Tierras Negras, y sus dos hijas, Aefa y Gilveen, iracundos, los observaron desaparecer.

IX

Cruzaron el Río del Toro, fueron sobre la Montaña del Zorro y se encontraron en el Valle del Tejón antes de que amaneciera. Y ahí, al pie de la Colina de Cuernos, encontraron a un anciano recolectando rocío del pasto.

“Podrías indicarnos donde encontrar al Pequeño Sabio de la Montaña?” le preguntó Fedelma al anciano.

“Yo soy el Pequeño Sabio de la Montaña,” dijo él, “¿y qué es lo que desean ustedes de mí?”

“Que nos unas en matrimonio,” dijo Fedelma.

“Lo haré. Vengan a mi casa, ustedes dos. Y como los dos son jóvenes y más aptos para caminar, permítanme montar su caballo.”

El Hijo del Rey y Fedelma desmontaron, y el Pequeño Sabio de la Montaña montó el Caballo Rojizo. Tomaron el camino que rodeaba la Colina de Cuernos. Y al otro lado de la colina, encontraron una choza techada con una enorme ala de ave. El Pequeño Sabio de la Montaña desmontó el Corcel Rojizo. “Bien,” dijo él, “ambos son jóvenes, y yo soy un anciano, así que sería apropiado que ustedes realizaran mis labores del día, antes de que me pidan hacer algo por ustedes. Ahora, tú,” dijo dirigiéndose al Hijo del Rey, “tomarías esta pala en tus manos y desenterrarías mis papas por mí? Y tú,” dijo dirigiéndose a Fedelma, “te sentarías en la piedra de molienda y molerías el trigo para mí?”

El Hijo del Rey se dirigió al jardín y Fedelma se sentó en la piedra de molienda que estaba frente a la puerta; él cavó y ella molió mientras el Pequeño Sabio se sentó frente al fuego hojeando un gran libro. Y cuando Fedelma y el Hijo el Rey se habían cansado de sus labores, él les dio nata de leche para beber.

Ella hizo pasteles con el trigo que había molido, el Hijo del Rey lavó las papás, el Pequeño Sabio las hirvió y así hicieron su cena. Luego el Pequeño Sabio de la Montaña derritió plomo e hizo dos anillos; un anillo se lo dio a Fedelma para que lo entregara al Hijo del Rey, y el otro se lo dio al Hijo del Rey para que lo entregara a Fedelma. Y cuando los anillos fueron entregados, dijo, “ahora están unidos en matrimonio.”

Pasaron esa noche con el Pequeño Sabio de la montaña, y cuando amaneció dejaron la choza techada con la enorme ala de ave, y se dirigieron hacia la Pradera del Brillo y el Bosque de Sombras que se encontraban entre ellos y los dominios del Rey de Irlanda. Cabalgaron en el Corcel Rojizo, y el Pequeño Sabio de la Montaña los acompañó una parte del camino. Se veía desanimado y cuando le preguntaron la razón, él dijo, “veo caminos divididos y viajes lejanos para ambos.”

“¿Pero cómo podría ser,” dijo el Hijo del Rey, “si en poco tiempo estaremos en los dominios de mi padre?”

“Podría ser que esté equivocado,” dijo el Pequeño Sabio, “pero si no lo estoy, recuerden que la devoción vuelve a unir caminos separados y que los corazones valerosos triunfan al final de todas las travesías.” Se despidió de ellos y volvió a su choza que estaba techada con una gran ala de ave.

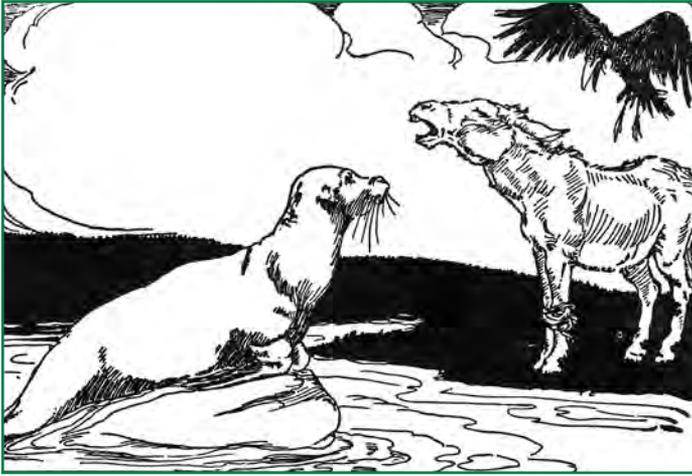
Ellos cabalgaron a través de las Pradera del Brillo y el halcón azul de Fedelma volaba sobre ellos. “Más adelante está un campo de

flores blancas,” dijo ella, “y mientras lo cruzamos debes contarme una historia.”

“Conozco de memoria,” dijo el Hijo del Rey, “sólo las historias que Maravaun, el Consejero de mi padre, ha puesto en un libro que está redactando —el libro llamado ‘La Armadura de Instrucción.’”

“Entonces,” dijo Fedelma, “cuéntame una historia de ‘La Armadura de Instrucción’ mientras cruzamos el campo de flores blancas.”

“Te contaré la primer historia que se encuentra en el libro,” dijo el Hijo del Rey. Luego, mientras cruzaban el campo de flores, el Hijo del Rey le contó a Fedelma la historia de



EL ASNO Y LA FOCA

X

Una foca que había pasado la tarde navegando curiosamente alrededor de la isla de Ilaun-Beg, se acercó y acomodó sobre una piedra plana para continuar con sus investigaciones. Estaba ahora a cinco yardas de la isla. En la pequeña playa había tres balsas en las que los hombres de la isla se internaban en el mar; se encontraban volteadas y sobre ellas habían colocado piedras pesadas para evitar que un fuerte viento se las llevara. La foca notó las balsas mientras descansaba en la piedra plana. Notó también que había un pequeño asno acomodado más allá de las balsas, refugiándose entre los riscos que lo resguardaban.

Este burro era tan curioso como la foca, y cuando vio a la tersa criatura agitando su cabeza con tal inteligencia, se acercó a la orilla del agua. Dos de sus patas estaban atadas con una cuerda de

paja pero, estando acostumbrado a tal impedimento, se movía sin ninguna incomodidad. Miró inquisitivamente a la foca.

El cuervo de cabeza gris que se encontraba en los riscos, aterrizó en un pico de piedra, y fungió como intérprete entre las dos criaturas.

“Andrajosa criatura de la isla,” dijo la foca, “amigo y seguidor del hombre, cuéntame sobre su fabulosa existencia.”

“¿Te refieres a los recolectores de paja?” dijo el burro.

“Sabes bien a quién se refiere,” dijo el cuervo de cabeza gris hostilmente, “respóndele ahora.”

“Me conflictúas cuando preguntas sobre los hombres,” dijo el burro. “No sé mucho sobre ellos. Ellos viven para sí mismos y yo vivo para mí. Sus casas están llenas de humo y me ciega los ojos entrar en ellas. Solía haber prados verdes y altos pastos que se convertían en alfalfa, pero ya no queda nada como eso. Creo que los hombres se han rendido de comer lo que crece del suelo. No veo nada, no huelo nada, que no sea peces, peces, peces.”

El cuervo de cabeza gris tenía clavada en el burro una mirada hostil mientras éste hablaba. “Dices todo eso,” dijo el cuervo, “porque dejan al pequeño caballo permanecer en su casa durante la noche, y a ti te apalean para que salgas.”

“Mi amigo,” dijo la foca, “es evidente que los hombres te engaña con apariencias. Yo conozco a los hombres. He seguido sus botes y he escuchado los maravillosos sonidos que hacen con sus voces e instrumentos. ¿No capturan peces de las profundidades con encantamientos? ¿No construyen sus viviendas con música? ¿No extraen a la luna del mar y la acomodan en sus casas como luz? ¿Y no es sabido que las más bellas hijas del mar han amados hombres?”

“Cuando permanezco despierto largo tiempo bajo la luz de la luna yo también me siento así,” dijo el burro. Luego, el recuerdo de estas noches heladas lo hizo bostezar. Después rebuznó.

“¿Cómo es vivir cerca de los hombres?” dijo la foca con admiración. “¡Qué maravillosos sonidos!”

“Cruzaría el agua y rozaría narices contigo,” dijo el burro, “sólo que temo a los cocodrilos.”

“¿Cocodrilos?” dijo el cuervo de cabeza gris.

“Sí,” dijo el burro. “Es porque soy de una familia muy antigua, sabes. Ellos eran egipcios. Los míos nunca disfrutaron cruzar el agua en su propio país. Ahí había cocodrilos.”

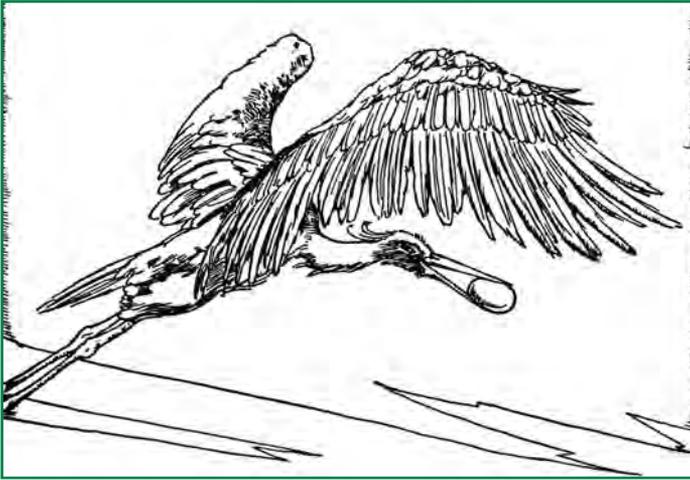
“No quiero perder más tiempo escuchando sinsentidos,” dijo el cuervo de cabeza gris. Voló a la espalda del burro y le arrancó algo de pelaje. “Tomaré esto para mi propia vivienda,” dijo el cuervo, y voló de vuelta a los riscos.

El asno habría pateado con sus pezuñas pero sus patas estaban atadas con la cuerda de paja. Se dio la vuelta, y sin una palabra de despedida para la foca, se fue escalando hacia lo alto de la isla.

La foca permaneció un rato agitando su cabeza inteligentemente. Luego se introdujo en el agua y navegó alejándose. “Uno siente sus vidas en su música,” dijo; “bellas tonadas vibran alrededor de la isla donde viven los hombres. Es maravilloso.”

“Esa,” dijo el Hijo del Rey, “es la primer historia de ‘La Armadura de Instrucción’ – ‘El Asno y la Foca’. Y ahora tú debes contarme una historia mientras cruzamos ese campo de flores azules.”

“Entonces esta será una historia muy breve,” dijo Fedelma. Cruzaron un pequeño campo de flores azules, y Fedelma contó



EL ENVÍO DEL HUEVO DE CRISTAL

XI

El Rey de Murias había escuchado que El Rey Atlas tenía que llevar El Mundo en sus hombros, así que le enviaron el Huevo de Cristal que se convertiría en el Cisne de Historias Interminables, de modo que su carga descansaría bien balanceada en las escamas de sus hombros, pues mientras el Cisne contara Historias del Norte, él miraría la Estrella del Norte; y por la mañana puntual y fresca, Historias del mundo del Este, cuando los Leones perdonados por Nemrod vinieran del estanque donde bebían; Historias del mundo del Oeste para el Rey cuando volteara con el sol; y, finalmente, susurros de Historias mágicas de África, su propia tierra.

Pero el Rey de Murias hizo a la Grulla su mensajero —la inestable Grulla cuyos pensamientos están siempre asustándola, Ella tropezó de Islote a Isla, Ella trastabilló de la Frontera a la Costa; Ella pasó

por grietas en las montañas y sobrevoló árboles como un fantasma; y luego voló de regreso en angustia cuando vio en las Planicies Huecas la batalla final entre Pigmeos y Grullas.

¿Dónde está el Huevo de Cristal que había sido enviado al Rey Atlas entonces? Ecllosionará un día y las Historias serán contadas a los hombres: eso es si no se encuentra depositado en el viejo Tesoro de algún Rey: ¿eso es si la inestable Grulla no lo perdió navegando sobre el Mar!

No tardaron mucho cruzando el pequeño campo de flores azules, y cuando éste terminó, llegaron a otro campo de flores blancas. Fedelma le pidió al Hijo del Rey que le contara otra historia, y por lo tanto él le contó la segunda historia en 'La Armadura de Instrucción'.



LA HISTORIA DEL JOVEN CUCÚ

XII

El joven cucú hacía intentos desesperados por salir del árbol hueco. Gritaba cada vez que fallaba en lograrlo.

Sus padres adoptivos habían pasado tanto tiempo junto a él que estaban agotados y tristes mientras los otros pájaros, sus crías empolladas, eran vigorosos y alegres. Ellos en cambio escucharon al que se empollaba en su nido, el joven cucú, que gritaba, pero esta vez no se acercaron a él. El joven cucú gritó de nuevo, pero había algo en su grito que a los padres adoptivos les recordaba a los halcones. Lo abandonaron. Se sentían miserables en su huida, estos pájaros, pues sabían que estaban cometiendo una traición.

Habían construido su nido en un árbol hueco que tenía una pequeña abertura. Una cucú había puesto su huevo en el suelo y, cargándolo en su pico, lo depositó en el nido. Su propio polluelo

había sido empujado fuera. Ellos habían consumido su energía consiguiendo provisiones para la terrible y fascinante criatura que había permanecido en su nido.

Cuando el tiempo llegó para que el joven montara en vuelo, no pudo hacer pasar su cuerpo por la abertura. Ayer había comenzado sus intentos. Los dos padres adoptivos habían volado hacia él una y otra vez con comida. Pero ahora su propio nido se había vuelto un lugar extraño para ellos. No volverían a acercarse a él. El joven cucú estaba condenado.

Un pájaro carpintero recorría el árbol. Miró dentro del agujero y vio a la gran ave torcida.

“Hola,” dijo el pájaro carpintero. “¿Cómo entraste ahí?”

“Nací aquí,” respondió el joven cucú secamente.

“Oh, ¿con que así fue?” dijo el pájaro carpintero y recorrió el árbol otra vez.

Cuando volvió a la apertura, el joven cucú estaba de pie con el pico abierto apuntando en su dirección.

“Aliméntame,” dijo él.

“Tengo que apresurarme para conseguir algo para mí mismo,” dijo el pájaro carpintero.

“Por lo menos, alguien debería traerme comida,” dijo el joven cucú.

“¿Cómo es eso?” dijo el pájaro carpintero.

“Bueno, ¿qué nadie debería?” dijo el joven cucú.

“No diría eso,” dijo el pájaro carpintero, “pero tienes tu ingenio, ¿no?” Él recorrió el árbol de nuevo y devoró una esbelta larva. El joven cucú forcejeó contra la salida y gritó de nuevo.

“No atraigas demasiada atención hacia ti,” aconsejó el pájaro carpintero cuando volvió. “Podrían pensar que eres un joven halcón, ¿sabes?”

“¿Quién podría pensarlo?” dijo el joven cucú.

“Los vecinos. Ellos harían pedazos a un pequeño halcón.”

“¿Qué debo hacer?” dijo el joven cucú.

“¿Qué está en tu naturaleza hacer?”

“¿Mi naturaleza?” dijo el joven cucú. “Está en mi naturaleza columpiarme en las ramas altas de los árboles. Está en mi naturaleza extender mis alas y volar sobre lugares placenteros. Está en mi naturaleza estar sólo. Pero no sólo como aquí. Sólo con el sonido de mi voz.” Y de pronto gritó, “¡cucú, cucú, cucú!”

“Sé que lo sabes,” dijo el pájaro carpintero. “Vendrá una tormenta,” dijo él, “confía en que un pájaro carpintero sabría eso.”

El joven cucú miró hacia el amplio cielo de nuevo, y gritó tan cruelmente que una rata que acababa de salir de un surco, fijó sus ojos en él. La criatura se veía mal para el joven cucú. Lluvia cayó en las hojas. Truenos rugieron. Un relámpago golpeó el árbol, y la parte sobre el hueco fue arrancada.

El joven cucú fue arrojado afuera, sobre el pasto, y se desplazó extrañado entre las gotas azules. “Qué mundo,” dijo. “Toda esta humedad y fuego y ruido para sacarme del nido. ¡Qué mundo!” El joven cucú era libre, y estas fueron las primeras palabras que dijo cuando salió al mundo.

Esa fue la última historia que el Hijo del Rey contó del libro de Maravaun, ‘La Armadura de Instrucción’. Habían llegado a otro pequeño campo de flores azules que cruzar, y mientras lo atravesaban, Fedelma le contó al Hijo del Rey—



LA HISTORIA DE LA MUJER-NUBE

XIII

La Mujer-nube, Mor, era la hija
de Griann, el Sol, –bien, y ella
Hizo un matrimonio para igualar el esplendor,
Pues su Enamorado era Lir, el Mar.

La Mujer-nube Mor, ella tuvo siete
Fuertes hijos, y los libros de historias dicen
Que sus pulgadas crecían por la noche,
Y crecían de nuevo en el día.

La Mujer-nube Mor, –mientras crecían en
Sus huesos, ella crecía en su orgullo,
Hasta que su altivez ahuyentó, según los hombres,
A su Enamorado Lir de su lado;

Luego ella vivió en la Casa de Mor y ella veía
Con orgullo a sus hijos y su cosecha,
Hasta que un día el deseo en ella creció
De ver desde la cima de la montaña
Todo, todo lo que poseía, así ella
Viajó sin ninguna parada.

¿Y qué es lo que vio? Un millar
De prados y sus propios prados pequeños, ¡pequeños!
“Que bello y amplio lugar es Eirinn¹,” dijo ella,
“Yo soy Mor, pero no grandiosa después de todo.”

Luego un pastor vino, y le dijo
Que sus hijos habían robado:
Habían dejado al ganado en el llano,
Con la parvada de gansos no permanecerían:

Habían visto tres botes en el mar
Y nada les interesaría más que irse:
Mor lloró y lloró cuando lo escuchó,
Y sus lágrimas hicieron ríos debajo.

Luego su esplendor radiante se desvaneció:
Se fue, y no dejó rastro,
Y la Mujer-nube, Mor, nunca más
Fue vista en el sitio.

La orgullosa mujer, Mor, que era hija
De Griann, el Sol, y que había hecho
Un matrimonio para igualar el esplendor,
Desapareció como una sombra.

¹ Palabra irlandesa para nombrar a su país (N. del T.)

XIV

Y esa fue la última historia que Fedelma contó, pues ya habían cruzado la Pradera del Brillo y habían llegado a un lugar sin nombre –un pasaje estrecho de suelo cuarteado con rocas negras y pasto muerto y raíces desnudas de árboles, con árboles de espino creciendo por aquí y por allá. “Temo a este lugar. No debemos parar aquí,” dijo Fedelma.

Y luego una parvada de cuervos vino desde las rocas, y volando directamente hacia ellos, atacaron a Fedelma y al Hijo del Rey de Irlanda. El Hijo del Rey saltó del caballo y, desenvainando su espada, peleó contra los cuervos hasta que los repelió. Siguieron montando. Entonces la parvada de cuervos voló de regreso y los atacó, así que el Hijo del Rey peleó de nuevo contra ellos, hasta que sus manos estaban exhaustas. Montó de nuevo en el corcel, y cabalgaron suavemente. Y los cuervos volvieron una tercera vez y los atacaron más fieramente que antes. El Hijo del Rey luchó hasta que había matado a todos excepto a tres, y hasta que estuvo cubierto con su sangre y sus plumas.

Los tres que escaparon volaron alejándose. “Oh, monta al Corcel Rojizo y cabalgemos rápidamente,” le dijo Fedelma al Hijo del Rey.

“Estoy completamente exhausto,” dijo él. “Ata el Corcel a una roca, coloca mi espada a mi lado, y deja que duerma con mi cabeza sobre tu regazo.”

“Temo por ambos si descansas aquí,” dijo Fedelma.

“Debo dormir, y te ruego que me dejes acomodarme la cabeza sobre tu regazo.”

“No sé qué te despertará si reposas aquí.”

“Despertaré,” dijo el Hijo del Rey, “pero ahora debo dormir, y reposaría con mi cabeza en tu regazo.”

Ella desmontó al Corcel Rojizo y lo ató junto a una roca, colocó su espada junto al lugar donde él descansaría, y acomodó su cabeza sobre el regazo. El Hijo del Rey durmió.

Fedelma vio a un hombre acercándose a través del lugar sin nombre, a través del suelo cuarteado, con pasto muerto y rocas negras, con sus raíces y brotes de árboles. El hombre que se acercaba era más alto que cualquier hombre que ella hubiera visto antes —era tan alto como un árbol. Fedelma lo reconoció por lo que había escuchado contar sobre él —sabía que se trataba del Rey de la Tierra de Neblina.

El Rey de la Tierras de Neblina vino directo hacia ellos. Se detuvo frente a Fedelma y dijo, “Busco a Fedelma, hija del Hechicero de las Hondas Tierras Negras, la mujer más bella entre los mares de Eirinn.”

“Entonces ve a la casa de su padre y busca a Fedelma ahí,” le dijo ella.

“La he buscado ahí,” dijo el Rey de la Tierra de Neblina, “pero ella la abandonó para irse con el Hijo del Rey de Irlanda.”

“Entonces búscala en el castillo del Rey de Irlanda,” dijo Fedelma.

“No haré eso. Fedelma está aquí y Fedelma vendrá conmigo,” dijo el Rey de la Tierra de Neblina.

“No lo abandonaré a él, con quien he enfrentado la adversidad,” dijo Fedelma.

Luego el Rey de la Tierra de Neblina levantó al Hijo del Rey de Irlanda, que aún dormía. Lo levantó más alto de lo que crecen

los árboles. “Lo arrojaré sobre las rocas y extinguiré la vida dentro de él.”

“No lo hagas,” dijo Fedelma. “Pero dime. Si voy contigo, ¿cómo podrían ganarme de vuelta?”

“De ninguna manera excepto blandiendo la espada cuya estocada me mataría –la Espada de Luz,” dijo el Rey de la Tierra de Neblina. Mantuvo al Hijo del Rey de Irlanda suspendido en el aire, a punto de arrojarlo contra las rocas. El halcón azul que sobrevolaba sus cabezas descendió y aterrizó en la roca detrás de ella. Fedelma supo que lo que dijeran ahora ella y el Rey de la Tierra de Neblina, sería escuchado y llevado a algún lugar para que alguien lo escuchara. “Deja al que amo, el Hijo del Rey, para que descanse,” dijo ella.

“Si no extingo la vida dentro de él, ¿vendrás conmigo, Fedelma?”

“Iré contigo si vuelves a decirme cómo podrían ganarme de vuelta.”

“Blandiendo la Espada de Luz, cuya estocada me mataría.”

“Iré contigo si juras por todos tus votos y promesas que no me convertirás en tu esposa ni tu amada por un año y un día.”

“Juró por todos mis votos y promesas que no te convertiré en mi esposa ni mi amada por un año y un día.”

“Iré contigo si permites que caiga en un sueño profundo que dure un año y un día.”

“Permitiré que sea así, más bella de las doncellas entre los mares de Eirinn.”

“Iré contigo si me dices qué me despertaría de ese sueño.”

“Si alguien corta una trenza de tu cabello con la Espada de Luz, despertarás del sueño.”

El halcón azul detrás de Fedelma escuchó las palabras del Rey de la Tierra de Neblina. Levantó vuelo y permaneció sobrevolando sus

cabezas con las alas extendidas. Fedelma quitó el anillo de su propio dedo y lo puso en uno de los dedos del Hijo del Rey, y escribió sobre la tierra en letras Ogham² “El Rey de la Tierra de Neblina.”

“Si no eres tu quien me despierta, amado,” dijo ella, “ojalá que nunca despierte.”

“Ven, hija del Hechicero,” dijo el Rey de la Tierra de Neblina.

“Extrae una rama de espino y dámela para que caiga en el sueño aquí,” dijo Fedelma.

El Rey de la Tierra de Neblina arrancó una rama de espino y se la dio a Fedelma. Ella sostuvo sus flores contra su cara y cayó en un sueño profundo. Por unos instantes, ella y el Hijo del Rey se encontraron durmiendo uno junto al otro.

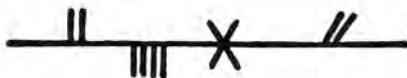
Luego el Rey de la Tierra de Neblina tomó a Fedelma en sus brazos y se desplazó a través del lugar sin nombre, sobre el suelo cuarteado con su pasto muerto y sus rocas negras y sus raíces de árbol, y los siguieron los tres cuervos que habían escapado a la espada del Hijo del Rey de Irlanda.

XV

Mucho tiempo después de que Fedelma fue capturada por el Rey de las Tierra de Neblina, el Hijo del Rey de Irlanda despertó de su reposo. Vio a su alrededor el lugar sin nombre con sus rocas negras y sus desnudas raíces de árboles. Recordó que había llegado ahí con Fedelma. Brinco incorporándose y la buscó, pero no había nadie cerca. “¡Fedelma, Fedelma!” Buscó y llamó, pero era como si nadie hubiera estado con él del todo. Encontró su espada, buscó a su caballo, pero el Corcel Rojizo también había desaparecido.

² Antiguo alfabeto galés (N. del T.)

Pensó que el Hechicero de las Hondas Tierras Negras los había seguido y le había arrebatado a Fedelma. Dio la vuelta para dirigirse al país del Hechicero, y en ese momento encontró lo que Fedelma había escrito sobre el suelo con las letras Ogham.



“El Rey de la Tierra de Neblina”

No sabía qué dirección tomar para dirigirse a los dominios del Rey de la Tierra de Neblina. Cruzó el suelo cuarteado pero no encontró un rastro de Fedelma o de quien se la había llevado. Se encontraba cerca del Bosque de Sombras. Fue a través del él. Mientras lo recorría, vio una multitud de sombras. No había nada más en el bosque –ni pájaros, ni ardillas, ni grillos. Las sombras tenían todo el bosque para ellas. Se desplazaban sutilmente de árbol en árbol, y de vez en cuando se detenían y esperaban. Varias veces, el Hijo del Rey se aproximó a alguna de las sombras que esperaba. Una se convirtió en un pequeño hombre con una barba. El Hijo del Rey vio esta sombra, una y otra vez. ¿Qué eran ellas, las sombras? Se preguntaba él. Tal vez eran criaturas sabias y podrían hablarle acerca de lo que necesitaba saber.

Pensó que las había escuchado susurrando juntas. Después, una pequeña sombra con piernas que dejaban rastros, se movió de un árbol a otro. El Hijo del Rey pensó que podría capturar una sombra y obligarla a revelar hacia dónde tendría que ir para llegar a los dominios del Rey de la Tierra de Neblina.

Fue detrás de una sombra y luego detrás de otra, y después espero junto a un árbol a que una viniera. Varias veces le pareció ver al pequeño hombre con barba y a la pequeña criatura con piernas

que dejaban rastros. Y luego comenzó a ver otras sombras —hombres con cabezas de buitre y hombres con exóticas espadas pesadas sobre sus hombros. Los siguió por largo rato a través del bosque y percibió cómo sus susurros se volvían más y más fuertes, y luego pensó que, mientras avanzaba, las sombras, en lugar de deslizarse delante de él, comenzaron a retornar, pasarlo, y rodearlo. Luego escuchó una voz justo debajo del suelo a sus pies, “Grita — grita tu propio nombre, Hijo del Rey Connal!” Luego, el Hijo del Rey gritó su propio nombre y los susurros cesaron en el bosque, y las sombras dejaron de desplazarse.

Siguió avanzando y llegó a un arroyo en el bosque, y fue contra su corriente toda la noche y todo el día, esperando encontrar a alguna criatura viva que le dijera cómo podría llegar a los dominios del Rey de la Tierra de Neblina. Al atardecer del siguiente día, llegó a donde el bosque se reducía y luego pasó los últimos árboles.

Vio a un caballo pastando: corrió hasta él y se encontró con que era el Corcel Rojizo que los había llevado a Fedelma y a él desde la casa del Hechicero. Luego, mientras tomaba las riendas del caballo, un sabueso corrió hasta sus pies y un halcón descendió, y reconoció que se trataba del sabueso y el halcón que lo acompañaban cuando salía a montar desde el castillo de su padre.

Montó y, viendo a su sabueso a sus pies y a su halcón sobrevolando en círculos, tuvo deseos volver al castillo de su padre, que sabía que se encontraba cerca, y donde podría averiguar dónde estaban los dominios del Rey de la Tierra de Neblina.

Así que el Hijo del Rey de Irlanda cabalgó de vuelta al castillo de su padre—

Sabueso a sus pies

Halcón en la mano.

CUANDO EL REY
DE LOS GATOS VINO
A LOS DOMINIOS
DEL REY CONNAL



I

El Hijo del Rey de Irlanda estaba de vuelta en casa, pero como no dejaba de preguntar por un Rey y un Reino del que nadie había oído jamás, la gente pensó que había perdido la cordura en su búsqueda del Hechicero de las Hondas Tierras Negras. Cabalgó todos los días a los alrededores, preguntándole a extraños si sabían dónde podría encontrar los dominios del Rey de la Tierra de Neblina, y después volvía al castillo de su padre con la esperanza de que hubiera aparecido alguien que le pudiera decir dónde encontrar lo que buscaba. Maravaun quiso relatarle fábulas de ‘La Armadura de Instrucción’, pero el Hijo del Rey no escuchó ni una palabra de lo que decía Maravaun. Después de un tiempo, escuchó las cosas que Art, el Mayordomo del Rey, le contaba, pues había sido Art quien notó, entre los anillos del Hijo del Rey, aquel anillo pesado en uno de sus dedos. Él se lo quitó, recordando el anillo de compromiso que el Pequeño Sabio había hecho, y luego se percató de que no llevaba el suyo, sino el de Fedelma. Sintió como si Fedelma le estuviera mandando un mensaje, y entonces sintió que sus pensamientos se ordenaban.

A partir de esto, por las tardes, cuando volvía de sus cabalgatas, cruzaría los prados con Art, el Mayordomo del Rey, o esperaría con él, mientras los pastores conducían el ganado a los establos. Luego escucharía lo que Art le relataba. Y una tarde escuchó a Art decir,

“el evento más notable que ha ocurrido, fue la llegada del Rey de los Gatos a esta tierra.”

“Escucharé lo que me digas al respecto,” dijo el Hijo del Rey. “Entonces,” dijo Art, “al hijo de tu padre, que con toda la verdad se le hable”—

El Rey de los Gatos se levantó. Era una criatura magnífica. Su cuerpo era café y rayado como si uno hubiera quemado madera con un herraje caliente. Como toda la raza de Gatos Nobles de la Isla del Hombre, no tenía cola. Pero tenía bigotes extremadamente finos. Iban a los costados de su cara la distancia de un plato. Tenía tales ojos que, cuando miraba hacia arriba, cualquier pájaro que cruzara volando, caía del cielo. Y cuando miraba hacia abajo, hacía un hoyo en el suelo.

Vivía en la Isla del Hombre. Una vez, fue Rey de los Gatos de Irlanda, Bretaña, Noruega y Dinamarca, todo el Norte y el Oeste. Pero cuando los escandinavos ganaron las guerras, los gatos de Noruega y Bretaña juraron por Thor y Odín que no mantendrían su alianza. Así que por cien años y un día, tendría alianza sólo con los Gatos del Oeste; eso es, de Irlanda y las Islas más allá.

El tributo que recibía era aún valioso. En Mayo, le era enviado un bote lleno de arenque. En Agosto, dos botes llenos de caballa. En noviembre recibía cinco barriles de ratones en conserva. El resto de las estaciones, recibía por tributo uno de cada cien pájaros que volaran cruzando de Islandia a Irlanda —petróicas, pinzones, jilgueros, estorninos, trogloditas y tiernos búhos jóvenes de establo. También le era enviado lo siguiente como muestra de alianza y respeto: un salmón, como muestra de su dominio sobre los ríos; una piel de mustela, como evidencia de su dominio en los bosques; un

grillo vivo como muestra de su dominio en la casa de los hombres; el cuerno de una vaca, para mostrar su derecho a una porción de la leche producida por el Mundo del Oeste.

Pero el tributo del Mundo del Oeste se fue haciendo más y más pequeño. Un año, el bote de arenque no llegó. La caballa sí le fue enviada más tarde, pero sabía que se debía a que mucha era pescada del mar para que los hombres granjeros la añadieran a sus campos y así creciera su cultivo. Después hubo un año en el que no recibió ni el salmón, ni la piel de mustela, ni el grillo vivo ni el cuerno de vaca. Entonces se sintió justificada y noblemente indignado. Se incorporó sobre sus cuatro patas en el suelo de su palacio, y le declaró a su esposa que él mismo iría a Irlanda para averiguar qué impedía que su correspondiente tributo le fuera enviado. Hizo llamar a su Primer Ministro y dijo, “prepara para Nosotros un Discurso del Trono.”

El Primer Ministro fue a la casa del Parlamento y escribió, “¡Oyez, Oyez, Oyez!” Pero no pudo recordar más del antiguo lenguaje en el que se escribían los Discursos del Trono. Fue a su casa y se colgó con una medida de cinta. Su esposa enterró el cuerpo bajo la loza de la chimenea.

“Con o sin discurso,” dijo el Rey de los Gatos, “haré una visita Real a mis súbditos en Irlanda.”

Fue a lo alto del risco y dio un salto. Aterrizó en la cubierta de un navío que llevaba a la Hija del Rey de Noruega para casarse con el Hijo del Rey de Escocia. El navío casi se hunde con el impacto de su aterrizaje. Corrió hasta las velas y se acomodó en el mástil de la nave. Ahí, acomodó de nuevo sus patas, y dio otro salto. Esta vez aterrizó en un bote que llevaba madera de roble para construir un Palacio del Rey en Londres. Se acomodó donde la pila de madera

era más alta, e hizo otro salto. Esta vez aterrizó en el Camino de los Gigantes, que va desde Irlanda hasta el mar. Se desplazó yendo de roca en roca, y luego caminó noble y firmemente sobre el suelo de Irlanda. Un hombre estaba montando a caballo con una mujer sentada en la silla detrás de él. El Rey de los Gatos esperó hasta que lo alcanzaron.

“Mi buen hombre,” dijo muy grandiosamente, “cuando vayas de regreso a tu casa, dile al gato cubierto de ceniza en la esquina que el Rey de los Gatos ha llegado a Irlanda para verlo.”

Sus modales eran tan elegantes que el hombre se quitó el sombrero y la mujer hizo un gesto de cortesía. Luego el Rey de los Gatos saltó a la rama de un árbol del bosque y durmió hasta que hubo pasado el calor del medio día.

Y casi olvido decirte que mientras dormía en la rama, sus bigotes se extendían sobre su cara, con el tamaño de paltos en ambos sentidos.

II

Al siguiente día el Hijo del Rey cabalgó lejos y a donde fue no vio ni a un hombre, o mujer, o criatura viviente. Pero al volver vio a un halcón navegando en el cielo sobre él. El cabalgó y el halcón continuó volando encima, nunca elevándose alto, ni descendiendo. El Hijo del Rey cargó una flecha en su arco y disparó al halcón. Inmediatamente se elevó y voló suavemente alejándose, pero una de sus plumas cayó frente al príncipe. El Hijo del Rey la levantó. Era una pluma azul. Luego el Hijo del Rey pensó en el halcón de Fedelma —en el pájaro que sobrevolaba sus cabezas mientras cruzaban la Pradera del Brillo. Éste podría ser el halcón de Fedelma,

al que le había disparado, y tal vez habría venido para mostrarle el camino a las Tierras de Neblina. Pero el halcón ya no alcanzaba a verse ahora.

Esa tarde no se acercó a los extraños en el castillo de su padre; en su lugar se quedó con Art que estaba mirando a los pastores conducir al ganado a los establos. Y después de un rato, Art dijo, “te contaré más acerca de la llegada del Rey de los Gatos a los dominios del Rey Connal. Y como antes, digo, ‘al hijo de tu padre, que con toda la verdad se le hable.’”

El Rey de los Gatos esperó en la rama del árbol hasta que la luna estuvo en el cielo como un pato asado en un plato de oro, y aun así ni mensajero, ni vasallo, ni súbdito vino a servirle. Estaba furioso, te digo, por la falta de respeto con que era tratado.

Esta era la razón por la que ninguno de sus súbditos fue a servirle durante tanto tiempo: el hombre y mujer con los que había hablado fueron a su casa y no dijeron ni una palabra sobre el Rey de los Gatos hasta que hubieron comido su cena. Luego, cuando el hombre fumaba su segunda pipa, le dijo a la mujer, “esa fue una cosa grandiosa, la que nos ocurrió hoy. Un gato que se acerca a dos Cristianos y les dice, ‘dile al gato cubierto de ceniza en la esquina que el Rey de los Gatos ha llegado a Irlanda para verlo.’”

Tan pronto como las palabras fueron dichas, el esbelto gato gris, cubierto de ceniza, que se encontraba tendido frente a la chimenea, saltó detrás de la silla del hombre.

“Diré esto,” dijo el hombre, “es un mal tiempo cuando dos Cristianos como nosotros son detenidos en su camino de regreso del mercado y ordenados —ordenados, no menos— a llevar un mensaje a su propio gato, en su propia casa.”

“Por mi pelaje, tardaste mucho en darme el mensaje,” dijo el gato detrás de la silla, “¿cuál era ese mensaje de cualquier manera?”

“El Rey de los Gatos ha venido a Irlanda para verte,” dijo el hombre, muy sorprendido.

“Es una maravilla que lo hayas dicho después de todo,” dijo el gato, yendo hacia la puerta. “¿Y dónde viste a su Majestad?”

“No debiste haber hablado,” dijo la esposa del hombre.

“¿Y cómo iba a saber que un gato entendería?” dijo el hombre.

“Cuando hayan terminado de hablar entre ustedes,” dijo el gato, “¿podrán decirme dónde vieron a su Majestad?”

“No te diré nada,” dijo el hombre, “hasta que haya escuchado de tu propia voz, tu nombre.”

“Mi nombre,” dijo el gato, “es Atrapa-r rápido y, bueno, ustedes deberían saberlo.”

“No te diremos ni una palabra,” dijo la mujer, “hasta que nos digas qué es lo que el Rey de los Gatos está haciendo en Irlanda. ¿Está trayendo guerra y rebeliones al país?”

“Guerra y rebeliones, — no madame,” dijo Atrapa-rápido, “pero sí a liberarnos de la opresión. ¿Por qué los gatos del país están flacos, flojos y cubiertos de cenizas? Es porque aquel gato que salga de su casa durante el día, para cazar o jugar, lo harán sufrir con la pérdida de un ojo.”

“¿Y quién los hace sufrir con la pérdida de un ojo?” dijo la mujer.

“Uno cuyo reino está por terminar,” dijo Atrapa-rápido. “Pero díganme, ¿dónde vieron a su Majestad?”

“No,” dijo el hombre.

“No,” dijo la mujer, “puesto que no nos gusta tu impertinencia. Vuelve al suelo de la chimenea, y vigila la madriguera del ratón por nosotros.”

Atrapa-rápido salió derecho por la puerta.

“Que la prosperidad nunca llegue a esta casa,” dijo él, “por haberme negado una respuesta cuando pregunté sobre el lugar donde su Majestad estuvo gustoso de hablarles.”

Pero pegó su oreja a la puerta una vez que estuvo afuera y escuchó a la mujer decir, “el caballo le dirá que vimos al Rey de los Gatos a una milla sobre el Camino de los Gigantes.” (Eso era un error. El caballo no habría dicho nada, pues los caballos no conocen el lenguaje que es hablado en las casas —sólo los gatos lo conocen completamente, y los perros lo conocen un poco.)

Atrapa-rápido ahora sabía dónde podría encontrar al Rey de los Gatos. Fue agazapado pasando por rejas, haciendo nudos entre campos, saltando en el bosque, hasta que llegó a la rama donde descansaba el Rey de los Gatos, sus bigotes extendidos del largo de un plato.

Cuando Atrapa-rápido se posó bajo la rama, maulló un poco en Egipcio, que es el lenguaje ceremonial de los gatos. El Rey de los Gatos se acercó al extremo de la rama.

“¿Quién eres tú, vasallo?” dijo en Fenicio.

“Un humilde súbdito de su realeza,” dijo Atrapa-rápido en Alto-Celta (un lenguaje muy apropiado para gatos, pero que sólo sus historiadores usan actualmente).

Continuaron su conversación en Irlandés.

“¿Qué señal debo mostrar a los otros para hacerles saber que usted es el Rey de los Gatos?” dijo Atrapa-rápido.

El Rey de los Gatos trepó en el árbol y derribó ramas pesadas. “Ahí hay una señal de mis poderes reales,” dijo él.

“Es una buena señal,” dijo Atrapa-rápido. Estaban por hablar de nuevo cuando Atrapa-rápido bajó su cola y se apresuró a trepar otro árbol, muy asustado.

“¿Qué te preocupa?” dijo el Rey de los Gatos. “No puedes quedarte quieto mientras le hablas a tu amo y señor?”

“El viejo Tejón viene en esta dirección,” dijo Atrapa-rápido, “y cuando encaja sus colmillos en uno, nunca permite que escape.”

Sin decir una palabra, el Rey de los Gatos saltó abajo del árbol. El viejo Tejón se acercaba entre los arbustos. Cuando vio al Rey de los Gatos se detuvo y mostró sus terribles colmillos. El Rey de los Gatos se agachó para saltar. Luego, el viejo Tejón se dio media vuelta y se alejó.”

“Oh, por mis garras y pelaje,” dijo Atrapa-rápido, “verdaderamente es el Rey de los Gatos. Déjeme ser su Consejero. Permítame informar a su Majestad en esto tiempos tan difíciles para sus súbditos y para usted mismo. Sepa que los gatos de Irlanda están empobreciendo y siendo oprimidos. Se encuentran bajo una terrible tiranía.”

“¿Quién oprime a mis vasallos y súbditos?” dijo el Rey de los Gatos.

“El Emperador Águila. Ha hecho una ley que prohíbe salir a los gatos de las casas de los hombres mientras los pájaros tengan asuntos que tratar (hace una excepción en el caso de los búhos).”

“Lo haré pedazos,” dijo el Rey de los Gatos. “¿Cómo puedo encontrarlo?”

“Ningún gato ha pensado en enfrentarlo,” dijo Atrapa-rápido, “sólo piensan en mantenerse fuera de su camino. Ahora déjeme aconsejarle, su majestad. Ninguno de nuestros enemigos debe saber que ha venido a este país. Deberá aparentar ser un gato común.”

“¿Qué? ¿Yo?” dijo el Rey de los Gatos.

“Sí, su Majestad, por el bien de todos sus súbditos, usted tendrá que aparentar ser un gato común.”

“¿Y ser sumiso y comer sobras?”

“Eso sólo será durante el día,” dijo Atrapa-rápido, “durante la noche tendrá su corte y un festín.”

“Por lo menos busca que el lugar donde me quede no sea una choza,” dijo el Rey de los Gatos. “Me rehusaré a entrar en una casa en donde los días de lavado haya ropas húmedas tendidas frente al fuego y todo eso.”

“Usaré mi mejor diplomacia para salvaguardar su comodidad y dignidad,” dijo Atrapa-rápido, “por favor nómbrame su Primer Ministro.”

El Rey de los Gatos nombró a Atrapa-rápido mordisqueando el pelaje de su cuello. Luego, el Rey y su Primer Ministro partieron. El Rey de los Gatos tuvo por cuartel una torre cilíndrica por uno o dos días. Atrapa-rápido hizo un viaje al campo. Fue a cada casa y susurró algunas palabras a todos los gatos que encontró, y ya fuera un gato vigilando una madriguera de ratón, atrapando grillos, o jugando con gatitos, cuando escuchaban las palabras, se ponían pensativos.

III

Muy, muy temprano al día siguiente, el Hijo del Rey de Irlanda cabalgó en busca del halcón azul, pero aunque montó desde el despuntar del alba hasta que las nubes se oscurecieron, no vio señal de él en roca, árbol, o en el aire. Muy desanimado, cabalgó de regreso, y después de que su caballo fue llevado a los establos, alcanzó a Art en las praderas donde el ganado pastaba. Y Art, el Mayordomo del Rey, dijo: “La llegada del Rey de los Gatos a los dominios del Rey Connal es una historia que aún debe ser contada, al hijo de tu padre, que con toda la verdad se le hable.”—

Atrapa-rápido, habiendo consultado a los Siete Ancianos del Consejo de Gatos, decidió que la Forja del Herrero sería la residencia para el Rey de los Gatos. Estaba limpia y era cómoda. Pero la mejor razón para acomodarlo en ese lugar era esta: gente y bestias de todas partes llegaban a la Forja y el Rey de los Gatos podría aprender por sus diálogos dónde se encontraba el Emperador-Águila, y cómo podría ser destruido.

Su Majestad encontró que la Forja no era mal lugar para que un Rey viviera en el anonimato. Estaba seca y cálida. Le gustaba mirar las flamas que crecían con el soplido de los fuelles. Acostumbraba sentarse sobre un montón de cuero en el suelo, y miraba a los caballos ser ensillados o esperar a ser ensillados. Escuchaba las charlas de los hombres. La gente de la Forja lo trataba respetuosamente y a menudo hacían referencia a su gran tamaño, su apariencia y sus buenos modales.

Todas las noches salía para el festín que los gatos le habían preparado. Atrapa-rápido siempre caminaba de vuelta a la Forja con él para aconsejarlo. Le advirtió que los humanos no debían saber que él entendía y podía conversar en su lenguaje —(todos los gatos conocen el lenguaje de los hombres, pero los hombres no saben que los gatos saben). Le dijo que no fuera muy arrogante (como un Rey es propenso a ser) con ninguna de las criaturas de la Forja.

El Rey de los Gatos tomó su consejo. Incluso acostumbraba girar sus orejas como señal de respeto hacia Mahon, el sabueso cuyo refugio se encontraba justo afuera de la Forja, y también a los sabuesos que visitaban a Mahon. Incluso hacía halagos al Gallo que caminaba arriba y abajo en el exterior.

Este gallo resultó muy irritante para el Rey de los Gatos. Se paseaba caminando, subiendo y bajando la cabeza, repitiéndose a

sí mismo, una y otra vez, “Soy El-Gallo-que-Camina, Soy El-Gallo-que-Camina.” Algunas veces entraba en la Forja y se lo decía a los caballos. El Rey de los Gatos se preguntaba cómo los humanos soportaban a una criatura tan estúpida y vacía. Tenía un fleco rojo que caía sobre uno de sus ojos. Tenía plumas moradas en su cola. Tenía grandes garras en sus patas. Solía ladear su cabeza y bostezar cuando el Rey de los Gatos aparecía.

El-Gallo-que-Camina solía entrar en la Forja de noche y dormir junto a los fuelles. Y cuando el Rey de los Gatos volvía de sus festines, se despertaba y volvía a decirse a sí mismo, “Soy El-Gallo-que-Camina, Soy El-Gallo-que-Camina, los gatos no son gente respetable.”

Una tarde, había hombres en la Forja. Estaban hablando con el Herrero. Uno dijo, “podrías decirnos, Herrero, ¿de dónde vino el hierro?” El Rey de los Gatos sabía, pero no dijo nada. El-Gallo-que-Camina entró por la puerta y asomó la cabeza como si estuviera escuchando.

“No puedo decirles de donde vino el hierro,” dijo el Herrero, “pero si ese gallo pudiera hablar, él podría decirles. El mundo sabe que el gallo es la más sabia y antigua de las criaturas.”

“Soy El-Gallo-que-Camina,” le dijo el gallo a una calza de asno oxidada.

“Sí, el gallo es una criatura magnífica,” dijo el hombre que había hecho la pregunta.

“No es magnífica en absoluto,” dijo el Rey de los Gatos, “y si me hubieran preguntado a mí, yo podría decirles de dónde vino el hierro.”

“¿Y de dónde vino el hierro?” dijo el Herrero.

“De las Montañas de la Luna,” dijo el Rey de los Gatos.

Los hombres en la Forja pusieron sus manos sobre las rodillas y lo miraron. Mahon el sabueso entró en la Forja junto con otros sabuesos a su espalda, y viendo a los hombres mirando al Rey de los Gatos, Mahon le acercó el hocico. El-Gallo-que-Camina abatió sus alas insolentemente. El Rey de los Gatos dio un zarpazo al fleco rojo con su pata. El gallo voló en el aire. El Rey de los Gatos saltó por la ventana, y cuando lo hizo, Mahon y los otros perros lo persiguieron.

IV

El Hijo del Rey de Irlanda cabalgó hacia el Este al día siguiente, y en la primera hora de su viaje vio al halcón azul navegando arriba. Lo siguió a donde iba, y el halcón nunca se elevó ni descendió, sino que navegó establemente, abatiendo el aire con sus alas sólo de vez en cuando. Sobre valles y claros, a través de llanos, el halcón azul y el Hijo del Rey siguieron. Luego su corcel flaqueó; no podía ir más lejos, y perdió de vista al halcón azul.

La oscura noche caía cuando volvió al castillo del Rey. Art, el Mayordomo del Rey, estaba esperándolo y caminaron junto a su caballo que cojeaba. Y después de avanzar un poco, Art dijo: “La llegada del Rey de los Gatos a los dominios del Rey Connal es una historia que aún debe ser contada, al hijo de tu padre, que con toda la verdad se le hable.”—

Por los poderes mágicos que poseen, a todos los gatos del país se les hizo saber que su Rey estaba siendo perseguido por sabuesos. Entonces, frente a todas las chimeneas, un gato maulló. Los gatos saltaron a las puertas, volcaron cunas sobre niños. Todos se pararon en el umbral y lanzaron la misma maldición —“que sus espaldas se

rompan, que sus espaldas se rompan antes de que puedan alcanzar al Rey de los Gatos.”

Cuando oyó los maullidos de sus vasallos y súbditos, el Rey de los Gatos giró poniéndose de espaldas y dio un zarpazo al primer sabueso que venía hacia él. Se incorporó. Tan firme se encontraba sobre sus cuatro patas que aquellos que lo embistieron no pudieron derribarlo. Irguió su cuerpo y levantó sus patas delanteras. Un cuerno sonó y eso les dio una excusa para escapar de las zarpas y colmillos, el poder y el vigor del Rey de los Gatos.

Luego, aunque podría costar a todos y cada uno de ellos la pérdida de un ojo, los gatos que lo tenían a la vista corrieron hacia él. “Iremos con usted, mi señor, lo ayudaremos, mi señor,” gritaron todos juntos.

“Vayan de vuelta a las chimeneas,” dijo el Rey de los Gatos. “Regresen y sean civilizados y silenciosos otra vez, Escucharan de mis hazañas. Iré a encontrar rastros de nuestro enemigo, el Emperador-Águila.”

Cuando escucharon ese anuncio, los gatos se lamentaron, y el ruido de sus lamentos era tan desgarrador que los caballos rompieron los arneses que llevaban sus riendas; hombres y mujeres perdieron el color en sus caras pensando que una temible visita se acercaba a sus tierras; cada saco de semillas y centeno se desplazó cinco veces a la izquierda y cinco a la derecha por el susto; platos se rompieron, cuchillos volaron, y el Castillo del Rey se sacudió hasta la piedra más profunda.

“No es tiempo de buscar el rastro del Emperador-Águila,” dijo Atrapa-rápido. “Quédate un tiempo más en la casa de los hombres.”

“Nunca,” dijo el Rey de los Gatos. “Nunca reposaré junto a la chimenea ni me subyugaré a los gallos y sabuesos y hombres.

Recorreré el mundo abierto ahora y encontraré al enemigo de la Raza-Gatuna, el Emperador-Águila.”

Sin mirar una sola vez hacia atrás, se dirigió hacia el bosque que estaba repleto de sus enemigos, los pájaros. Los gatos, cuando vieron que sus peticiones no eran escuchadas, volvieron a las casas donde solían quedarse. Cada uno se sentó frente a un agujero de ratón e hizo como si vigilara. Pero aunque los ratones daban vueltas a su alrededor, los gatos de Irlanda no les ponían atención esa noche.

Fue el gorrión, la más pequeña de las aves, el que lo vio y supo que se trataba del Rey de los Gatos. El gorrión voló a través del bosque para convocar al Clan-Halcón. Pero se acercaba el atardecer y los halcones habían tomado sus posiciones en el margen del bosque esperando capturar alguno de los pollos de los granjeros. Ni siquiera voltearon cuando el gorrión les avisó que un gato estaba en el bosque durante el tiempo en que estaba prohibido a los gatos estar fuera de las casas de los hombres. “Es el Rey de los Gatos,” decía el gorrión. Ninguno de los halcones levantó un ala. Seguían esperando a que alguno de los pollos apareciera errando después del atardecer.

Pero si el gorrión no podía reunir al Clan-Halcón, sí era capaz de convocar a las otras tribus de aves. “Un gato, un gato, por sus vidas, un gato,” anunciaba mientras volaba por el bosque. Las urracas que estaban volviendo a casa, se posaron sobre los árboles, graznando amenazas. Las golondrinas y pinzones gritaron mientras volaban frente al Rey de los Gatos. Los pájaros carpinteros, estorninos, tordos y petirrojos piaban mientras volaban detrás de él. Se apartaron de la parvada. “Aquí está, aquí, aquí,” anunciaban y volaban alto de nuevo. Las urracas seguían diciéndose entre ellas y a las otras aves del bosque lo que le harían al Rey de los Gatos. Pero

un solo cuervo hizo más contra él que mil urracas que tanto ruido producían. Este cuervo se encontraba en el hueco de un árbol. Arremetió contra la cabeza del Rey de los Gatos mientras lo pasaba volando.

Al Rey de los Gatos le irritaba el bullicio que hacían los pájaros, y lo enfurecía el golpe del cuervo, pero no quería comenzar una batalla con los pájaros. Se dirigía a la casa de la Bruja del Bosque, que en aquel entonces era conocida como la Bruja de los Fresnos, y tendré que contarte cómo el Rey de los Gatos escucho sobre ella, y cómo supo en qué parte del bosque se encontraba su casa.

V

Al día siguiente, el Hijo del Rey puso una brida al Corcel Rojizo y cabalgó hacia el Este nuevamente. Vio al halcón azul y lo siguió a donde volaba. Sobre planicies y cañadas, a través de montañas y páramos, el halcón azul volaba y el Corcel Rojizo no dudaba ni viraba, sino que seguía el vuelo del pájaro. El halcón se posó en un pino que se erguía sólo. El Hijo del Rey cabalgó hasta el árbol, y acomodó sus manos en el tronco para treparlo, apoyó su cabeza contra el árbol y, al hacerlo, escuchó el discurso del pino. “La estocada de la Espada de Luz derrotará al Rey de la Tierra de Neblina y la misma espada podrá despertar a Fedelma si con ella se corta una trenza de su cabello.” No hubo más palabras del pino, y el halcón se desprendió de sus ramas, volando alto y alejándose. Luego el Hijo del Rey cabalgó de vuelta al castillo de su padre.

Fue a las pasturas y se quedó con Art, para escuchar lo que tenía que decirle. Y como antes, el Mayordomo del Rey comenzó—

“Al hijo de tu padre, que con toda la verdad se le hable.”—

Atrapa-rápido le había dicho al Rey de los Gatos, “si algún día requiere el consejo de un humano, no debe ir con nadie más que la Bruja de los Fresnos, que en otra época fue llamada la Bruja del Bosque. Justo en el centro del bosque, se encuentran cuatro Fresnos que se unen en las copas. Ramas y varas entretejidas rodean los árboles, y en la pequeña casa hecha de esta manera, vive la Bruja de los Fresnos, con ninguna compañía desde que sus nueve hijas se marcharon, exceptuando a su cabra que es su única amiga.” El Rey de los Gatos se encontraba en el centro de bosque ahora. Vio los cuatro fresnos unidos en las copas y saltó hacia ellos.

Ahora, la Bruja de los Fresnos tenía una malvada vecina. Ésta era una grulla que había hecho su nido encima del techo de la pequeña casa. El nido impedía que el humo saliera de la casa por arriba, así que la casa estaba llena de él. La Bruja apenas podía sobrevivir con todo ese humo, pero no podía quitar el nido ni expulsar al ave.

La grulla estaba ahí cuando el Rey de los Gatos saltó sobre el techo. Estaba sentada con sus dos patas estiradas, y en cuanto el Rey de los Gatos aterrizó junto a ella, se escabulló y voló sobre los árboles. “Hora de que me marche,” dijo la grulla. Y desde aquel día hasta hoy, no ha vuelto a la casa de la Bruja de los Fresnos.

“Oh, muchas gracias, buena criatura,” dijo la Bruja de los Fresnos, saliendo de su casa. “Desbarata su nido ahora y permite que el humo salga por el techo.”

El Rey de los Gatos desprendió los palos y lana que formaban el nido de la grulla, y entonces el humo salió por el techo de la casa. “Oh gracias, buena criatura que ha destruido el nido de la grulla. Ven al suelo ahora y haré por ti cualquier cosa que te sea de ayuda.”

El Rey de los Gatos bajó al suelo de la casa de la Bruja, y vio a la Bruja de los Fresnos sentada en una esquina. Ella era una pequeña, pequeña mujer con una capa gris. Por todo el suelo había montoncitos de ceniza, pues solía encender fuego en una esquina y, cuando se extinguía, encendía otro junto a las cenizas del primero. El humo nunca se había ido por el agujero en el techo desde que la grulla había hecho su nido ahí. Su cara estaba amarilla por el humo, y sus ojos entre cerrados por lo mismo.

“¿Sabes quién soy, Bruja de los Fresnos?” dijo el Rey de los Gatos una vez que estuvo en el suelo.

“Eres un gato, cariño,” dijo la Bruja de los Fresnos.

“Soy el Rey de los Gatos.”

“El Rey de los Gatos en verdad. Y fuiste tú quién dejó salir el humo por el techo de mi pequeña casa, al destruir el nido que construyó la grulla sobre él.”

“Sí fui yo quien hizo eso.”

“Bienvenido seas entonces, Rey de los Gatos. ¿Y con qué servicio puede retribuirte la Bruja de los Fresnos?”

“Iré a donde se encuentra el Emperador Águila. Muéstrame el camino.”

“Por mi capa que lo haré. El Emperador Águila vive en la cima de la Colina de Cuernos.”

“¿Y cómo puedo llegar a la cima de la Colina de Cuernos?”

“No tengo idea de cómo puedas llegar a la cima. Todo sobre la colina es desolación. Ninguna criatura de cuatro patas puede alcanzar la cima –ninguna criatura de cuatro patas, quiero decir, excepto mi cabra, que está atada afuera al arbusto de espino.”

“Montaré en la espalda de tu cabra a la cima de la Colina de Cuernos.”

“No, no, buen Rey de los Gatos. Sólo tengo a mi cabra por compañía, y ¿cómo podría soportar separarme de ella?”

“Préstame tu cabra y, cuando regrese de las Colina de Cuernos, bañaré sus cuernos en oro y sus cascos en plata.”

“No, no, buen Rey de los Gatos. ¿Cómo voy a soportar que mi cabra esté lejos de mí, y sin tener otra compañía?”

“Si no me permites montar su cabra a la cima de las Colina de Cuernos, dejaré una marca en tu casa para que la grulla vuelva a construir su nido en el techo.”

“Entonces llévate a mi cabra, Rey de los Gatos. Llévate pero permite que vuelva a mi pronto.”

“Lo haré. Ven conmigo y ordénale que me lleve a la cima de las Colina de Cuernos.”

El Rey de los Gatos salió de la casa y la Bruja de los Fresnos cojeó detrás del él. La cabra estaba descansando debajo del arbusto de espino. Puso sus cuernos contra el suelo cuando se le acercaron.

“¿Irás a la Colina de Cuernos?” dijo la Bruja de Fresnos.

“Claro que no lo haré,” dijo la cabra.

“Oh, lo suaves setos en el camino a la Colina de Cuernos —dulce deben saber en la boca de una cabra,” dijo la Bruja de los Fresnos. “Pero mi propia, pobre cabra prefiere quedarse aquí y comer los cardos quemados.”

“¿Por qué no me dijiste de los setos en el camino a la Colina de Cuernos antes?” dijo la cabra, incorporándose. “A la Colina de Cuernos iré.”

“Y dejarás que un gato monte en tu espalda a la Colina de Cuernos?”

“Claro que no haré eso.”

“Entonces, mi pobre cabra, no desataré la cuerda alrededor de tu cuello, pues no puedes ir a la Colina de Cuernos sin este gato montando a tu espalda.”

“Que se monte en mi espalda entonces, y se sujete de mis cuernos, y no le pondré atención.”

La Bruja de los Fresnos desató la cuerda alrededor de su cuello, el Rey de los Gatos saltó a la espalda de la cabra, y comenzaron a andar por el camino en el bosque. “Oh, cómo extrañaré a mi cabra, hasta que vuelva a mí con oro en sus cuernos y plata en sus cascos,” grito la Bruja de los Fresnos detrás de ellos.

VI

El Hijo del Rey de Irlanda no abandonó el castillo al día siguiente, sino que se quedó a cuestionar a todo el que encontrara en él, acerca de la Espada de Luz. Algunos habían escuchado sobre ella y otros no. Por la tarde, se encontraba en las cámaras del Castillo y vio a sus dos hermanastros, Dermott y Downal, los hijos de Caintigern, la Reina, jugar ajedrez. Jugaban el juego sobre su tablero y usando sus piezas. Y cuando se acercó a ellos para decirles que tenían permiso para usar su tablero y sus piezas, ellos dijeron, “habíamos olvidado que tú eras dueño de estas cosas.” El Hijo del Rey se dio cuenta de que todo en el Castillo comenzaba a ser posesión de sus hermanastros.

Encontró otro tablero con otras piezas y jugó el juego con el Mayordomo del Rey. Y Art dijo, “la Llegada del Rey de los Gatos a los Dominios del Rey Connal es una historia que aún no termina de ser contada.”

“Al Hijo de tu Padre que se le hable con toda la verdad.”—

¿Qué debería hacer una cabra sino errar por senderos, vagar a través de prados, extraviarse entre cercas y quedarse a descansar bajo la sombra de árboles? Todo esto hacía la cabra de la Bruja. Pero finalmente, llevó al Rey de los Gatos al pie de la Colina de Cuernos.

“¿Y cómo era la Colina de Cuernos?” me preguntan. Eran colinas de piedras sobre más colinas de piedras. Sólo una cabra podría pisar entre losa y piedra, entre piedra y peñasco, entre peñasco y risco, entre risco y lomo de montaña. Era bueno y no malicioso lo que la Bruja hizo. Pero en cuanto el trueno sonó; el relámpago encendió en llamas las rocas; el viento se mezcló con la lluvia y la tempestad colmó a gato y cabra. La cabra se quedó en el lomo de la montaña. El viento se apresuraba hacia arriba desde el fondo y cargaba a los compañeros a la cima de la Colina de Cuernos. El gato saltó abajo. Pero la cabra se mantuvo apoyada en sus patas traseras, dando la espalda al viento. El viento la capturó tomándola de la barba y las patas, y la sopló de la cima hacia abajo y al otro lado de la colina (y lo que pasó a la cabra de la Bruja después de esto nunca lo supe). El Rey de los Gatos encajo sus garras en las fisuras de una roca y se sostuvo de ella con gran tenacidad. Y luego, cuando el viento cesó, miró detrás de su hombro, y se percató de que estaba junto al nido del Emperador-Águila.

Se trataba de un hueco cercado por rocas, y alrededor del hueco, se encontraban esparcidos los cuernos de venados y cabras que el Emperador-Águila había cargado. Y en el hueco se encontraba un becerro, una liebre y un salmón. El Rey Gato saltó al nido del Emperador-Águila. Primero se comió el salmón. Luego se acomodó entre el becerro y la liebre y esperó a que apareciera el Emperador-Águila.

Por fin, apareció. Descendió al nido haciendo círculos en el aire. Aterrizó en el halo rocoso. El Rey de los Gatos se incorporó, cuerpo listo para saltar, y si el Emperador-Águila no se sorprendió con su presencia, se debió a que un Águila nunca se sorprende.

Un hombre valiente se maravillaría de haber visto al Emperador-Águila mientras se agachaba en el halo rocoso de su nido. Extendió sus alas de modo que se transformaron en enormes y fuertes escudos. Agachó su cola extendida. Agachó su cuello para que sus ojos miraran a la criatura que lo enfrentaba. Y su cruel, curvado y pesado pico estaba listo para el ataque.

Pero el Rey de los Gatos saltó al aire. El Águila se elevó pero el Gato aterrizó en su amplia espalda. El Emperador-Águila gritó su grito de guerra y voló alejándose de la colina. Golpeó al Rey de los Gatos con el dorso de sus anchas alas. Luego se tiró en picada. En las rocas debajo, destrozaría a su enemigo con pico y garras.

Fue el Gato quien alcanzó primero el suelo. Cuando el Águila lo embistió, él saltó y rasgó el pecho del Águila. Luego el Emperador Águila atrapó al Rey de los Gatos entre sus garras y volvió a elevarse, haciendo su grito de guerra. Gotas de sangre de ambos caían al suelo. El Águila no tenía un agarre triunfal sobre su enemigo, y el Rey de los Gatos pudo atacar con zarpazos.

Ocurría que Curoi, Rey de las Hadas de Munster, al sur de Irlanda, marchaba a la cabeza de sus tropas, para jugar un partido de Hurling contra los Fianna de Irlanda, pequeñas bandas de guerreros, capitaneados por Fergus, disputando la mano de Aine', la hija de Mananaun, Amo del Mar. Justo cuando la bola iba a ser lanzada al aire, el Emperador Águila y el Rey de los Gatos fueron vistos, entrelazados en la pelea. Una tropa tomó el lado del Águila, y el otro el lado del Gato. Los hombres del país vinieron y tomaron

partidos también. Luego los hombres empezaron a pelear entre ellos, y algunos cayeron muertos al suelo. Y esto continuó hasta que hubo hordas de hombres de Irlanda peleando entre ellos en favor del Emperador Águila o el Rey de los Gatos. El Rey de las Hadas y el jefe de los Fianna, condujeron a sus tropas a la cima de una colina donde podrían ver la batallas que se libraba en el cielo, y la que se libraba en el suelo. “Si esto continua,” dijo Curoi, “nuestras tropas se unirán, y hombres y Hadas morirán. Debemos detener el combate en el aire.” Habiendo dicho esto, tomo la pelota de Hurling, y la arrojó hacia el Gato y el Águila. Ambos cayeron al suelo. El Gato estaba a punto de saltar y el Águila a punto de elevarse, cuando Curoi tiró hacia ellos, golpeando a ambos con su lanza. Gato y Águila se convirtieron en figuras de piedra. Y así continúan ahora, un Águila de Piedra con sus alas extendidas y un Gato de Piedras, con sus colmillos expuestos y sus garras levantadas. Y el Emperador Águila y el Rey de los Gatos continuarán así hasta que Curoi vuelva a golpearlos con su lanza.

Cuando Gato y Águila fueron transformados en piedra, los hombres del país cavilaron un poco y luego se fueron. Y las Hadas de Munster y los Fianna de Irlanda, jugaron el partido de Hurling por la mano de Aine’, hija de Mananaun, Amo del Mar, y lo que resultó del partido se cuenta en otro libro.

Y así termina mi historia de la llegada del Rey de los Gatos a Irlanda.

El Hijo del Rey dejó a Art y se dirigió a una habitación desocupada del castillo, buscando una pequeña campana que pudiera colocar al Corcel Rojizo. Encontró la campana, pero resbaló de su mano y cayó por una grieta en el suelo. Miró a través de la grieta.

Se veía la habitación de abajo, y en ella se encontraba Cantigern, la Reina, y junto a ella se encontraban dos mujeres con capas de hechiceras. Y cuando miró con más cuidado, supo que se trataba de Aefa y Gilveen, las Hijas del Hechicero de las Hondas Tierras Negras, hermanas de Fedelma.

“¿Y llegaran mis dos hijos a reinar sobre las tierras de su padre?” se escuchó preguntar a Cantigern.

“El príncipe que gane la Espada de Luz reinará sobre los dominios de su padre,” dijo Aefa.

“Entonces uno de mis hijos debe conseguirla,” dijo Cantigern. “Díganme cómo podrán indagar sobre el lugar donde se encuentra la espada.”

“Sólo el Gobaun Saor sabe dónde se encuentra la Espada de Luz,” dijo Aefa.

“¡El Gobaun Saor! ¿Puede ser visto por hombres?” dijo Cantigern.

“Sí puede,” dijo Aefa. “Y hay alguien, el Pequeño Sabio de la Montaña, que sabe qué camino tomar para encontrar al Gobaun Saor.”

“Entonces,” dijo Cantigern, “mis dos hijos, Dermott y Downal, cabalgarán mañana para encontrar al Pequeño Sabio de la Montaña, y al Gobaun Saor, de modo que alguno de los dos encuentre la Espada de Luz y vuelva para reinar sobre los dominios de su padre.”

Cuando el Hijo del Rey de Irlanda escuchó todo esto, fue al establo donde se encontraba el Corcel Rojizo, le colocó riendas y bridas, y cabalgó en dirección a la Colina de Cuernos, a un costado de la cual se encontraba la choza techada con una enorme ala de ave, donde el Pequeño Sabio de la Montaña vivía.

LA ESPADA DE LUZ Y LA
HISTORIA ÚNICA CON TANTO
DE LAS AVENTURAS
DE GILLY DE LA PIEL DE
CABRA COMO HAY EN
“EL LIBRO DE LA PIEL
DE GRULLA”



I

Llegó a la choza que estaba techada con una gran ala de ave y, como antes, el Pequeño Sabio de la Montaña le pidió que hiciera las labores del día. El Hijo del Rey recolectó el maíz para el Pequeño Sabio, y mientras lo reunía, sus hermanastros, Dermott y Downal, llegaron cabalgando en sus finos caballos. No sabían quién era el joven que trabajaba en el campo de maíz, y gritaron llamando al Pequeño Sabio de la Montaña para que saliera de la casa y hablara con ellos. “Queremos saber dónde encontrar al Gobaun Saor, quien nos deberá entregar la Espada de Luz,” dijo Dermott.

“Pasen,” dijo el Sabio, “y ayúdenme con las labores del día, y mientras buscaré en mi libro por una dirección.”

“No podemos hacer algo tan poco noble como servirte,” dijo Downal. “Dinos ahora a dónde debemos ir para encontrar al Gobaun Saor.”

“Creo que han cometido un error,” dijo el Pequeño Sabio. “Soy un hombre ignorante, y no puedo contestar tal pregunta sin haber estudiado.”

“Cabalguemos, hermano,” dijo Downal, “no puede decirnos nada.” Dermott y Downal cabalaron alejándose en sus finos caballos, las campanillas de plata en sus bridas resonaban.

Esa noche, cuando hubo cenado, el Pequeño Sabio le dijo al Hijo del Rey a dónde ir. Está prohibido mencionar dónde encontró

el Hijo del Rey al Constructor y Artesano de los Dioses. En cierto lugar, llegó a donde el Gobaun Saor había dispuesto su Forja y donde había plantado su Yunque, y encontró al Gobaun Saor forjando una forma en hierro.

“Quieres encontrar la Espada de Luz,” dijo el Gobaun, sus ojos tan rectos como la línea en el filo de una espada, “pero muéstrame primero tu voluntad, tu mente y tu propósito.”

“¿Cómo puedo hacer eso?” dijo el Hijo del Rey de Irlanda.

“Resguarda mi Yunque por unas noches,” dijo el Gobaun Saor. “Una Bestia emerge del río de vez en cuando y trata de llevárselo.”

El Gobaun Saor tenía que hacer un viaje para mirar los árboles que crecían en el bosque, y mientras el Hijo del Rey vigiló su Yunque. Y esa noche, la Bestia emergió del río y lanzó grandes piedras, tratando de alejarlo del Yunque. Él corrió hacia el río para repelerla, pero la criatura lo capturó con sus largos brazos y trató de ahogarlo en lo profundo del agua. El Hijo del Rey estuvo cerca de su muerte, pero logró escaparse de la Bestia, y cuando la criatura volvió a atraparlo, él la arrastró hacia el banco del río, y la sujetó contra un árbol. “Te daré maestría sobre todas las artes porque me has amaestrado a mí,” dijo la Bestia. “No quiero la maestría de las artes, pero talvez tú puedas decirme dónde puedo encontrar la Espada de Luz.” “Quieres saber eso, ¿verdad?” dijo la Bestia, y entonces se retorció escapando de él y se sumergió en el río.

La bestia volvió a la noche siguiente y lanzó piedras como antes, y el Hijo del Rey forcejeó con ella en pleno río, y lo sujetó de modo que no pudiera alcanzar el otro banco del río. “Te daré montañas de riquezas porque me has amaestrado,” dijo la criatura con grandes ojos y largos brazos. “No riqueza, sino el conocimiento de dónde encontrar la Espada de Luz, es lo que quiero de ti,” dijo el Hijo del Rey. Pero la Bestia se retorció y escapó de nuevo.



Pero la criatura lo capturó con sus largos brazos.

A la noche siguiente la Bestia volvió, y el Hijo del Rey forcejeó con ella en el río, y la siguió hasta el otro banco, y la sujetó contra un árbol. “Te daré herramientas que te harán el más grande de los Reyes, porque me has amaestrado.” “No herramientas, sino el conocimiento de dónde encontrar la Espada de Luz, es lo que quiero de ti,” dijo el Hijo del Rey. “Sólo una de las Personas de Luz podría decirte eso,” dijo la Bestia. Se convirtió en una pequeña y vacía clase de criatura, y permaneció en el suelo como una sombra.

El Gobaun Saor volvió a su Forja y su Yunque. “Has protegido mi Yunque por mí,” dijo, “y te diré a donde ir para conseguir la Espada de Luz. Se encuentra en el Palacio de los Antiguos, bajo el Lago. Tú tienes un corcel encantado que puede ir a ese Lago. Le señalaré el camino, y deberá ir derecho hasta él. Cuando llegues a la orilla del Lago, jala las ramas del Árbol Fuente y dale de comer las hojas al Corcel Rojizo. Monta ahora y ve.”

El Hijo del Rey montó el Corcel Rojizo y continuó viajando.

II

De todas sus ramas, altas y bajas, escurría agua como pequeños arroyos. Éste era, ciertamente, el Árbol Fuente. El Hijo del Rey no desmontó, sino que jaló las ramas y le dio de comer hojas al Corcel Rojizo.

No comió más de tres bocados. Luego, pisó el suelo con sus cascos, levantó alto su cabeza y relinchó tres veces. Con eso, se sumergió en el agua del Lago, y nadó y nadó como si tuviera la energía de un dragón. Nadó mientras hubo luz sobre el lago, y nadó también cuando hubo oscuridad, y cuando el sol del día siguiente

se había levantado apenas una palma sobre el horizonte, llegó a la Isla Negra.

Todo en la Isla era negro y estaba quemado, y había cenizas negras que llegaban hasta las rodillas del caballo. Y tan pronto como el Corcel Rojizo puso sus cascos sobre la Isla, comenzó a galopar hacia el centro de la misma. Galopó a través de una abertura en una roca negra, y fue a través de cientos de pasajes, cada uno conduciendo más abajo que el anterior, hasta que finalmente llegó al amplio espacio de un salón.

El salón estaba iluminado. Cuando el Hijo del Rey observó para ver de dónde provenía la luz, vio una espada colgando del techo. Y el brillo de la espada era tal que el salón estaba bien iluminado. El Hijo del Rey de Irlanda galopó con el Corcel Rojizo, acercándose a la espada, y haciendo que éste se irguiera. Sus manos sujetaron la empuñadura de la espada. Mientras la atraía hacia él, la Espada hizo un ruido penetrante.

La empuñó, iluminando los alrededores, y vio qué otras cosas había en la cueva. Vio a una mujer, y dos mujeres y tres mujeres. Se acercó a ellas y vio que estaban durmiendo. Y conforme iluminaba con la espada, descubría que había más mujeres durmiendo. En total había doce mujeres en la cueva donde se encontraba colgada la Espada de Luz, y las doce dormían.

Y en las manos de cada mujer se encontraba una gran copa con gemas incrustadas. El espíritu del Hijo del Rey se había hecho soberbio desde que sintió la Espada en sus manos. “Tienes la espada, ¿por qué no tener también la copa?” le decía algo en su interior. De las manos de una de las mujeres durmientes, tomó una copa y bebió el agua burbujeante que contenía. Con el trago, su espíritu se hizo aún más soberbio. De las manos de las doce mujeres, tomó todas

las copas y bebió el agua burbujeante que contenían. Y cuando hubo bebido los doce tragos, sintió que, con la Espada de Luz, sus manos podrían cortar el camino atravesando la Tierra.

Montó al Corcel Rojizo y cabalgó a través de la Cueva y luego nadó atravesando el Lago sin nombre. Sostenía la Espada de Luz sobre su silla. El Corcel iba con la corriente, pues había pasado mucho tiempo desde que comió las hojas del Árbol Fuente, y la energía que antes lo había vigorizado ahora menguaba. La corriente los condujo a la orilla debajo de donde el Árbol Fuente crecía.

Y ahí, en la orilla, vio a un montón de pequeños hombres, pequeñas mujeres, y pequeños niños, todos con pieles del color del humo, todos con un solo ojo en la cabeza, todos gritando entre ellos como aves marinas, y todos sentados alrededor de un fuego hecho con hierbas marinas secas, cocinando y comiendo anguilas y cangrejos.

El Hijo del Rey de Irlanda puso sus manos sobre las riendas y condujo al Corcel Rojizo fuera del agua. Las mujeres con su único ojo derecho, los hombres con su ojo izquierdo, y los niños con su piel del color del humo, le gritaron, “¿qué es lo que quieres, qué es lo que quieres, hombre con el caballo?”

“Alimenten y den agua a mi corcel por mí,” dijo el Hijo del Rey.

“Somos la Gente Encogida, y nadie nos da órdenes,” dijo un sujeto anciano con una barba que parecía hecha de nudos de cuerda.

“Alimenten a mi corcel con trigo rojo y denle de beber agua pura de manantial,” dijo el Hijo del Rey fieramente. “Soy el hijo del Rey de Irlanda y la Espada de Luz está en mis manos, y lo que ordeno debe hacerse.”

“Somos la Gente Encogida y somos conocidos como gente inofensiva,” dijo el anciano.

“¿Por qué son inofensivos?” dijo el Hijo del Rey, apuntando su espada hacia ellos.

“Intérnate en nuestra cueva, Hijo del Rey,” dijo el anciano, “te daremos aperitivos ahí, y los niños atenderán a tu corcel.”

Se internó en la cueva con alguna de la Gente Encogida. Todos eran vulgares. No paraban de gritarse entre ellos, jalaban las ropas del Hijo del Rey y lo picaban. Uno de ellos mordió sus manos. Una vez dentro de la cueva, todos se sentaron en piedras negras. Uno atrajo un burro negro cargado con redes. Descargaron las redes de su lomo, y antes de que el Hijo del Rey se percatara de que algo pasaría, le aventaron las redes encima. Las mallas de la red eran pegajosas. Se sintió atrapado. Corrió hacia la Gente Encogida y tropezó con una piedra. Luego lanzaron más redes sobre sus piernas.

El anciano al que le había dado las órdenes tomó la Espada de Luz. Luego la Gente Encogida atrajo el burro negro que había traído las redes, y frotaron fuertemente la Espada contra sus pezuñas. El Hijo del Rey no sabía lo que le había pasado. Luego los escuchó gritar, “el brillo ya se fue de la cosa.” Dejaron la Espada en una piedra negra y ahora ninguna luz provenía de ella. Luego toda la Gente Encogida se pisoteó para salir de la cueva.

Volvieron comiendo anguilas y cangrejos con las manos. No le pusieron atención al Hijo del Rey, y subieron a una cueva encima de la cueva donde él yacía.

Rompió las redes que lo apresaban. Encontró la Espada en la piedra negra, con el brillo desaparecido por el frote contra la pezuña del burro. Trepó la pared de la otra cueva para castigar a la Gente Encogida. Ellos lo vieron antes de que él pudiera distinguirlos en la oscuridad, y se ocultaron en agujeros como si fueran ratones y ratas.

Con la espada oscurecida en sus manos, el Hijo del Rey de Irlanda salió de la cueva, y el caballo que había dejado atrás, el Corcel Rojizo, no se veía por ningún lado.

III

Sin corcel y con la espada oscurecida, el Hijo del Rey de Irlanda volvió a donde el Gobaun Saor había dispuesto su forja y su yunque. Ni agua ni arena conseguían limpiar la espada, pero la dejó frente al Gobaun Saor, esperando que él le mostrara una forma de restaurarla. “La Espada debe ser brillante para matar al Rey de la Tierra de Neblina y cortar la trenza de modo que despierte la hija del Hechicero,” dijo el Gobaun Saor. “Has dejado que la espada se oscurezca. Llévatela contigo ahora.”

“Abrillántala para mí y me pondré a tu servicio,” dijo el Hijo del Rey.

“No es fácil para mí abrillantar la espada ahora,” dijo el Gobaun Saor. “Pero si me encuentras la Historia Única, lo que ocurrió antes de su principio, y lo que siguió tras su final, podré devolver el brillo a la espada y mostrarte el camino a la Tierra de Neblina. Ve ahora, y busca la Historia Única.

El hijo del Rey fue e hizo muchos viajes a lugares lejanos, eso puedo asegurarlo, pero no encontró persona que pudiera informarle acerca de la Historia Única, o del camino a la Tierra de Neblina. Durante un ocaso en el bosque, vio a una gran ave volando hacia él. Aterrizó en un viejo árbol, y el Hijo del Rey se dio cuenta de que trataba de Laheen el Águila.

“¿Todavía eres un amigo mío, Laheen?” dijo el Hijo del Rey.

“Aún soy amigo tuyo, Hijo del Rey,” dijo Laheen.

“Entonces dime a dónde debería ir para conseguir conocimiento acerca de la Historia Única,” dijo el Hijo del Rey de Irlanda.

“La Historia Única –nunca he escuchado acerca de ella,” dijo Laheen el Águila, cambiando su apoyo de una pata a la otra. “Soy vieja,” dijo ella, agitando sus alas, “y nunca he escuchado sobre la Historia Única.”

El Hijo del Rey miró a Laheen y se percató de que efectivamente era muy vieja. Su cuello estaba calvo de plumas y sus alas eran grises. “Oh, si eres tan vieja,” dijo el Hijo del Rey, “y has ido a tantos lugares, y aun así nunca has escuchado sobre la Historia Única, ¿con quién podría ir para adquirir ese conocimiento?”

“Escucha,” dijo Laheen el Águila, “hay cinco de nosotros a los que llaman las Cinco Criaturas Antiguas de Irlanda, y no se sabe cuál de las cinco es la más vieja. Estoy yo, Laheen el Águila; está Patanegra el Alce de Ben Gulban; está el Cuervo de Achill; el Salmón de Assaroe y la Anciana Mujer de Beare. Nosotros mismos no sabemos quién es el más viejo, sólo sabemos que nosotros cinco somos las más antiguas de las criaturas vivientes. Yo nunca he escuchado acerca de la Historia Única pero, tal vez, algún otro de los Antiguos sí.”

“Iré a ellos,” dijo el Hijo del Rey. “Dime cómo podré encontrar al Cuervo de Achill, al Alce de Ben Gulban, el Salmón de Assaroe y la Anciana Mujer de Beare –dime cómo llegar a ellos, Laheen el Águila.”

“No necesitas ir con el Salmón de Assaroe,” dijo el Águila, “pues el Salmón no tendría forma de haber escuchado ninguna historia. Te daré medios para encontrar a los otros tres. Sigue este arroyo hasta encontrar un río. Espera en el cruce y te alcanzaré ahí.” Laheen el Águila agitó sus alas y voló alejándose lentamente. El Hijo del Rey de Irlanda siguió el arroyo hasta que éste desembocó en el río –se trataba del Río del Toro.

IV

Al llegar al río, buscó una orilla cerca del cruce y esperó a Laheen el Águila. Cuando era medio día vio la sombra del águila sobre el agua. Miró arriba. Laheen dejó caer algo sobre una parte poco profunda del río. Era una rueda. Luego Laheen aterrizó sobre las rocas de una cascada encima del cruce y le habló al Hijo del Rey de Irlanda.

“Hijo del Rey Connal,” dijo ella, “haz girar esta rueda frente a ti, y síguela a donde se dirija. Te llevará primero a donde se encuentra Patanegra el Alce. Pregúntale si tiene conocimiento sobre la Historia Única. Si no lo tiene, empuja la rueda de nuevo. Te llevará entonces a donde se encuentra el Cuervo de Achill. Si el cuervo no puede decirte nada acerca de la Historia Única, deja que la rueda te guíe a donde vive la Anciana Mujer de Beare. Si ella no puede hablarte sobre la Historia Única, entonces no puedo ofrecerte más ayuda.”

Laheen el Águila extendió sus alas y elevándose sobre la bruma de la cascada, se alejó.

El Hijo del Rey de Irlanda sacó la rueda fuera de las aguas del río, y la puso en movimiento frente a él. Siguió desplazándose sin que él la tocara después de eso. Y así la siguió y la siguió con el día claro delante de él y la noche oscura a su espalda, yendo por prados de arbustos, y tierras de espesura, yendo sobre laderas empinadas de montañas y sobre riscos desnudos, hasta que finalmente llegó a un alto llano en una montaña solitaria. Y tan alto como el llano, y tan solitario como la montaña era el Alce, que se encontraba ahí con su amplia, amplia cornamenta. La rueda dejó de rodar.

“Vengo enviado por Laheen el Águila,” dijo el Hijo del Rey.

El Alce movió su cabeza de amplia cornamenta y miró abajo hacia él. “¿Y para qué has venido a mí, hijo?” dijo el Alce.

“Vine para preguntar si tienes conocimiento acerca de la Historia Única,” dijo el Hijo del Rey.

“No tengo conocimiento acerca de la Historia Única,” dijo el Alce con una voz profunda.

“¿Y eres tú Patanegra, el Alce de Ben Gulban, una de las cinco criaturas más viejas de Irlanda?” dijo el Hijo el Rey.

“Soy el Alce de Ben Gulban,” dijo Patanegra, “y es posible que no haya criatura en el mundo más antigua que yo. Los Fianna trataron de cazarme con sus sabuesos antes de que los Hijos de Mile llegaran a la Isla de Bosques. Si se tratara de una historia sobre Finn, Caelta o Goll, sobre Oscar, Oisín o Connan, yo podría contártela. Pero no sé nada sobre la Historia Única.”

Luego Patanegra el Alce de Ben Gulban giró su cabeza de amplia cornamenta y miró hacia la vieja luna llena que empezaba a alzarse en el cielo. Y el Hijo del Rey de Irlanda tomó la rueda y fue a buscar un refugio. Encontró una guarida de ovejas al costado de la montaña, se acostó y durmió entre ovejas.

V

Cuando el sol apareció, levantó la rueda y la empujó frente a él. Siguió y siguió andando a lo largo de extensas cordilleras, a través de vastos planos, hasta que llegó a donde viejos árboles y arbustos se encontraban apenas suficientemente cerca para hacerse compañía. La rueda fue a través de este antiguo bosque y se detuvo frente a un roble caído. Y sentado en una rama del roble, con una cabeza gris agachada y alas desplumadas que se abultaban hasta su cuello, se encontraba el cuervo.

“Vengo enviado por Laheen el Águila,” dijo el Hijo del Rey de Irlanda.

“¿Qué acabas de decir?” dijo el Cuervo, abriendo un ojo.

“Vengo enviado por Laheen el Águila,” dijo nuevamente el Hijo del Rey.

“Oh, de parte de Laheen,” dijo el Cuervo, y entrecerró su ojo de nuevo.

“Y vine a preguntar si tienes conocimiento acerca de la Historia Única,” dijo el Hijo del Rey.

“Laheen,” dijo el Cuervo, “recuerdo a Laheen el Águila.” Manteniendo sus ojos cerrados, se rio y se rio hasta que quedó completamente ronca. “Recuerdo a Laheen el Águila,” dijo nuevamente. “Laheen nunca se enteró de lo que le hice una vez. Robé el Huevo de Cristal de su nido. Y bien, ¿cómo está Laheen el Águila?” dijo astutamente, abriendo un ojo.

“Laheen se encuentra bien,” dijo el Hijo del Rey. “Me envió a preguntarte si tienes conocimiento acerca de la Historia Única.”

“Soy más viejo que Laheen,” dijo el Cuervo. “Recuerdo a la Gente de Paralon. El Salmón de Assaroe siempre dijo que él estaba antes que la Gente de Paralon. ¡Pero qué importa! Laheen no puede decir eso. Si pudiera conseguir que las plumas se quedaran en mis alas, iría a visitar a Laheen un día. ¿Cómo esta Laheen y sus parvadas?”

“Oh, Cuervo de Achill,” dijo el Hijo del Rey de Irlanda, “fui enviado a preguntarte si tienes conocimiento acerca de la Historia Única.”

“¡La Historia Única! No, nunca he escuchado sobre ella,” dijo el Cuervo. Abultó sus alas hasta su cuello nuevamente y agachó su cabeza gris.

“Piensa, oh Cuervo de Achill,” dijo el Hijo de Irlanda. “Te traeré la más cálida lana para tu nido.”

“Nunca he escuchado sobre la Historia Única,” dijo el Cuervo. “Dile a Laheen que pregunté por ella.” Nada más despertaría al Cuervo de Achill. El Hijo del Rey puso la rueda en movimiento y la siguió. Y siguió y siguió con el claro día delante de él, y la noche oscura a su espalda. Llegó a un amplio campo donde había parvadas de gorriones o estorninos en grupos. Lo cruzó. Llegó a un plano de altas plantas donde había miles de mariposas. Lo cruzó. Llegó a un campo donde había palomas azules alimentándose. Lo cruzó. Llegó a un campo de lilas que florecían. Lo cruzó y llegó a una casa de piedra ennegrecida, profundamente hundida en el suelo. La rueda se detuvo y se internó en la casa.

Una anciana mujer estaba sentada en el suelo deshebrando a un ganso. Una gorra de piel de conejo estaba en su cabeza calva, y no había cejas en su frente. Tres pájaros extraños estaban comiendo de una olla —un cucú, un canario y una urraca. “Ven al fuego, Gilly,” dijo la mujer anciana tras mirar alrededor.

“No soy un Gilly, sino el Hijo del Rey de Irlanda,” dijo él.

“Bien, deja que eso sea así. ¿Qué quieres de mí?”

“¿Eres tú la Anciana Mujer de Beare?”

“He sido llamada la Anciana Mujer de Beare desde los tiempo de tu tatarabuelo.”

“¿Qué edad tiene, anciana madre?”

“No lo sé. ¿Pero ves a los tres pájaros que están picando de mi olla? Por dos años el canario estuvo viniendo a mi casa y construyendo afuera. Luego vino y construyó adentro. Por tres años ha venido dentro de mi casa para construir aquí. Ahora nunca vuela

para atravesar el mar. ¿Y ves a la urraca? Por cinco años vino a la pradera de afuera. Luego comenzó a correr dentro de la casa para ver qué pasaba aquí dentro. Por dos años estuvo corriendo dentro y fuera. Luego se quedó permanentemente. Ahora tampoco cruza el mar. ¿Y ves al cucú? Por siete años acostumbró venir a un árbol que se encontraba afuera y cantar sus sobre tonos. Luego, cuando el árbol murió, acostumbraba aterrizar en el techo de mi casa. Luego acostumbraba entrar para mirarse en un espejo. No sé cuántos años estuvo yendo y viniendo el cucú, pero sé que son muchos años desde que no cruza el mar.”

“Yo fui de Laheen el Águila al Patanegra el Alce, luego del Alce de Ben Gulban al Cuervo de Achill, y del Cuervo de Achill vengo a ti, para preguntar si tienes conocimiento sobre la Historia Única.”

“La Historia Única, ciertamente,” dijo la Anciana Mujer de Beare. “Uno vino a mí apenas anoche para contarme la Historia Única. Es el joven que está afuera contando cuernos.”

“¿De qué joven se trata y qué cuernos está contando?”

“No es Hijo de un Rey, sino un mozo –Gilly de la Piel de Cabra se llama. Está contando los cuernos que se encuentran en dos fosas afuera. Cuando los cuernos hayan sido contados, sabré cuántos son la mitad de mis años.”

“¿Cómo es eso, anciana madre?”

“Mi padre acostumbraba matar un toro cada año, en mi cumpleaños, y luego, tras la muerte de mi padre, mis sirvientes mataban un toro por mí. Los cuernos de los toros eran colocados en dos fosas, una en el costado derecho de la casa, y otra en el costado izquierdo. Si uno supiera el número de cuernos en una de las fosas, sabría el número de la mitad de mis años, pues cada par de cuernos hace un año de mi vida. Gilly de la Piel de Cabra está contando

los cuernos por mí ahora, y cuando termine, le dejaré contarme la Historia Única.”

“Pero debes permitirme escuchar la historia a mí también, Anciana Mujer de Beare.”

“Si cuentas los cuernos en la otra fosa, te dejaré escuchar la historia.”

“Entonces contaré los cuernos de una fosa.”

“Ve afuera y comienza.”

El Hijo del Rey de Irlanda salió. Encontró a mano derecha de la casa una profunda fosa descubierta. Alrededor del borde había cuernos de todos los tipos, cuernos negros y cuernos blancos, cuernos rectos y cuernos torcidos. Y abajo, en la fosa, vio a un muchacho escavando por cuernos que se encontraban enterrados en el suelo. Tenía puesta una chaqueta hecha con la piel de una cabra.

“¿Quién eres tú?” dijo el muchacho en la fosa. “Soy el Hijo del Rey de Irlanda. ¿Y quién eres tu?”

“¿Quién soy no lo sé,” dijo el muchacho en la piel de cabra, “pero me llaman Gilly de la Piel de Cabra. ¿Tú a qué has venido?”

“A conseguir conocimiento acerca de la Historia Única.”

“Y fue justamente para contar la Historia Única que yo vine aquí. ¿Para qué quieres saber sobre ella?”

“Eso sería una historia larga. ¿Para qué quieres contarla tú?”

“Eso haría una historia aún más larga. Hay una fosa descubierta, a mano izquierda de la casa, llena de cuernos y debe ser tu tarea contarlos.”

“Los contaré,” dijo el Hijo del Rey. “Pero tu terminarás antes que yo. No le cuentes la Historia a la Anciana Mujer de Beare hasta que ambos nos sentemos con ella.”

“Sí eso funciona para ti, funciona para mí,” dijo Gilly de la Piel de Cabra, y comenzó a escavar de nuevo.

El Hijo del Rey de Irlanda fue al costado izquierdo de la casa. Encontró la fosa descubierta y se metió en ella para contar los cuernos que había ahí —cuernos negros y cuernos blancos, cuernos rectos y cuernos torcidos. Y ahora, mientras el Hijo del Rey se encuentra en la fosa, yo les contaré acerca de las aventuras de Gilly —el Muchacho o el Sirviente— de la Piel de Cabra, cuyas aventuras están escritas en el libro llamado “El Libro de la Piel de Grulla.”

VI

Él nunca salió de la cuna hasta que había pasado los doce años de edad, sino que yacía ahí noche y día, días largos y días cortos; el único ropaje que jamás se puso fue una piel de cabra; un cazador la acomodó una vez junto a su cuna y él la alcanzó con sus dos manos, la atrajo hacia él y se la puso. Obtuvo su nombre y su abrigo al mismo tiempo, pues a partir de entonces fue llamado “Gilly de la Piel de Cabra.”

Pero a pesar de que nunca salió de la cuna, Gilly de la Piel de Cabra tenía formas para entretenerse. Solía disparar flechas con un arco a través de la puerta de la casa, y atinaba a una marca sobre un árbol que estaba opuesto a él. ¿Y dónde consiguió el arco y las flechas? El arco cayó del techo de la casa, directo en la cuna. Y en cuanto a las flechas, él solía fabricarlas usando las varas que las Brujas traían para hacer canastas. Pero las Brujas nunca lo vieron usando el arco y disparando las flechas. Todo el día irían a lo largo de arroyos juntando varas de sauce para hacer sus canastas.

Él no conocía a nadie excepto a las tres Brujas de Dientes Largos, y nunca había escuchado los nombres madre o padre. A menudo, mientras pelaba varas con un cuchillo de mango negro,

la Bruja de la Casa le contaba a Gilly de la Piel de Cabra sobre los peligros que lo acechaban —peligro de la espada, la lanza y el cuchillo, del agua y el fuego, de las bestias de la tierra y los pájaros del aire. Se maravillaba contándole sobre los males que llegarían a su vida. Y solía reírse cuando le decía que era un jorobado y que la gente le lanzaría piedras al verlo.

Un día, cuando las Brujas estaban fuera reuniendo varas de sauce, Gilly volcó la cuna y se escondió debajo de ella. Quería ver que harían cuando se percataran de que no estaba sobre la cuna. Ellas llegaron. Gilly podía ver a través de una grieta y las miró —eran ancianas y curvas y tenían dientes largos que llegaban más abajo que sus mentones.

“¡Se ha ido, se ha ido, se ha ido!” gritó la Bruja de la Casa cuando descubrió que Gilly no estaba sobre la cuna.

“Se ha ido,” dijo otra de las Brujas de Dientes Largos. “Les dije que se escaparía. ¿Por qué no le sacaron el corazón ayer, o el día antes?”

“Escucha lo que te digo,” dijo otra de las Brujas de Dientes Largos. “Escúchame bien. El hijo de su padre se convertirá en un poderoso guerrero.”

“Pero no él,” dijo la Bruja de la Casa, con gran enojo. “Él nunca se convertirá en un Guerrero. El tan solo es un pequeño jorobado sin armas y sin otro atuendo que una piel de cabra.”

“Sera mejor matarlo en cuanto vuelva,” dijo la primera de las Brujas de Dientes Largos.

“Y si no vuelve, díganle al Gigante Crom Duv,” dijo la segunda.

Gilly de la Piel de Cabra reptó fuera de donde se escondía, tomó su arco, que antes llevaba tras la espalda pero que ahora tenía



*“Oh, si esa es una vara de avellano esa que tiene en su arco,
nos matará a todas!”*

acomodado al frente, tomo algunas de las varas que había tiradas en el suelo y le gritó a las Brujas.

“Oh, si esa es una vara de avellano esa que tiene en su arco, nos matará a todas,” gritaron todas juntas.

Él tensó la cuerda, disparó la vara de sauce y atinó a la Bruja del medio justo en el pecho. Las tres brujas cayeron al suelo. La olla que estaba siempre suspendida sobre el fuego, se volteó sola y la casa se llenó de humo. Gilly de la Piel de Cabra, arco en mano, saltó sobre la cuna, atravesó el umbral de la puerta, y se dirigió afuera hacia la amplio y lo alto, lo extenso y airoso, el brillo y la oscuridad del mundo.

VII

Estaba Estaba fuera, como he dicho, en lo amplio y lo alto, lo extenso y airoso, el brillo y la oscuridad del mundo. Disparó flechas hacia el aire. Saltó sobre zanjas, rodo bajando colinas, corrió sobre planicies hasta llegar a lo que más le sorprendió de todas las cosas del mundo —un río. Nunca antes había visto tal agua y se admiraba de verla moverse con esa suavidad. “¿A dónde se dirige” dijo Gilly de la Piel de Cabra. “¿Continua así durante la noche como durante el día?” Corrió a su lado y le gritaba al río. Vio un ave de amplias alas cruzándolo. Era el ave que llamamos la grulla o la garza. Y mientras Gilly miraba al ave de amplias alas, notó que llevaba un pequeño animal en sus garras. Gilly disparó una flecha, y la grulla fue en picada hacia el suelo. El pequeño animal que estaba en sus garras cayó. La grulla volvió a elevarse y voló cruzando el río.

El pequeño animal que había estado en las garras de la grulla se acercó a Gilly de la Piel de Cabra. Era más pequeño que el gato

tuerto que solía estar frente a la chimenea de la Casa de las Brujas. Mantenía su cabeza elevada y se veía soberbio.

“Buen día, Muchacho en la Piel de Cabra,” le dijo a Gilly, “salvaste mi vida y te estoy muy agradecido.”

“¿Qué eres tú?” dijo Gilly de la Piel de Cabra.

“Soy la Comadreja. Soy la más temeraria y valiente criatura de todo el país. Soy el León de estas tierras, eso soy. Y,” continuó la Comadreja, “nunca he servido a nadie antes, pero seré tu sirviente por un cuarto de año. Dime por qué camino vas e iré contigo.”

“Estoy yendo por el camino que él está yendo,” dijo Gilly, señalando con su cabeza hacia el río, “y me mantendré junto a él hasta que quiera volver.”

“Oh, entonces tendrás que seguir largamente el camino,” dijo la Comadreja, “pero iré contigo, no importa que tan lejos vayas.” La Comadreja caminó junto a Gilly con un porte valiente y muy independientemente.

“Oh, mira,” dijo Gilly a la Comadreja, “¿qué es eso en el agua?”

La Comadreja miró y vio un huevo de cristal en aguas poco profundas.

“Es un huevo,” dijo la Comadreja, “a menudo yo mismo me como uno. Lo traeré del fondo para ti. Soy bueno cargando huevos.”

La Comadreja se internó en el agua y acomodó su boca en torno al huevo y trató de levantarlo. No pudo moverlo. Trató de levantarlo al mismo tiempo, también con sus patas, pero esto tampoco funcionó. Volvió al banco del río y le dijo a Gilly, “pensaré que soy una pobre clase de sirviente porque no puedo extraer el huevo del agua. Pero si no puedo lograrlo de una manera, lo lograré de otra.” Se acercó a los lirios del río y dijo, “¡escúchenme, ranas! Hay un gran ejército que viene a sacarlas de los lirios y a comérselas rojas y crudas.” Luego Gilly vio a las extrañas ranas asomando sus

cabezas. “Oh, ¿qué es lo que haremos, qué haremos?” le gritaron a la Comadreja. “Ustedes reúnan todas las piedrecillas en el fondo del río y nosotros haremos una gran muralla en el banco para defenderlas.” Las ranas se sumergieron en el agua rápidamente y arrastraron piedras hacia el banco. Gilly y la Comadreja las apilaron. Luego, tres ranas cargaron el Huevo de Cristal. La Comadreja lo tomó cuando lo dejaron en el banco. Luego trepó a un árbol y le gritó a las ranas, “el ejército está asustado y comienzan a huir.”

“Oh, gracias, gracias,” dijeron las ranas, “nunca olvidaremos su bondad con nosotros.” Luego se sentaron en el lodo y se contaban unas a otras sobre el difícil escape que habían tenido.

La Comadreja le dio a Gilly el Huevo de Cristal. Estaba pesado y él lo cargó por un tiempo en su mano. Continuaron. Después de un tiempo, Gilly de la Piel de Cabra dijo, “se acerca la noche, y el río no da muestra de volver. Desearía que hubiera un buen lugar para refugiarnos.” Tan pronto como dijo estas palabras, él y la Comadreja se encontraron de pie frente a la puerta abierta de una bonita y pequeña casa. Entraron. Un fuego claro estaba encendido en la chimenea, una silla de descanso se encontraba frente a ésta, y una cama estaba hecha al otro lado del fuego. “Esto es bueno,” dijo Gilly, “y ahora deseo que tengamos algo para comer.” Tan pronto como dijo estas palabras, una mesa apareció con pan y carne, fruta y vino sobre ella. “Me pregunto de dónde vienen estas finas cosas,” dijo Gilly de la Piel de Cabra. “Es mi opinión,” dijo la Comadreja, “que todas estas cosas nos han sido brindadas gracias al huevo que llevas en tus manos. Es un huevo mágico.” Gilly puso el huevo sobre la mesa, y deseo verse como se había visto frente al río. Nada apareció. Luego tomó el huevo en sus manos y deseo de nuevo. Y entonces apareció un espejo en la pared frente a él, y pudo verse a sí mismo mejor de lo que se había visto reflejado en el río. Gilly de la

Piel de Cabra comprendió que solamente debía sostener el Huevo de Cristal en sus manos y desear, para obtener todo lo que pudiera imaginar.

VIII

Gilly de la Piel de Cabra deseó ventanas amplias en su casa y las obtuvo. Deseó tener luz dentro cuando había oscuridad fuera, y recibió una lámpara que brillaba hasta que él deseara dormir. Deseó canciones de pájaros y recibió a un mirlo que cantaba sobre su puerta, una alondra sobre su chimenea, un jilguero y un pardillo verde en su ventana, y un reyezuelo tímido que por las tardes cantaba desde su vestidor. Luego deseó escuchar las conversaciones de las bestias y todas las criaturas del campo, del bosque y la montaña visitaron su casa.

La liebre acostumbraba llegar temprano por la mañana. Siempre era el primer visitante pero nunca se quedaba mucho tiempo, y mientras estaba ahí, no paraba de correr arriba y abajo de la casa, terminando generalmente su visita con un brinco por la ventana abierta. Las martas, los hermosos gatos salvajes del bosque, fueron a ver a Gilly una vez; eran muy orgullosas y no le dijeron nada. Los pequeños conejos negros estaban muy impresionados con las martas, y todo el tiempo que ellas estuvieron ahí, ellos permanecieron bajo la cama y las sillas. Dos o tres veces, el mismísimo Rey del Bosque —el Jabalí de las Cerdas y los Largos Colmillos— fue a ver a Gilly; él solía empujar la puerta para abrirla y se paraba en medio del suelo gruñendo y gruñendo. Una vez llevó a su esposa consigo, y a seis o siete de sus pequeños cerditos, que iban corriendo por el piso, con sus orejas colgando frente a sus ojos. Los puercoespines también solían ir, pero siempre eran indeseables. Solamente se acomodaban

junto al fuego y roncaban, y en cuanto despertaban, discutían unos con otros. Todos decían que los hijos de los puercoespines eran muy mal criados y muy mal provistos. Las ardillas, que eran tan limpias y cuidadosas, y tan cariñosas con sus hijos, pensaban que, en efecto, los puercoespines eran criaturas muy malas. “Es justo como ellos el tener espinas sucias y pegajosas alrededor, en lugar de un bonito pelaje limpio,” dijo la esposa de la ardilla. “Pero querida,” dijo el esposo ardilla, “no todos los animales pueden tener pelaje.” “Es cierto,” dijo ella, “aunque los conejos tienen pelaje, y sabemos que no son criaturas de mucho valor. Me parece que sólo lo hacen para que veamos que tienen alguna relación con el horrible, horrible jabalí que va chocando y marchando contra el mundo.”

Los venados nunca entraron a la casa, y Gilly mando hacer un refugio afuera para ellos. Ellos llegaban a ocuparlo por muchas noches y días, y Gilly solía salir y hablar con ellos. Sabían sobre países lejanos, extraños caminos y pasajes, pero no sabían tanto acerca de los hombres y de las costumbres de otras criaturas como sabía el Zorro.

El Zorro solía llegar por la tarde y quedarse casi hasta el amanecer, ya fuera que Gilly estuviera despierto o dormido. El Zorro era un excelente conversador. Solía acomodarse frente a la chimenea con sus patas extendidas, y contar sobre esto y lo otro, sobre lo que ella dijo y lo que él hizo. Si el Zorro viniera a verte, y estuviera de buen humor para hablar, te quedarías despierto toda la noche escuchándolo. Sé que yo lo haría. Fue el Zorro quién le contó a Gilly lo que el Cuervo de Achill le hizo a Laheen el Águila. Le había robado el Huevo de Cristal que estaba a punto de eclosionar —el Huevo de Cristal que la Grulla había abandonado en una roca desnuda. Fue el Zorro quien le contó a Gilly cómo llegó el primer

gato al mundo. Y fue el Zorro quién le contó a Gilly acerca de las generaciones de la anguila. Todo lo que quiero decir es que es una pena que no se pueda confiar en el Zorro, porque encontrar a alguien mejor para contar una historia sería difícil. Siempre estaba recogiendo y comiendo cosas que habían sido abandonadas —una papa asándose en las cenizas, una manzana acomodada en un plato, un trozo de carne bajo una manta. Gilly no tenía resentimiento hacia Rory el Zorro por estas cosas, y siempre le dejaba algo en una bolsa para que lo llevara consigo a casa, y a sus jóvenes zorros.

Y por poco olvido contarles acerca del amigo de Gilly, la valiente Comadreja. Había hecho una casa para sí mismo bajo el techo. De vez en cuando se iba por un día o más, y nunca le decía a Gilly a dónde había ido. Cuando estaba en casa, se ocupaba de abrir la puerta de Gilly. Si cualquiera de las criaturas se volvía indeseable por discutir con otra, o por ser incivilizada con Gilly, la Comadreja simplemente caminaría hacia ella y la miraría directo a los ojos. Luego la criatura se iba. Siempre mantenía su cabeza en alto y si Gilly le pedía consejo, ella diría tres palabras “No tengas miedo; no tengas miedo.”

Un día, Gilly quiso tener un montón de cerezas con su cena y fue a buscar el Huevo de Cristal para desearlo. El Huevo de Cristal no se encontraba en el lugar donde lo había dejado. Llamó a la Comadreja y ambos lo buscaron en la casa. El Huevo de Cristal no se encontraba por ningún lado. “Una de las criaturas se ha robado el huevo,” dijo la Comadreja, “pero a quién sea que lo haya hecho, lo traeré para que lo devuelva. Pronto habré averiguado de quién se trata.” La Comadreja fue a buscar a cada una de las criaturas que visitaba la casa, las miraba directo a los ojos y decía, “¿robaste tú el

Huevo de Cristal?”Y cada una de las criaturas decía, “no, pequeño león, no lo robé yo.” Para el día siguiente, habían inspeccionado a todas las criaturas excepto al Zorro. El Zorro no había ido de visita la noche anterior, ni tampoco la noche antes de esa. No fue en la tarde en que se percataron de que faltaba el Huevo de Cristal, ni la tarde después de esa. Esa noche, la Comadreja dijo, “tan seguro como es que tengo dientes en la boca, es seguro que el Zorro robó el Huevo de Cristal. Tan pronto como vuelva a haber luz, lo buscaremos y haremos que devuelva el Huevo.”

IX

La Comadreja estaba en lo cierto; fue Rory el Zorro quien robó el Huevo de Cristal de Gilly. Una noche, justo cuando se disponía a dejar la casa, la luna brillo de lleno sobre el Huevo de Cristal. En el tiempo que toma girar una mano, Rory el Zorro había dado un brinquito y tomado el Huevo con su boca. Luego se escabulló por la puerta tan rápido y silencioso como una hoja soplada por el viento.

No pudo evitar robarse el Huevo, cuando la oportunidad vino. Había tenido un sueño al respecto. Había soñado que el huevo eclosionaba y que de él salía el pájaro más exquisito al que el Zorro jamás hubiera tomado por el cuello. Apretó los dientes mientras dormía al soñar con esto. El Zorro le contó a sus cachorros sobre el sueño que tuvo —un pájaro tan grande como un ganso y tan gordo del cuello y el pecho que apenas y podía ponerse de pie. Los cachorros se relamieron. Cada vez que volvía a casa, solían decirle “Padre, ¿trajiste al Ave Exquisita?” No era de extrañar que sus ojos se posaran en el Huevo de Cristal cuando visitaba la casa de Gilly. Y luego, como la luna brillo sobre él cuando se retiraba, y como

sabía que Gilly estaba de espaldas, no pudo contenerse de dar un pequeño salto y tomar el Huevo de Cristal con su boca.

Fue a través de la oscuridad, árboles oscuros con el suave y ligero trote del Zorro. Sabía bien lo que tenía que hacer con el Huevo. Había soñado que el huevo era empollado por el ganso reumático de la Mujer Adivina. Este ganso era llamado Vieja Madre Hatchie, y el Zorro nunca la había cazado porque sabía que ella siempre estaba empollando polluelos que él comería en su mesa. Fue a través de los árboles y a través de los prados en dirección a la casa de la Adivina.

La Adivina vivía de contarle a la gente sobre su fortuna y leer sus sueños. Por eso es que la llamaban Adivina. La gente le daba bienes a cambio, y ella dejaba su tierra y su ganado a merced de la suerte. Las rejas de su campo estaban rotas y podridas. Sus gallinas habían sido robadas por el Zorro. Su cabra se había vuelto salvaje. No tenía ni vaca, ni burro, ni oveja, ni cerdo. El Zorro ahora iba a cruzar su reja como el relámpago iría a través de un arbusto, llegando frente al granero. Había un hoyo en la puerta del granero, y paso a través de él. Y en la esquina noroeste del granero, vio a la Vieja Madre Hatchie sentada en un nido de paja y supo que había huevos debajo de ella. Ella cacareó al verlo en el granero, pero no se alejó del nido. Rory dejó lo que llevaba en la boca sobre el suelo. La Vieja Madre Hatchie ladeó la cabeza y miró el Huevo que era claro a la luz de la luna.

“Este Huevo, señorita Hatchie,” dijo Rory el Zorro, “es de la Gallina de la Reina de Irlanda. La Reina le pidió a la Gallina que me pidiera a mí dejártelo a ti. Piensa que no hay ave en el mundo más digna que tú para empollar el Huevo y el polluelo que contiene.”

“Eso es cierto, es cierto,” dijo Madre Hatchie. “Ponlo aquí, ponlo aquí.” Levantó su ala y el Zorro puso el huevo sobre su amplio nido.

Salió del granero, cruzó el campo de nuevo, y fue a través de los oscuros, oscuros árboles. Se desplazaba lento ahora porque comenzó a pensar que Gilly podría averiguar quién había robado el Huevo de Cristal, y podría estar furioso con él. Luego pensó en la Comadreja. El Zorro comenzó a pensar que debería temer por sí mismo si la Comadreja le estaba siguiendo el rastro.

Rory no fue a casa de Gilly la noche siguiente, ni la noche después de esa. A la tercera noche, cuando volvía a casa de un recorrido, el búho ululó hacia él. “¿Por qué ululas así, Gran Polilla?” dijo el Zorro deteniendo su trote. (Siempre llamaba al búho “Gran Polilla” para aparentar que lo consideraba una polilla y no un pájaro. Sostenía esta farsa porque se sentía irritado de no poder atrapar nunca a un búho para comer). “¿Por qué ululas hacia mí, Gran Polilla?” dijo él. “La Comadreja va a tener tus huesos por escalones y tu sangre por aperitivo en la mañana,” dijo el Búho amenazantemente mientras desaparecía entre los oscuros, oscuros árboles. El Zorro se quedó quieto pensando largo rato. Luego fue a su madriguera y les dijo a sus cachorros que tendrían que cambiar de casa. Se mudarían con la primera luz. Le dio una rana a cada uno por desayuno, y los condujo por el campo. Llegaron a una madriguera que el Viejo Tejón acababa de abandonar y Rory el Zorro internó a sus cachorros y les dijo que aquella sería su nueva casa.

X

Por la tarde del día siguiente, Rory el Zorro se encontraba tomando una siesta cuando escuchó a uno de sus cachorros emitir un chillido agudo. Estaban jugando afuera de la madriguera,

miró afuera y vio que sus tres cachorros estaban asustados por algo que estaba entre ellos y la madriguera. Miró alrededor y vio a la Comadreja.

“Ahem,” dijo Rory el Zorro, “¿y cómo estamos esta mañana?”

La Comadreja había marcado a uno de sus cachorros para atacar. Aunque Rory habló, no dejó de tener los ojos encima del cachorro que había marcado.

“Mi querido amigo,” dijo el Zorro, “justamente estaba por decir —si estás buscando algo, quizás yo pueda ayudarte a encontrarlo.”

“Huevo de Cristal,” dijo la Comadreja secamente, sin quitar su mirada, sedienta de sangre, del cachorro de Rory.

“Oh, el Huevo de Cristal,” dijo Rory el Zorro. “Sí, sin duda. Yo puedo llevarte de inmediato a donde se encuentra el Huevo de Cristal.” Salió de la madriguera y vio a Gilly sentado en un montículo detrás.

“Creo que es momento de que mis hijos vuelvan al interior de la madriguera,” dijo Rory el Zorro. “Por favor, excúsenlos, amigos.” La Comadreja quitó los ojos de encima del cachorro que había marcado, y los tres pequeños zorros se apresuraron al interior de la madriguera.

“Por este camino, amigos míos,” dijo el Zorro, y comenzó a andar en dirección a la casa de la Adivina, con el trote ligero y veloz de un zorro. Gilly y la Comadreja iban detrás de él. Cruzaron un campo de algodón, uno de hierba y uno de alfalfa. Llegaron a la cerca rota frente a la casa de la Adivina, y frene a la casa, vieron a la misma Adivina, que se encontraba llorando y llorando.

El Zorro se escondió detrás de la cerca, la Comadreja trepó la zanja, y Gilly se dirigió hacia la mujer.

“¿Qué es lo que te aflige?” le dijo Gilly.

“Mi ganso —la única ave que me quedaba, fue capturada por bandidos.”

“Pregúntale dónde se encuentra el conjunto de huevos que empollaba,” dijo Rory el Zorro ansiosamente, poniendo su cabeza sobre la cerca.

“Y ¿dónde se encuentra el conjunto de huevos que su ganso empollaba, madame?”

“Los bandidos se llevaron el nido con el ganso, y los huevos con el nido,” dijo la Adivina.

“Y el Huevo de Cristal estaba con los otros huevos,” dijo el Zorro a Gilly. No dijo más. Dio una vuelta rápida antes de que la Comadreja saltara sobre él. Corrió de vuelta a su madriguera. Le dijo a sus pequeños zorros que debían cambiar de casa de nuevo. Es noche la pasaron en el bosque, y con la primera luz, cruzaron el agua y fueron a vivir a una isla donde la Comadreja nunca apareció.

“¿A dónde se dirigieron los bandidos con el ganso, el nido y los huevos,” dijo Gilly de la Piel de Cabra.

“Fueron hacia el río,” dijo la Adivina. “Los seguí cada pulgada del camino. Subieron a un bote e izaron sus velas. Navegaron y navegaron, y tanto se adentraron en el río. Y a donde quiera que estén,” dijo la Adivina, “se encuentran lejos de nosotros.”

“¿Vendrías conmigo?” dijo Gilly a la Comadreja, “los rastreadremos y recuperaremos el Huevo de Cristal.”

“Me comprometí a acompañarte por un cuarto de año,” dijo la Comadreja, “y los tres meses han pasado ya, Gilly. El invierno se aproxima y debo comenzar a atender mis propios asuntos.”

“Entonces adiós, Comadreja,” dijo Gilly, “buscaré yo mismo el Huevo de Cristal. Pero primero debo pedir a la Adivina que me deje descansar en su casa, y que me de provisiones para el viaje.” La

Comadreja miró a Gilly a la cara y se despidió también. Luego Gilly siguió a la Adivina dentro de su casa. “Ocone,³” se estaba diciendo a sí misma, “mi sueño me dijo que estaba por perder a mi pobre gansa, y aun así no hice nada para dificultarle a los ladrones que se la llevaran.”

XI

Pues bien, se quedó en la casa de la Adivina por tres cuartos de año. A menudo iba en busca de los ladrones que se habían llevado el Huevo de Cristal junto con el ganso de la Adivina, pero nunca encontró rastro de ellos o de su embarcación. Se encontró con aves y bestias que eran sus amigos, pero no podía conversar con ellos sin el huevo, que le permitía tener todo lo que deseaba. Mientras tanto, trabajó para la Adivina —arregló sus cercas, reparó su granero y traía leña del bosque para la chimenea todas las tardes. Por las noches, antes de irse a dormir, la Adivina solía contarle sus sueños de la noche anterior, y le hablaba sobre la gente que había visitado su casa para escuchar acerca de su fortuna.

Una mañana de Lunes, le dijo, “he tenido una revelación, hijo de mi corazón, y sé que mi arrendador, el Capataz del Poblado del Infortunio,³ vendrá y te pondrá a sus servicios.”

“¿Y qué tipo de hombre es tu arrendador, el Capataz del Poblado del Infortunio?” preguntó Gilly.

“Un hombre sin gentileza. Se llevó a dos muchachos que me sirvieron, uno tras otro, y son miserables por lo que él les hizo. Estoy afligida de pensar que te llevará al Poblado del Infortunio.”

“¿Por qué te aflige, Adivina?” dijo Gilly. “Seguro que estaré contento de ver el mundo.”

³ Palabra del folclor Celta sobre el infortunio (N. del T.)

“Eso es lo que los otros dos muchachos dijeron,” dijo la Adivina. “Ahora te diré lo que el Capataz del Poblado del Infortunio hace: pacta con aquel que entrará en su servicio, diciéndole que le dará una guinea, un doblón y un céntimo por tres meses de servicio. Después le avisa que si se queja de la paga que recibirá, perderá la paga y le arrancaran una tira de su piel, de una pulgada de grosor. Él cabalga en un caballo de gruesa cola, gran cabeza y cuerpo con manchas de pies a cabeza. Oh, vaya que es cruel el Capataz del Poblado del Infortunio.”

“¿Y no hay forma de obtener un mejor trato de él?” dijo Gilly.

“Sí la hay, pero es difícil,” dijo la Adivina. “Si uno pudiera hacer que él, el amo, diga que se arrepiente del trato, el Capataz mismo perderá una tira de su piel, de una pulgada de grosor, de su cuello a sus talones, y deberá pagar el sueldo completo, sin importar cuán corto tiempo haya servido el muchacho.”

“Es un acuerdo después de todo,” dijo Gilly, “y si viene para llevarme, aceptaré ponerme al servicio del Capataz del Poblado del Infortunio.”

El primer día de lluvia, trajo consigo al Capataz del Poblado del Infortunio. Montaba en un caballo de gruesa cola, gran cabeza y cuerpo manchado. Llevaba un fuste de madera para acelerar al corcel y ahuyentar a los perros que se cruzaban en su camino. Sus labios parecían azules, sus ojos estaban bizcos y sus cejas eran espesas como un arbusto. Frente a él, llevaba una bolsa llena de patas de cerdo hervidas. Ahora, mientras cabalgaba hacia la casa, llevaba una pata de cerdo en la boca, y la estaba comiendo. Desmontó el caballo y entró en la casa.

“Escuché que hay un muchacho en tu casa y quiero que tome servicio conmigo,” le dijo a la Adivina.



*Montaba en un caballo de gruesa cola, gran cabeza
y cuerpo manchado.*

“Si el trato es uno bueno, tomaré servicio contigo,” dijo Gilly.

“Muy bien, muchacho,” dijo el Capataz, “este es el acuerdo, y es tan justo como la justicia. Te daré una guinea, un doblón y un céntimo, por tres meses de tu trabajo.”

“Me parece que es un buen sueldo,” dijo Gilly.

“Lo es. Aunque, si en algún momento dices que te arrepientes del acuerdo, perderás tu sueldo y además, perderás una tira de tu piel, de una pulgada de grosor, desde tu cuello hasta tus talones. Tengo que poner esta condición porque de otra manera, nunca conseguiría que el trabajo se haga. Los muchachos que empleo siempre están diciendo ‘no puedo hacer eso, lamento haber hecho el acuerdo contigo.’”

“¿Y si tú llegas a decir que te arrepientes de haber hecho el acuerdo?” preguntó Gilly.

“Oh, entonces yo perderé una tira de piel, de una pulgada de grueso, desde mi cuello hasta los talones, y además te pagaré el sueldo completo, sin importar cuán corto tiempo me hayas servido.”

“Bien, si eso te funciona a ti, me funciona a mí,” dijo Gilly de la Piel de Cabra.

“Entonces camina junto a mi caballo y llegaremos al Poblado del Infortunio esta noche,” dijo el Capataz. Luego agitó su fuete frente a Gilly ordenándole que se alistara. La Adivina secó las lágrimas de su rostro con el delantal, le dio a Gilly un pastel junto con su bendición, y él emprendió el camino hacia el Poblado del Infortunio junto con el Capataz.

XII

¿Qué es lo que hizo Gilly de la Piel de Cabra en el Poblado del Infortunio? Se levantaba temprano y se iba a dormir tarde; era mantenido cavando, arando y zanjando hasta que se encontraba tan cansado que se quedaba dormido en los matorrales; comía un desayuno que lo tenía hambriento cinco horas antes del almuerzo, y un almuerzo que hacía parece que pasaba mucho tiempo antes de la cena. Si se quejaba, entonces el Capataz decía, “bien, entonces te arrepientes del acuerdo,” a lo que Gilly respondía, “no,” en lugar de perder el sueldo que se había ganado y la tira de piel.

Un día, el Capataz le dijo “ve al pueblo por sal para mi cena, toma el atajo a través de las pasturas, y asegúrate de no dejar que el pasto crezca debajo de tus pies.”

“Muy bien, amo,” dijo Gilly. “Quizás podría traerme mi abrigo de la casa para no tener que hacer dos viajes.”

El Capataz se internó en la casa para traer el abrigo de Gilly. Cuando volvió, se encontró a Gilly parado sobre el bello pasto de la pastura, encendiendo una paja. “¿Para qué haces eso?” le dijo el Capataz.

“Para quemar el pasto en la pastura,” dijo Gilly.

“Para quemar el pasto en mi pastura, villano —¿el pasto que es para alimentar a mis buenos caballos de carrera! ¿Qué es lo que pretendes?”

“Pues usted me dijo que no dejara crecer el pasto bajo mis pies,” dijo Gilly. “¿No sabe el mundo que el pasto crece en cada instante, y cómo prevendría el que creciera debajo de mis pies si no lo quemó?” Con eso, se reclino para poner la paja encendida sobre la pastura.

“Detente, detente,” dijo el Capataz, “quise decir que fueras al pueblo sin distraerte en el camino.”

“Bueno, es una lástima que no hablaras más claramente,” dijo Gilly, “pues ahora el pasto está en llamas.” El Capataz pisoteó el pasto para apagar el fuego. Se quemó las pantorrillas y eso lo enojó mucho.

“Oh tonto,” le dijo a Gilly, “me arrepiento...”

“¿Te arrepientes del trato que hiciste conmigo, amo?”

“No. Iba a decir que me arrepiento de no haber sido claro contigo. Ve ahora al pueblo y tráeme la sal para mi cena, tan rápido como puedas.”

Después de aquello, el Capataz fue muy cuidadoso en dar a Gilly ordenes exactas. Esto se convirtió en un gran problema para él, pues la gente en el Poblado del Infortunio siempre solía decir, “no dejes crecer el pasto bajo tus pies,” cuando querían decir “apresúrate,” y “no llegues allá hasta que hayas vuelto,” cuando querían decir “ve rápido,” y “ve con patas de caballo,” cuando querían decir “no tardes.” Se fue cansando de hablar a Gilly con tanta claridad, así que se hizo a la idea de darle una orden que no pudiera llevarse a cabo, de modo que no tuviera que entregarle el sueldo que se había ganado.

Un Lunes por la mañana, llamó a Gilly a la puerta de su casa y le dijo, “lleva esta piel de oveja al mercado y tráeme de vuelta su precio y también la piel.”

“Muy bien, amo,” dijo Gilly. Puso la piel sobre su brazo y se dirigió al pueblo.

La gente en el camino le preguntaba, “¿qué quieres por la piel de oveja, muchacho?”

“Quiero la piel y el precio de ella,” respondía Gilly.

La gente se reía de él y le decía, “vas a necesitar un largo viaje, muchacho.”

Fue por el mercado, solicitando la piel y también su precio. Todos bromeaban sobre él. Fue a la casa del mercado y llegó con una mujer que compraba cosas que nadie más compraba. “¿Qué es lo que quieres, muchacho?” dijo ella.

“El precio de la piel y también la piel,” dijo Gilly.

Tomó la piel de sus manos, y le arrancó la lana. Puso la lana en su bolsa, y le devolvió la piel. “Ahí tienes la piel,” dijo ella, “y aquí está su precio.” Le dio tres doblones y un céntimo junto con la piel sin lana.

El Capataz había terminado su cena cuando Gilly volvió a la casa. “Bien, amo, he vuelto,” dijo Gilly.

“¿Me trajiste el precio de la piel y la piel misma?” dijo el Capataz.

“Ahí está la piel,” dijo Gilly, colocando la piel de oveja con la lana arrancada. “Y aquí está su precio –tres doblones y un céntimo,” dijo, colocando el dinero sobre la piel.

Después de aquello, el Capataz del Poblado del Infortunio comenzó a sentir miedo de que Gilly de la Piel de Cabra fuera demasiado astuto para él, y que lograra llegar al final de los tres meses, llevándose el sueldo en sus manos. Este pensamiento desanimó mucho al Capataz, pues, por muchos meses ya, había obtenido trabajo arduo de sus muchachos, sin haberles dado jamás ni un solo centavo.

XIII

El día después de navidad, el Capataz le dijo a Gilly, “este es el día de San Esteban. Iré al granero de un vecino a ver a los mimos presentar una obra. La gente tonta le da dinero a estos sujetos por actuar, pero yo no haré una cosa como esa. Veré un poco de lo que presentan, beberé unos cuantos vasos y me largaré antes de que comiencen a coleccionar el dinero del público. Llamen a esta colecta nada más y nada menos que su paga.”

“¿Y qué es lo que puedo hacer por usted, amo?” dijo Gilly. “Corre al granero a media noche y grita ‘amo, amo, su molino está en llamas.’” Eso me dará una excusa para escaparme. ¿Entiendes ahora lo que requiero de ti?”

“Entiendo, amo.”

El Capataz se puso su abrigo y tomó su bastón. “Respecto a lo que acabo de explicarte,” dijo él, “no llegues ni un minuto después de la media noche. Asegúrate de entrar con gran prisa —ve con patas de caballo— ¿me entiendes?”

“Lo entiendo, amo,” dijo Gilly.

Los mimos estaban bailando antes de comenzar la actuación, cuando el Capataz entró en el granero. “Ese es el hombre rico,” le dijo uno a otro. “Debemos asegurarnos de que ponga mucho dinero en nuestra bolsa.” El Capataz se sentó en una banca junto al granjero que tenía varias decenas de vacas, el herrero que hacía los herrajes de los caballos del Rey, y el mercader que había visitado países lejanos y que usaba grandes aros de plata en sus orejas. La mitad de la gente que estaba ahí, no podría decírtela, pero se encontraban—

Biddie el Tempranero

Jack el Gales

Tía Jug

Pie Sano

Matt el Podador

Nora Criona

Conan Maol y

Shaun el Omadhaun.⁴

Algunos dicen que el Hijo del Rey de Irlanda también estuvo ahí.

La obra era

“El Unicornio de las Estrellas.”

Los mimos lo hicieron muy bien a pesar de que no tenían a uno que hiciera la parte del Unicornio.

Estaban en medio de la obra cuando Gilly de la Piel de Cabra se apresuró dentro del granero. “Amo, amo!” gritó, “su molino—su molino está en llamas.”

El Capataz se puso de pie y llevó el vaso a su boca, bebiendo lo que quedaba de él. “Abran paso para mí, buenas personas,” dijo. “Déjenme salir, buenas personas.”

Algunas personas en la puerta comenzaron a comentar acerca de lo que Gilly cargaba en sus manos. “¿Qué tienes ahí, mi siervo?” dijo el Capataz.

“Un par de patas de caballo, amo. Sólo pude cargar dos de ellas.”

El Capataz agarró a Gilly por la garganta. “Un par de patas de caballo!” dijo él. “¿Dé dónde sacaste un par de patas de caballo?”

“Las tomé de un caballo,” dijo Gilly. “Tuve dificultad en cortarlas. Mal momento para que me pidiera venir aquí con patas de caballo.”

⁴ En irlandés, una persona que tenía cordura, pero la ha perdido (N. del T.)

“¿Y al caballo de quién le cortaste las patas?”

“Al suyo, amo. No pensé que fuera a gustarle que cortara las patas del caballo de alguien más. Y pensé que las piernas de su caballo de carreras serían las más apropiadas.”

La gente y los mimos empezaron a reunirse en torno a ellos dos, y vieron como la cara del Capataz se ponía negra de rabia. “Oh, mi desgracia que he conocido contigo.”

“¿Está arrepentido de nuestro trato, amo?”

“Arrepentido —arrepentido estaré cada día y noche de mi vida por esto,” dijo el Capataz.

“Escucharon lo que dijo mi amo, buena gente,” dijo Gilly.

“Seguro. Dice que está arrepentido del trato que hizo contigo,” respondieron algunas personas.

“Entonces,” dijo Gilly, “desnúdenlo y átenlo a una banca hasta que haya cortado una tira de su piel, de una pulgada de ancho, desde su cuello hasta sus talones.”

Ninguno de los presentes accedió a hacer eso. “Bueno, les contaré algo que los hará acceder,” dijo Gilly. “Este hombre hizo a dos pobres muchachos servirle, sin pagarles un salario, y quitándoles una tira de piel, de modo que están enfermos y miserables hasta este día. ¿Eso los convencerá de atarlo a la banca?”

“No,” respondió alguna de la gente.

“Él me ordenó venir hasta acá y gritar ‘Amo, amo, tu molino está en llamas’ de manera de que pudiera irse de la obra sin dar dinero para la colecta de los mimos. Su molino no está en llamas, de ninguna manera.”

“Desnúdenlo,” dijo el primer mimo.

“Átenlo a lo largo de la banca,” dijo otro.

“Aquí está un cuchillo de curtir para ti,” dijo un tercero.

Los mimos sujetaron al Capataz, lo desnudaron y lo ataron a lo largo de una banca. Gilly tomó el cuchillo y comenzó a afilarlo contra el suelo.

“Ten piedad de mí,” dijo el Capataz.

“Tú no tuviste piedad con los otros dos muchachos que te sirvieron,” dijo Gilly.

“Te daré tu sueldo completo.”

“Eso no es suficiente.”

“Te daré el doble del sueldo para que lo des a los otros muchachos sirvientes.”

“¿Y le pagarás a los mimos por toda la gente que se encuentra aquí?”

“No, no, no. No puedo hacer eso.”

“Estira tu cuello entonces, para que marque el lugar donde comenzaré a cortar tu piel.”

“No me acribilles con el cuchillo. Pagaré por toda la gente,” dijo el Capataz.

“Escucharon lo que prometió,” dijo Gilly a la gente. “Pagaré mi sueldo completo, me dará un doble sueldo para compensar a los muchachos que lastimó, y pagará a los mimos por todos.”

“Lo escuchamos decir todo eso,” dijo la gente.

“Levántate y vístete,” le dijo Gilly al Capataz. “¿Qué haría yo con una tira de tu piel? Pero espero que todos aquí te acompañen a casa hasta que hayas pagado todo el dinero que prometiste.”

“Iremos a su casa con él,” dijeron los mimos.

“Permaneceremos en su suelo hasta que haya pagado lo que prometió,” dijeron los otros.

“Y ahora debo decirles, vecinos,” dijo Gilly, “que no le corte las patas a ningún caballo viviente. Este par fue cortado de un pobre caballo muerto, por los curtidores que lo estaban trabajando.”

Pues bien, todos fueron a la casa dl Capataz, y ahí se quedaron hasta que abrió su cofre de piedra y sacó su caja de dinero, y pagó a los mimos la parte de todo el público, y pagó a Gilly su salario completo, una guinea, un doblón y un céntimo, y le entregó también dobles sueldos para dar a los muchachos sirvientes que había lastimado antes. Gilly tomó el dinero y partió de la casa del Capataz del Poblado del Infortunio, y la gente y los mimos lo acompañaron hasta el camino, vitoreándolo y celebrando mientras se marchaba.

XIV

A sí pues, sin desgracia ni infortunio, Gilly volvió a la casa de la Adivina. Ella estaba sentada en el peldaño de la puerta moliendo maíz con un molinillo cuando él llegó. Lloró sobre él, incrédula de que hubiera vuelto a salvo del Poblado del Infortunio. Y mientras él estuvo ahí, ella no paró de hablar acerca de su ‘pobre espalda.’

Se quedó con ella por dos estaciones. Arreglaba sus cercas y limpiaba su pozo; segaba el maíz y traía cera de abejas; entrenó a un perro para que ahuyentara a los cuervos de sus campos; mantenía aseados al asno, las ovejas y a la cabra. La Adivina estaba muy agradecida con él por todas las cosas que hacía por ella, y un día le dijo, “Gilly de la Piel de Cabra te llaman, pero otro nombre te corresponde ahora.”

“¿Y quién me dará otro nombre?”

“¿Quién te lo dará? Nadie más que la Anciana Mujer de Beare,” dijo la Adivina.

Al día siguiente, le dijo, “Tuve un sueño anoche, y ahora sé lo que debes hacer. Debes ir ahora con la Anciana Mujer de Beare para

que te dé el nombre que te corresponde. Y antes de que te lo dé, debes contarle a ella, y a quién sea que esté con ella, tanto como sabes de la Historia Única.”

“Pero no sé nada acerca de la Historia Única,” dijo Gilly de la Piel de Cabra.

“Siempre hay vacío antes de un principio,” dijo la Adivina. “Esta tarde, cuando este moliendo maíz con el molinillo te contaré la Historia Única.”

Esa tarde, cuando ella se sentó en el peldaño de la puerta, y cuando el sol comenzaba a ponerse detrás de los antiguos arbustos, la Adivina le contó a Gilly la segunda parte de la Historia Única. Luego cocinó un pastel y mató a un gallo para él, y le dijo que partiera a la mañana siguiente, en dirección a la casa de la Anciana Mujer de Beare.

Bien, pues emprendió el viaje temprano por la brillante mañana, dejando buenos deseos con la Adivina detrás de él, y se marchó, cruzando altas colinas, pasando largos valles, y manteniéndose en camino sin altos ni descansos, el día claro yendo y la noche oscura viniendo, tomando provisiones cada tarde donde quiera que las encontrara, y por fin, llegó a la casa de la Anciana Mujer de Beare.

Se internó en la casa y la encontró haciendo marcas en las cenizas de su fuego, mientras su cucú, su urraca y su canario picaban granos de la mesa.

“¿Y qué es lo que puedo hacer por ti, buen muchacho?” dijo la Anciana Mujer de Beare.

“Darme un nombre,” dijo Gilly, “y escuchar la historia que tengo para contarte.”

“No lo haré,” dijo la Anciana Mujer de Beare, “hasta que hayas completado una tarea por mí.”

“¿Qué tarea debo hacer por ti?” dijo Gilly de la Piel de Cabra.

“Yo sabría,” dijo ella, “quién de nosotros cuatro es la criatura más antigua del mundo —yo misma, Laheen el Águila, Patanegra el Alce o el Cuervo de Achill— dejó al Salmón de Assaroe fuera de la cuenta.”

“¿Y cómo podría un muchacho como yo ayudarte a saber eso?” preguntó Gilly de la Piel de Cabra.

“Un Toro fue sacrificado el día que nací, y en cada uno de mis cumpleaños. Los cuernos de los toros están en dos fosas allá afuera. Debes contarlos todos y decirme cuanto suman la mitad de ellos, y entonces sabré mi edad.”

“Haré eso si me alimentas y me das refugio,” dijo Gilly de la Piel de Cabra.

“Come tanto como quieras,” dijo la Anciana Mujer de Beare. Le acercó una hogaza de pan y una botella de agua. Cuando cortó una rebanada de la hogaza, fue como si no hubiera cortado nada, y cuando se sirvió una copa llena de la botella, fue como si nada de agua se hubiera extraído. Cuando terminó de beber y comer, dejó la hogaza completa y la botella llena en la alacena, fue afuera y comenzó a contar los cuernos en la fosa derecha.

En el segundo día, un joven extraño vino a él y lo saludó, y luego fue a contar los cuernos en la fosa izquierda. Este muchacho no era otro sino el Hijo del Rey de Irlanda.

Al tercer día, tenían todos los cuernos contados. Luego Gilly de la Piel de Cabra y el Hijo del Rey de Irlanda se reunieron bajo un arbusto.

“¿Cuántos cuernos has contado?” dijo el Hijo del Rey de Irlanda.

“Tantos,” dijo Gilly de la Piel de Cabra. “¿Y cuántos contaste tú?”

“Tantos,” dijo el Hijo del Rey de Irlanda.

Justo cuando estaban sumando los dos números juntos, ambos escucharon sonidos en el aire —era como el sonido que los Bardos hacen al cantar sus versos. Y cuando miraron arriba, vieron a un cisne volando en círculos sobre ellos. Y el cisne cantaba la historia de la llegada de los Milesianos⁵ a Eirinn. Y mientras los dos jóvenes escuchaban, olvidaron el número de cuernos que habían contado. Y cuando el cisne se alejó volando, se miraron uno al otro y como estaban hambrientos, comieron rebanadas de la hogaza interminable y bebieron copas del agua infinita. Luego la Anciana Mujer de Beare despertó y les pidió que le dijeran el número de sus años.

“No podemos decirte aunque contamos los cuernos,” dijo el Hijo del Rey de Irlanda, “pues justamente cuando sumábamos los números juntos, un cisne nos cantó y olvidamos los números que habíamos contado.”

“No hicieron su tarea correctamente,” dijo ella, “pero como prometí a este muchacho darle un nombre y escuchar la historia que tiene para decir, tendré que dejar que así será. Puedes contar la historia ahora, Gilly de la Piel de Cabra.”

Se sentaron al fuego, y mientras la Anciana Mujer de Beare hilaba en una rueca muy antigua, y mientras el canario, la urraca y el cucú recogían granos y murmuraban entre ellos, Gilly de la Piel de Cabra les contó la Historia Única. Y la historia, como la contó Gilly de la Piel de Cabra, va así—

⁵ La última raza que llegó navegando a establecerse en Irlanda (N. del T.)



LA HISTORIA ÚNICA

Un Rey y una Reina estaban caminando junto al estanque azul de sus dominios. El cisne había venido al estanque azul, y las brillantes flores amarillas de los lirios se encontraban sobre la superficie. “Och,” dijo la Reina, “si tan sólo tuviera una hija que mostrara esos colores —el azul del estanque en sus ojos, el amarillo brillante de los lirios en su cabello, y el blanco del cisne en su piel—dejaría que mis siete hijos se fueran con los gansos salvajes.”

“Hush,” dijo el Rey. “Pides una condena, y tal vez te sea cumplida.” Escalofríos recorrieron a la Reina.

Volvieron al castillo, y esa tarde, la niñera les contó que un hombre gris había pasado haciendo un círculo en torno a sus siete hijos, diciendo, “si debe ser como su madre lo deseó, que así sea.”

Pues bien, antes de que los lirios volvieran a florecer y antes de que el cisne volviera al estanque, la Reina dio a luz. Era una niña. El Rey estaba sentado con sus siete hijos cuando las mujeres vinieron a hablarse de la recién nacida. “Oh mis hijos,” dijo él, “que todos ustedes estén conmigo durante toda mi vida.” Pero mientras pronunciaba estas palabras, sus hijos se alejaron de él. Salieron por la puerta, y fueron hacia la terraza frente a la puerta. Ahí, se convirtieron en grises gansos salvajes, y los siete volaron hacia las colinas vacías.

Ningún consejero pudo ayudar al Rey a traerlos de vuelta, y ninguno de los cazadores que mandó hacia aquellos parajes encontró rastro de ellos. El Rey y la Reina se quedaron con uno sólo de sus hijos, la recién nacida. La llamaron “Sheen,” una palabra que significa “Tormenta,” porque su llegada fue como una tormenta que se llevó a sus hermanos. Después, la Reina murió, querido público. Luego, la pequeña Sheen fue olvidada por su padre, y fue criada y acompañada por los sirvientes del castillo.

Un día, cuando tenía la edad del mayor de sus hermanos al momento en que cambió su forma humana, Sheen fue con Mor, la hija del leñador, y Siav, la hija adoptiva del fabricante de canastas, hacia el bosque para recolectar moras. Yendo de aquí para allá, se separó de Siav y Mor. Llegó a un sitio donde había muchas moras, y fue paso a paso recogéndolas. Sus pies cayeron en un pantano. Gritó a Mor y Siav, pero ninguna respuesta vino de ellas. Sus gritos alertaron a siete gansos salvajes que volaron en torno a ella. “Sálvenme,” les gritó ella.

Luego uno de los gansos salvajes habló. “Salvaríamos a cualquiera de un pantano, excepto a una niña, pues fue por una niña que perdimos nuestra forma humana y la amorosa compañía de nuestro padre.”

Luego Sheen supo —pues los sirvientes solían contarle la historia— que era uno de sus siete hermanos quien le hablaba. “Desde que supe la historia,” dijo ella, “mi mayor desgracia ha sido provocar que perdieran su forma humana y la compañía de nuestro padre, quien ahora es llamado el Rey Solitario. Créanme,” continuó ella, “que habría hecho cualquier cosa por recuperarlos.” Había tanta emoción en su voz, que sus siete hermanos, aunque se habían endurecido pensando en su infortunio, fueron tocados en el corazón y volaron hacia ella para ayudarla. Ellos sujetaron sus brazos y sus hombros, y elevaron sus pies. La cargaron lejos del pantano. Luego ella se arrodilló y les dijo, “oh hermanos, ¿hay alguna cosa que pueda hacer para restaurar su forma humana?”

“Sí la hay,” dijo el primero de los siete gansos. Ella les rogó que se la dijeran. “Es una larga y agotadora labor la que te esperaré,” dijo uno. “Si reúnes las fibras de lo que crece en los pantanos con tus propias manos,” dijo otro, “y con ellas haces hilos, y con los hilos fabricas tela, y coses la tela en camisas, y lo repitieras todo hasta tener siete camisas para nosotros, todo el tiempo sin reír, llorar o pronunciar una palabra, entonces nos salvarías. Una camisa la podrías hilar, tejer y coser en un año. Y no será sino hasta que las siete camisas nos sean colocadas que recuperaremos nuestra forma humana.”

“Estoy dispuesta a hacerlo,” dijo Sheen, “y no lloraré ni una lágrima, no reiré ni una risa, ni diré una sola palabra mientras trabaje en esta tarea.”

Entonces, el hermano mayor dijo, “El pantano se encuentra entre nosotros y la casa de nuestro padre, y entre nosotros y las compañeras que tenías hoy. Si harás la tarea que restaurará nuestra forma humana, será mejor que no vuelvas. Más allá de aquellos

árboles, está la casa de una mujer solitaria, y ahí deberás vivir hasta que tu tarea esté completada.” Los siete gansos salvajes volaron de regreso al pantano, y Sheen se dirigió a la casa más allá de los árboles. La Adivina era quien vivía en esa casa. Asumió que Sheen era una muchacha tonta, y le dio comida y refugio por los servicios que hacía —traer agua del pozo durante la mañana, y moler maíz por la tarde. Tenía el resto del día y la noche para su propia tarea. Reunía las fibras entre la tarde y la puesta del sol, e hilaba por la noche. Cuando tenía suficiente extensión de hilo, tejía un trozo de tela. Al finalizar el primer año, tenía lista una camisa lista. En otro año, hizo la segunda, luego la tercera, la cuarta, la quinta y la sexta. Y todo el tiempo no dijo ni una palabra, no rio ni tampoco lloró.

Estaba reuniendo las fibras para la séptima y última camisa. Un día en que la nieve se había derretido, salió y sus pasos se sentían ligeros. Cientos de pájaros estaban en el suelo comiendo abundantemente y llamándose unos a otros. Sheen apenas y podía alejar de su boca la canción que estaba en su mente. Ya podría cantar y reír y platicar cuando la última fibra fuera hilada, la última tela tejida, la última camisa cosida, y el trabajo que había hecho en silencio restaurara la forma humana de sus hermanos. Estaba reuniendo las escasas fibras del pantano con una mano, mientras sellaba sus labios con la otra.

Algo cayó a sus pies. Era un ave blanca que se mantuvo piando en el suelo. Sheen miró arriba y vio a un halcón. Y cuando dio la vuelta vio a un hombre viniendo a través del pantano. El halcón voló hacia él y aterrizó en su hombro.

Sheen sostuvo el ave blanca entre sus brazos. El hombre se acercó a ella y le habló, y su voz la hizo ponerse de pie. Llevaba la

vestimenta de un cazador. Su cara era morena y delgada, sus ojos de un azul brillante como el de flores o zafiros. Ninguna palabra le dijo Sheen y entonces él la paso con su halcón en su hombro. Y luego ella, con el ave blanca entre sus brazos, volvió a la casa de la Adivina.

Esa noche, cuando hilaba las fibras, pensó en el hombre de ojos azules y cara morena. Se preguntaba si alguno de sus hermanos sería como él, una vez que recuperaran su forma humana. Alimentó al ave blanca con granos de maíz, y la dejó descansar en el nicho de la ventana sobre su cama. Y luego se quedó despierta tratando de encontrar el sentido de la canción que la Adivina cantaba, cuando ella se encontraba tejiendo en la esquina junto a la chimenea—

*No dormirías
en mi regazo!
Pequeña hermana,
Te meceré hasta el descanso!*

*El agua del río arrulla
Al cisne en su nido
No dormirías
¡Acostada en mi regazo!*

*Las gotas de lluvia envuelven
La cresta del espino:
Mis pensamientos no tienen número:
No dormirías
Acostada en mi regazo,
Pequeña hermana,
Te meceré hasta el descanso.*

Pasó aquella noche entre el sueño y la vigilia, durmiendo y despertando, y cuando la luz aumentó, vio al ave blanca agachándose por la abertura de la ventana. Abrió la puerta y salió de la casa para dejar al ave volar desde sus manos.

Y ahí, en el suelo frente a ella ¡había una espada! Sheen sabía que era la espada del hombre que había visto ayer, y supo que el hombre había estado frente a su puerta durante la noche. Se agachó sobre el suelo y miró el brillante filo azulado. Oh mis oyentes, si estuve ahí fue entre los cuervos que volaron en picada, graznando mientras recogían algo que los complacía, entre los gorriones que piaban en los árboles y entre las aves pequeñas que discutían en el techo de la casa, y en la brisa que voló alrededor, la primer brisa del día.

La Adivina salió de la casa y vio lo que miraba Sheen —la espada en el suelo. “Está forjada con la habilidad que sólo poseen los herreros de un rey,” dijo ella. Tomó la espada y la colgó en la rama de un árbol, para que el rocío del suelo no la oxidara. “Creo que su dueño es el extraño que algunos han visto por estos parajes —el hombre la que los vecinos llaman el Rey Cazador,” le dijo a Sheen.

Otro día, Sheen fue a recolectar fibra. Esta vez, cruzó el río saltando piedras y se dirigió a los prados donde había mucho ganado. Se quedó mirando las vacas y pensando en cuántas eran, deseando que tal ganado le perteneciera a la Adivina. Lo siguiente que vio eran dos caballos negros, enfrentándose uno contra el otro. Mostraban sus dientes, mordían y pateaban. Luego, fueron galopando hacia ella. “Oh,” pensó Sheen, “son sementales Bregoneses salvajes.” Ella corrió, pero los caballos hicieron círculos en torno a ella. “Sementales Bregoneses salvajes,” volvió a decirse a sí misma, “se apresurarán y sacudirán y me apresarán en la muerte.” Luego

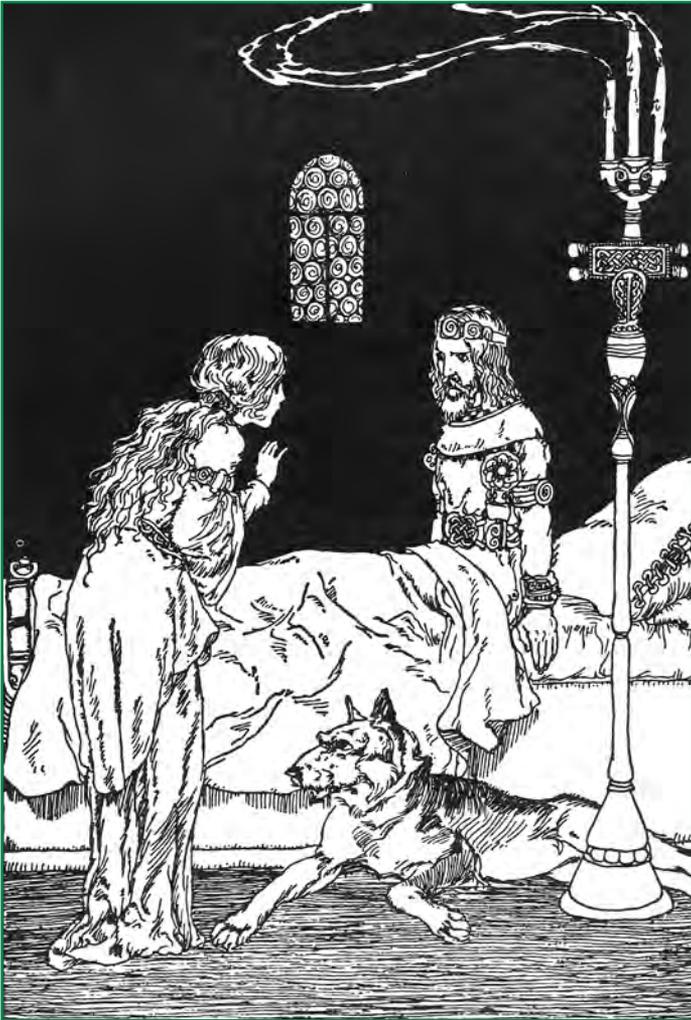
escuchó a alguien gritando órdenes a los caballos. Vio a un hombre golpear a uno de los caballos con un bastón, haciendo que éste se irguiera. Lo vio hacer que el otro caballo se mantuviera quieto con la orden de su voz. Ella corrió hacia el río, pero tropezó en las piedras; cayó y sintió el agua fluir sobre ella. El hombre vino y cargándola, la llevó a su lado del río. A través del pantano la llevó, y cuando ella lo miró, vio la cara delgada y los ojos azules –vio la cara del hombre al que llamaban el Rey Cazador. La dejó en el suelo cuando pasaron el pantano y ella continuó su camino sin hablar.

Nada de esto y ninguna otra cosa de las que le pasaban le contó Sheen a la Adivina. Pero ella deseó y deseó que el Rey Cazador viniera de paso mientras aún había luz, y hablara con la Adivina, de modo que ella, mientras hilaba sus fibras, pudiera escuchar su voz y oyera las cosas de las que él hablaba. A menudo se acomodaba en la puerta y miraba hacia el pantano, para ver si alguien se acercaba.

Una vecina vino hasta la puerta una tarde, y Sheen entró a la casa detrás de ella, pues sentía que algo se diría. Había un hombre muerto en una casa. Había sido encontrado en el bosque. Era conocido como el Rey Cazador. Sheen se quedó sobre su cama y escuchó lo que la vecina decía.

El Rey Cazador estaban siendo velado en la casa de la vecina, y su hija mayor había cuidado el cuerpo la primera noche. Por la mañana encontraron que la mano de la muchacha había palidecido. La segunda hija de la vecina había sido la cuidadora del cuerpo la segunda noche, y su mano derecha había quedado temblando. Esta sería la tercera y última noche que el Rey Cazador sería velado, pero no había nadie que cuidara el cuerpo.

Sheen pensó que no volvería a ocurrir nada en el mundo ahora que el Rey Cazador estaba muerto. Pensó que no había soledad más



Luego ella vio al cuerpo sentarse rígidamente.

grande que la de su cadáver sin quien lo velara esa rara y última noche en que estaría sobre la tierra. La vecina partió de la casa de la Adivina y Sheen fue tras ella. Ella estaba en el umbral de su casa. “Oh, damisela,” dijo la vecina, “estoy buscando a una muchacha que vele un cuerpo esta noche —la tercera y última noche de velorio. Si lo vigilas, te daré un cepillo para tu cabello.”

Sheen le hizo entender que sí ayudaría, y fue a la casa del velorio. Primero estaba temerosa de ver en la cama. Luego fue hacia ella y vio al Rey Cazador con su cara quieta, sus ojos cerrados y su cota con sal sobre el torso. Su sabueso gris estaba extendido a sus pies.

La mujer y sus hijas encendieron velas y las colocaron en la repisa de la ventana y sobre la cabeza del cadáver. Luego fueron a su dormitorio y dejaron a Sheen velando. Se sentó frente al fuego y encendió un leño tras otro. Había traído su cesta de fibra, y comenzó a hilar con la rueca de la vecina.

Terminó el hilo y lo puso en torno a su cuello. Luego comenzó a buscar velas para encender una, pues otra se estaba terminando. Pero en cuanto se incorporó, todas las velas se apagaron de una vez. El sabueso se levantó al pie de la cama. Luego ella vio al cuerpo sentarse rígidamente donde antes había estado tendido.

Algo en Sheen se sobrepuso al temor, fue hacia el cuerpo, tomó la sal que estaba en su cota y la puso en sus labios. Luego, una voz vino de los labios. “Bella doncella,” dijo la voz, “¿tienes la valentía para seguirme? Las otras me han fallado, y resultaron afectadas. ¿Tú eres leal?”

“Te seguiré,” le hizo entender Sheen.

“Entonces,” dijo el cuerpo, “pon tus manos sobre mis hombros y ven conmigo. Debo ir sobre el Pantano de los Graznidos, y sobre el Bosque en Llamas, y a través del Mar Helado.” Ella puso sus

manos sobre sus hombros. Una tormenta vino y fueron sopladados a través del techo de la casa. Fueron transportados por la noche. Descendieron al suelo y el hombre muerto se alejó de Sheen. Ella fue tras él y encontró que sus pies pisaban un suelo que se sacudía. Estaban en el Pantano de los Graznidos, ella lo sabía. El cuerpo del Rey Cazador fue por delante y ella sabía que no debía perderlo de vista. Él iba con ligereza. Los pies de ella se internaron en el lodo. Ella forcejeó y saltó a un estanque lleno de lirios. Todo el tiempo se sintió preocupada porque la figura que se desplazaba tan rápido frente a ella, se le perdiera. Se hundía y forcejeaba y saltaba de un estanque a otro. Todo el tiempo, lo que fue el cadáver el Rey Cazador iba frente a ella.

Luego, vio fuegos contra el cielo y supo que estaban llegando al Bosque en Llamas. La figura frente a ella saltó una zanja y se internó en el bosque. Sheen saltó también. Ramas encendidas caían sobre su camino mientras andaba. Vientos ardientes le quemaban la cara. Las llamas saltaban y el humo la mareaba. Pero la figura frente a ella continuó yendo de frente y ella también.

El bosque terminaba en un risco. Abajo estaba el mar. La figura frente a ella hizo un clavado hacia el mar y ella también. El frío la helaba hasta la médula. Pensó que el frío le extraería la vida. Pero vio la cabeza del que seguía, nadando frente a ella, y ella nadó.

Y luego, se encontraron de nuevo sobre la tierra. “Bella doncella,” dijo el cadáver del Rey Cazador, “coloca tus manos sobre mis hombros de nuevo.” Ella lo hizo. Una tormenta vino y los sopló. Fueron conducidos por el techo hacia la casa de la vecina. Los pabilos de las velas resonaron y volvieron a encenderse. Vio al sabueso incorporado en medio del suelo. Vio el cadáver sentado sobre la cama, y los ojos ahora estaban abiertos.

“Bella doncella,” dijo la voz del Rey Cazador, “me has devuelto la vida. Soy un hombre al que han encantado. Hay una bruja en el bosque a la que le había entregado mi amor. Ella me embrujó de manera que mi alma abandonara mi cuerpo, y vagara. Fue mi alma a la que seguiste. Y el encantamiento se rompería cuando encontrara un corazón leal que siguiera a mi alma a través del Pantano de los Graznidos, el Bosque en Llamas y el Mar Helado. Me has devuelto mi alma y mi vida.”

Y entonces ella corrió fuera de la casa de la vecina. A la noche siguiente, en la casa de la adivina, termino de tejer los hilos que estaban en la rueca. A la noche siguiente cosió la tela y dio los últimos toques a la sexta camisa. Al día siguiente, fue al pantano a reunir más fibra para la séptima camisa. Al atardecer, había llenado su canasta y se desplazaba por el bosque. Al borde del pequeño bosque vio al Rey Cazador de pie. Él la tomo de las manos, y las suyas eran manos cálidas. Su rostro moreno y sus ojos azules eran altos y nobles. Y Sheen sintió una alegría como el filo de una espada cuando él le cantó acerca del brillo de su pelo y el azul de sus ojos. “Oh doncella,” dijo él, “¿hay algo que te ate a este lugar?”

Sheen le mostró el pantano, la fibra en su canasta y el hilo alrededor de su cuello. “Ven conmigo a mi reino,” dijo él, “y te haré mis esposa y el amor de mi corazón.” A la tarde siguiente, Sheen fue con él. Llevó consigo las seis camisas que ya había hilado, tejido y cosido. El Rey Cazador la acomodó sobre un caballo negro y cabalgaron a su reino.

Y ahora Sheen era la esposa del Rey Cazador. Y habría sido feliz si las hermanas de su esposo hubieran sido amables. Pero ellas estaban celosas y hacían que todo en el castillo le fuera hostil. Y a

menudo hablaban frente a su hermano diciendo que Sheen no era una mujer noble en lo absoluto, y que la razón por la que no hablaba era que tenía un lenguaje primitivo. La veían cuando iba a reunir fibra durante el día, y la miraban mientras hilaba por la noche. Sheen ansiaba que los días y noches pasaran de modo que terminara de hilar, tejer y coser la séptima camisa. Y entonces sus hermanos estarían con ella. Ella podría contarle todo al Rey y silenciar las malas palabras de sus hermanas. Pero conforme más se acercaba al final de su tarea, más y más se angustiaba.

Las fibras fueron hiladas y tejidas para la última camisa. La tela estaba hecha y las primeras puntadas fueron cosidas. Luego, el pequeño hijo de Sheen nació. El Rey se encontraba lejos en aquel tiempo, reuniendo hombres de todo el reino, y envió un mensaje indicando que Sheen y su bebé debían ser bien atendidos, y que sus hermanas no debían abandonar sus aposentos hasta su regreso.

En la tercera noche, mientras Sheen estaba acostada con su bebé a un lado, y mientras sus cuñadas estaban en la habitación, una extraña música se escuchó fuera. Era tocada en torno a toda la casa del Rey. Quien quiera que la escuchara, caía en un sueño profundo. El guardia que vigilaba se quedó dormido. Las damas de compañía que susurraban juntas se quedaron dormidas. Y un profundo sueño llegó a Sheen y su bebé, y sus tres cuñadas que cuidaban la habitación.

Luego, un lobo gris que se había visto fuera, saltó por la ventana. Tomó al hijo de Sheen en su boca. Saltó de vuelta por la ventana y no se le vio más.

Sus cuñadas despertaron mientras Sheen aún dormía. Se acercaron a la cama y se encontraron con que el bebé no estaba. Luego se atemorizaron por lo que su hermano les haría por dejar

que esto pasara. Tramaron un plan para quedar limpias, y antes de que Sheen despertara, mataron a una pequeña criatura y con su sangre mancharon las almohadas de la cama.

Cuando el Rey se presentó en los aposentos de su esposa, encontró a sus hermanas en suelo lamentándose y tirando del cabello en sus cabezas. Fue a donde su esposa dormía y vio sangre sobre sus manos y sobre las almohadas. Volteó hacia sus hermanas con su espada en la mano. Gritaron que no habrían podido prevenir lo que había ocurrido —que la Reina había tomado al bebé, y después de matarlo, lo había arrojado al lobo gris que merodeaba por la noche.

Y mientras hablaban, Sheen despertó. Extendió sus brazos, pero su bebé no estaba ahí. Encontró sangre en sus almohadas. Luego escuchó a su cuñada acusarla frente al Rey de haber matado a su hijo y de dárselo al lobo. Cayó en un desmayo y cuando despertó, su mente se había perdido.

El Rey se arrodilló frente a ella y le rogó que le dijera lo que había pasado. Pero ella sólo sabía que no debía decir ninguna palabra. Luego el solía mirarla y preguntarse por qué no derramaba ni una lágrima. Al cuarto día, se levantó de su cama y buscó por el Castillo la pieza de tela que había tejido. La encontró, y comenzó a coserla para la séptima camisa.

Las hermanas del Rey fueron con él y dijeron, “la mujer que trajiste aquí es de una raza diferente a la nuestra. Ha olvidado que de ella nació ese niño, y que ella lo mató y arrojó el cuerpo al lobo gris. Ahora se siente ahí y se pone a coser.” El Rey fue y la vio cosiendo y cosiendo como si su vida dependiera de ello. Él habló y ello lo miró, pero no dijo nada. Luego el corazón del Rey se endureció. La tomó, y la llevó fuera de las rejas del castillo. “Vuelve a la gente de la que

provienes,” dijo él, “pues no soporto que estés aquí y no me hables de lo que ha pasado.”

Sheen supo que estaba siendo expulsada de la casa a la que la habían traído. Ella emitió un lamento amargo. Entonces, la tela cosida que tenía en su mano se convirtió en fibras y se voló con la brisa. Al ver esto, dio la espalda al Rey y corrió hacia el bosque llorando y llorando.

Fue recorriendo el bosque por muchos días, viviendo de moras y arroyos de agua. Finalmente, llegó a la casa de la Adivina. La Adivina estaba frente a la casa y dio la bienvenida a Sheen. Le dio bebidas que había hecho con hierbas extrañas, y en una estación, la mente de Sheen y su salud volvieron, y supo todo lo que había pasado. Pensó que podría ganar de vuelta a sus siete hermanos, y luego, con su ayuda, ganaría de vuelta a su hijo y a su esposo. Pero sabía que tendría que reunir las fibras, hilarlas, tejerlas y coserlas, pues su lágrimas habían saboteado su tarea. Le contó su historia a la Adivina. Luego volvió al silencio nuevamente, reuniendo fibra, hilando, tejiendo y cosiendo.

Pero cuando el primer hilo fue hilado, la memoria de su hijo voló hacia su corazón y derramó lágrimas. El hilo que había preparado se deshebró y se voló con el aire. Por días lloró y lloró. Luego la Adivina le dijo, “encomienda al hijo que perdiste a Diachbha —ese es, el Destino— y Diachbha hará que sea él quien vuelva y restaure la forma humana de tus hermanos. Cuando hayas encomendado a tu pequeño hijo a Diachbha, vuelve con tu esposo y cuéntale todo lo que has vivido.”

Sheen, creyendo en la sabiduría de la Adivina, hizo como ella le dijo. Hizo una imagen de su pequeño hijo perdido con hojas, y la dejó en lo alto de la casa, donde fue soplada por el viento.

Luego estuvo lista para volver con su esposo y decirle lo que había ocurrido en su vida. Pero el día en que traía el último balde de agua desde el pozo, lo encontró en el camino frente a ella. “¿Recuerdas que te cargué a través del pantano?” dijo él.

“¿Y tú recuerdas que yo seguí a tu alma?” dijo ella.

Jamás le había dicho una palabra, y estas eran las primeras. Volvieron juntos con la Adivina y ella le contó todo lo que había ocurrido en su vida. Le contó de cómo sus hermanas habían hablado falsamente acerca de ella.

Él la llevó de regreso a su propio Reino, y ahí, como Rey y Reina, aún viven. Pero el nombre que ella lleva ya no es Sheen ni Tormenta. Dos hijos más nacieron de ella. Pero sus siete hermanos siguen siendo siete gansos salvajes, y la Reina no ha encontrado rastro de su primogénito. Pero la Adivina ha tenido un sueño, y el sueño le reveló lo siguiente: el hijo que Sheen perdió está en el mundo, y si la doncella que llegará a amarlo, está dispuesta a dar siete gotas de la sangre de su corazón, los siete hermanos de la Reina recuperarán su forma humana.

“Así que esa es la Historia Única,” dijo la Anciana Mujer de Beare. “Si llegaras a saber qué pasó antes de ella y que pasa después, vuelve conmigo y cuéntame. Pero no creo que vayas a conseguir el resto de la historia,” agregó ella, “viendo que ustedes dos no fueron capaces de contar los cuernos que hay afuera.” Siguió hablando y hablando, Gilly y el Hijo del Rey escuchando lo que decía cuando hablaba en una fuerte voz repentina, y no escuchando cuando murmuraba como si hablara con las cenizas o con la olla, o con sus pájaros picando granos en el suelo. “Si ven a Laheen el Águila, o a Patanegra el Alce, o al Cuervo de Achill, díganles que vengan

a visitarme alguna vez. Estoy sola aquí excepto por mis aves. Y les informo que alguna vez, grandes Reyes y Príncipes venían a verme.” Y así continuó hablando en tonos altos y bajos.

“Debes venir conmigo y ayudarme a descubrir el resto de la Historia Única,” dijo el Hijo del Rey de Irlanda.

“Eso haré,” dijo Gilly de la Piel de Cabra. “Pero antes debo recibir un nombre. Anciana madre,” continuó él, “ahora debes darme un nombre.”

“Te daré un nombre,” dijo la Anciana Mujer de Beare, “pero debes ponerte de pie frente a mí, y quitarte ese trozo de piel de cabra que te cubre.”

Gilly tiró de las cuerdas y la piel de cabra cayó al suelo. La Anciana Mujer de Beare asintió. “Llevas en tu pecho las estrellas que marcan al hijo de un Rey,” dijo ella.

“El Hijo de un Rey —¡yo!—” dijo Gilly de la Piel de Cabra. “Si acaso soy el hijo de un Rey, no lo supe hasta ahora,” dijo.

“Eres el hijo de un Rey,” dijo la Anciana Mujer de Beare, “y te daré un nombre cuando vuelvas a mí. Pero quiero que, antes que nada, averigües qué fue del Huevo de Cristal.”

“¡El Huevo de Cristal!” dijo Gilly con sorpresa.

“El Huevo de Cristal, ciertamente,” dijo la Anciana Mujer de Beare. “Debes saber que fue robado del nido de Laheen el Águila, y que la criatura que lo robó fue el Cuervo de Achill. Pero lo que pasó con el Huevo después de eso, nadie lo sabe.”

“Yo mismo lo tuve después de aquello,” dijo Gilly, “y luego me lo robó Rory el Zorro. Y luego fue colocado bajo una gansa para ser empollado.”

“¡Una gansa para empollar el Huevo de Cristal, después de que un Águila lo empollara a medias! Sí, sí, para ser precisos, eso es

cierto,” dijo la Anciana Mujer de Beare. “Y ahora deben partir y averiguar qué fue de él. Vayan ahora, y a su retorno, te daré un nombre.”

“Así lo haré,” dijo Gilly de la Piel de Cabra. “Tres días antes de la mitad del verano, encuéntrame en el camino que conduce al Pueblo del Castillo Rojo, y partiré contigo para averiguar qué viene después de la Historia Única, y que va antes,” dijo él.

“Nos encontraremos,” dijo el Hijo del Rey de Irlanda.

Los dos jóvenes fueron a la mesa y comieron rebanadas de la hogaza interminable y bebieron del agua infinita.

“Yo permaneceré aquí para practicar cortes y estocadas de espada,” dijo el Hijo del Rey, “hasta que falten cuatro días para la mitad del verano.” Los dos jóvenes se dirigieron a la puerta.

“Siete olas de buena suerte para ti, Anciana Mujer de Beare,” dijo Gilly de la Piel de Cabra.

“Que tu doble desaparezca y tú permanezcas,” dijo el Hijo del Rey. Luego salieron juntos pero partieron por caminos distintos.

XV

Gilly durmió mientras viajaba, pues se acomodó con un hombre que conducía una carreta con paja hacia la feria, y cuando abordó el transporte, se acurrucó en la paja y durmió. Cuando bajo de la carreta, cortó una rama y viajó por el camino el solo. Al anochecer, llegó a un lugar que le hacía pensar que había estado antes ahí: examinó los alrededores y se dio cuenta de que aquel era el lugar donde había vivido cuando aún tenía el Huevo de Cristal. Fue a ver si la casa aún se encontraba en su lugar: sí estaba, y había gente viviendo en ella, pues se veía humo saliendo por la chimenea.

Ahora que había oscurecido, Gilly pensó que no podría hallar mejor refugio que la casa misma.

Fue a la puerta y tocó. Se escuchó mucho movimiento en su interior, y luego una anciana de nariz torcida abrió la puerta. “¿Qué es lo que quieres?” dijo ella.

“¿Podría refugiarme aquí esta noche, madame?” dijo Gilly.

“No puedes refugiarte aquí, muchacho,” dijo la anciana, “y te advierto que debes alejarte.”

“¿Puedo preguntar quién vive aquí?” dijo Gilly, poniendo su pie contra la puerta.

“Seis hombres muy honrados cuyos negocios los mantienen fuera hasta las dos o tres de la mañana,” dijo la anciana.

Gilly supuso que los hombres honrados eran justamente los bandidos de los que había escuchado. Y pensó que podrían ser los mismos que se habían llevado a la gansa de la adivina y, junto con ella, el Huevo de Cristal. “Podría decirme, buena mujer,” dijo Gilly, “¿sus seis hombres honrados habrán traído alguna vez una gansa con su nido?”

“Sí que lo hicieron,” dijo la anciana, “y una obstinada resulto ser esa gansa. Va por toda la casa, tratando de empollar tazas y otras cosas que olvido.”

Luego Gilly abrió la puerta por completo y entró en la casa.

“No permanezcas en la casa,” dijo la anciana de nariz torcida. “Te diré la verdad ahora. Mis amos son ladrones, y te desollarán vivo si te encuentran aquí cuando lleguen por la mañana.”

“Es más probable que yo los desolle vivos,” dijo Gilly, y se veía tan fiero que asustó a la anciana. “Y si tú no me satisfaces con una cena y una cama, te dejaré encontrarlos a la entrada, colgada frente a la puerta.”

La anciana de nariz torcida estaba tan aterrada que le dio una cena de puchero y le mostró una cama donde podía dormir. Se acomodó y durmió. Despertó con una vela que era sostenida frente a sus ojos. Vio a los seis ladrones de pie alrededor de él, con cuchillos en las manos.

“¿Qué te trae bajo nuestro techo?” preguntó el Capitán. “Responde antes de que te despellejemos como despellejaríamos una anguila.”

“Habla y responde al Capitán,” dijeron el resto de los ladrones.

“¿Por qué no debería estar bajo este techo?” dijo Gilly, “si soy el Mejor Ladrón del Mundo.”

Los ladrones pusieron sus manos contra sus rodillas y comenzaron a reírse. Gilly saltó fuera de la cama. “He venido a mostrarles las artes del robo y el crimen,” dijo él. “Les mostraré algunos trucos que les permitirán erguir su cabeza entre los ladrones y bandidos del mundo.”

Se veía tan seguro y hablaba tan firmemente que los ladrones empezaron a pensar que quizás sí tendría una razón para hablar como hablaba. Lo dejaron y se fueron a sus camas. Gilly durmió de nuevo.

Al amanecer, estaban todos sentados comiendo el desayuno — Gilly y los seis ladrones. Un granjero pasó conduciendo una cabra a la feria. “¿Alguno de ustedes podría robar esa cabra al hombre, sin usar violencia?” dijo Gilly.

“Yo no podría,” dijo un ladrón, y “yo no podría,” dijo otro, y “difícilmente podría hacerlo yo,” dijo el Capitán de los bandidos.

“Yo puedo hacerlo,” dijo Gilly. “Estaré aquí de vuelta, con la cabra, antes de que hayan terminado con su desayuno.” Luego salió.

Gilly conocía bien el lugar, y corrió por el bosque hasta que estuvo una curva más adelante que el granjero y su cabra. Se quitó

un zapato y lo dejó en medio del camino. Luego volvió a correr hasta quedar otra curva más adelante. Se quitó el otro zapato y lo dejó en medio del camino. Luego se escondió detrás de una cerca y esperó.

El granjero llegó a donde se encontraba el primer zapato. “Ese no es un mal zapato,” dijo, “si encontrara su par, valdría la pena levantarlo.” Y continuó avanzando. Llegó a donde se encontraba el segundo zapato. “Aquí está el par,” dijo él, “y entonces vale la pena que regrese por el primero.”

Ató su cabra a un árbol y volvió por el camino. Tan pronto como el granjero se dio la vuelta, Gilly le quitó el collar a la cabra, lo dejó en el árbol, y se llevó a la cabra por un hueco en la cerca. La llevó a la casa de los ladrones antes de que hubieran terminado con su desayuno. Estaban todos sorprendidos. El Capitán comenzó a morderse las uñas.

El granjero, con los dos zapatos bajo su brazo, llegó a donde había dejado a la cabra. La cabra había desaparecido y el collar pendía del árbol. Supo que un ladrón se la había llevado. “Y le había prometido a mi esposa comprar un chal nuevo en la feria,” dijo él. “No dejaré de reclamarme cuando vuelva con una mano tan larga como la otra. Lo mejor que puedo hacer es tomar una oveja de mi granja y venderla. Luego, cuando esté de buen humor por haber recibido el chal, le diré sobre la cabra perdida.” Así el granjero volvió a su granja.

En la casa, estaban jugando un juego de cartas –Gilly y los seis ladrones– cuando vieron pasar al granjero ahora con la oveja. “Apuesto a que ahora estará vigilando esa oveja mejor de lo que vigiló a la cabra,” dijo uno de los ladrones.

“¿Alguno de ustedes podría robarle la oveja evitando la violencia?” dijo Gilly.

“Yo no podría,” dijo un ladrón, y “yo no podría,” dijo otro, y “difícilmente podría hacerlo yo,” dijo el Capitán de los bandidos.

“Estaré de vuelta con la oveja, antes de que hayan terminado con este juego de cartas,” dijo Gilly.

El granjero apenas había pasado el árbol donde perdió a la cabra, cuando vio a un hombre colgando de un árbol. “Que los santos nos libren del mal,” dijo él, “¿acaso están colgando hombres de los árboles?” Bien, pues el hombre colgando del árbol era Gilly. Se había atado a una rama con su cinturón, colocándolo bajo sus axilas. Cuando el granjero lo había pasado, bajo del árbol y corrió fuera del camino hasta pasar de nuevo al hombre. El granjero volvió a ver un hombre colgado de un árbol. “Que nos libren los santo,” dijo él, “¿será posible que hayan colgado a dos hombres en el mismo camino?” Una vez que lo pasó, Gilly volvió a bajar del árbol, y corrió para adelantarse al granjero nuevamente. El granjero vio a un tercer hombre colgado en el camino. “¿Estaré perdiendo la cordura?” dijo él. “Volveré a ver si de verdad había otros hombres colgados.” Ató su oveja a un arbusto y se apresuró de regreso.

Tan pronto como dio la vuelta, Gilly bajó del árbol, condujo a la oveja por un hueco en la cerca del camino, y llegó a la casa de los bandidos antes de que hubieran terminado con el juego de cartas. Todos los ladrones dijeron que era una maravilla lo que había logrado. El Capitán de los ladrones se había quedado solo, rascándose la cabeza.

Al volver por el camino, el granjero no encontró hombres colgados de los árboles y pensó que se había vuelto loco. Volvió a donde dejó su oveja y ésta había desaparecido. “¿Qué haré ahora?” dijo

él. “No debo dejar que mi esposa se enteré de que perdí una cabra y una oveja hasta que la haya puesto de buen humor, mostrándole el chal que consiga en la feria. No hay nada que pueda hacer, excepto tomar un buey de mi granja y venderlo en la feria.” Fue a su granja entonces, tomó a un buey, y pasó frente a la casa mientras los ladrones encendían sus pipas. “Si vigilaba cuidadosamente a la cabra y a la oveja, vigilará nueve veces mejor a ese buey,” dijo uno de los bandidos.

“¿Quién de ustedes podría robar el buey al granjero sin usar violencia?” dijo Gilly.

“Yo no podría,” dijo un ladrón, y “yo no podría,” dijo otro. “Si tú puedes hacerlo,” le dijo a Gilly el Capitán de los bandidos, “renunciaré a mi mando y te lo cederé a ti.”

“Hecho,” dijo Gilly, y salió de la casa nuevamente.

Se apresuró por el bosque, y cuando se acercó a donde estaba el granjero, comenzó a balar como una cabra. El granjero se detuvo y escuchó. Luego Gilly comenzó a balar como una oveja. “Eso suena muy parecido a mi cabra y mi oveja,” dijo el granjero. “Talvez no fueron robadas en realidad, sólo se extraviaron. Si puedo recuperarlas ahora, no tendré que inventar ninguna excusa para mi esposa.” Ató el buey a un árbol y se internó en el bosque. Tan pronto como lo hizo, Gilly se escabulló, tomó al buey con su cuerda, y se apresuró hacia la casa.

Los ladrones se habían reunido frente a la puerta, esperando su regreso. Cuando lo vieron aparecer con el buey, aventaron sus sombreros al aire. “Este hombre debe ser nuestro capitán,” decían. El capitán estaba mordiendo sus labios y sus uñas. Finalmente, se quitó su sombrero, el que llevaba plumas, y se lo entregó a Gilly. “Eres nuestro capitán ahora,” dijeron los ladrones.

Gilly ordenó que la cabra, la oveja y el buey fueran puestos en el pequeño establo, que cerraran la puerta y que le entregaran la llave a él. Todo eso se hizo. Luego le dijo a todos los bandidos, “ahora exijo saber qué fue del Huevo de Cristal que iba junto con el ganso que le robaron a la Adivina.”

“El Huevo de Cristal,” dijo uno de los ladrones. “Ecllosionó, y una extraña ave brotó de él.”

“¿Dónde está el ave ahora?” dijo Gilly.

“En las olas de un lago que se encuentra en las cercanías,” dijeron los ladrones. “Lo vemos todos los días.”

“Llévenme al lago hasta que vea al ave que salió del Huevo de Cristal,” dijo Gilly. Cerraron la puerta de la casa tras ellos, y los siete, con Gilly a la cabeza, portando el sombrero con plumas, marcharon en dirección al lago.

XVI

Entonces le mostraron el ave que se encontraba en las olas del lago —se trataba de un cisne y flotaba orgullosamente. El cisne se acercó a ellos y conforme se aproximaba, ellos escuchaban su voz. Los sonidos que hacía no eran como los de las otras aves, sino como el sonido de los bardos cantando sus versos. Palabras venían en notas altas y en notas bajas, pero parecían de un lenguaje extraño. Y así cantaba el cisne mientras se acercaba a la orilla donde estaban Gilly y los seis bandidos.

Desplegó sus alas y, estirando su cuello, lo curvó, mirando a los hombres en la orilla del lago. “Escuchen al Cisne de Historias Interminables —el Cisne de Historias Interminables,” cantó en

palabras que ellos conocían. Luego se elevó sobre el agua, dio vuelta en el aire, y se alejó hasta llegar al centro del lago.

“Es tiempo de que partamos de este lugar cuando un ave del lago puede hablar de esa manera,” dijo Mogue, que había sido el capitán de los ladrones. “Esta noche me iré de aquí.”

“Y yo partiré también,” dijo otro ladrón. “Y yo,” dijo otro más. “Y yo tal vez abandone también este lugar,” dijo Gilly de la Piel de Cabra.

“Los ladrones se apartaron de él, dirigiéndose a la casa, y Gilly se quedó solo, sentado a la orilla del lago, esperando ver al Cisne de Historias Interminables acercarse a él para decirle algo. Pero no se acercó. Mientras Gilly estaba sentado, el granjero que había perdido a sus animales pasó por ahí. Arrastraba un pie detrás del otro, y se veía muy desanimado. “¿Qué es lo que te ocurre, hombre honesto?” preguntó Gilly.

El granjero le contó cómo había perdido a su cabra, su oveja y su buey. Le contó cómo había creído escuchar balar a su cabra y su oveja, y que al volver donde había puesto al buey, éste se había esfumado también. “Y qué decirle a mis esposa, no lo sé,” dijo él, “particularmente porque no pude comprarle un chal nuevo que la ponga de buen humor. Pesada será la forma en que me culpe por perder la cabra, la oveja y el buey.”

Gilly tomó la llave que estaba en su bolsillo. “¿Ves esta llave?” dijo. “Tómala y abre la puerta del establo en aquel lugar, ahí encontraras a tu cabra, tu oveja y tu buey. Hay ladrones en la casa, y si tratan de impedir que te lleves los animales, diles que todos los granjeros de estas tierras se dirigen hacia allá para golpearlos con masas.” El granjero tomó la llave y se retiró muy agradecido con Gilly.

La historia cuenta que recupero su cabra, su oveja y su buey, y que uso de excusa el haber visto tres cuervos en el camino, para no llevar un chal nuevo a su esposa. Los ladrones se asustaron mucho cuando les dijo que vendrían a golpearlos.

En cuanto a Gilly, pensó que sería momento de volver con la Anciana Mujer de Beare por su nombre. Tomó el camino que iba por la orilla del lago. Y mientras andaba apoyado en su vara por el camino, escuchó al Cisne de Historias Interminables.

EL PUEBLO DEL CASTILLO ROJO



I

Flann fue el nombre que la Anciana Mujer de Beare le dio a Gilly de la Piel de Cabra, una vez que él estuvo de vuelta para contarle que el Cisne de Historias Interminables había salido del Huevo de Cristal. Después de eso, dejó su casa para alcanzar al Hijo del Rey de Irlanda donde lo esperaba. Los dos camaradas tomaron un camino bastante transitado. Mientras avanzaban, se encontraron con hombres llevando rebaños de ponis, hombres cargando paquetes en su espalda, hombres con herramientas para trabajar con oro y plata, bronce y hierro. Cada hombre al que le preguntaron, respondió “vamos al Pueblo del Castillo Rojo, y a la gran feria que ahí se llevará a cabo.” El Hijo del Rey y Flann pensaron que ellos también deberían ir al Pueblo del Castillo Rojo, pues a donde fueran tantas personas, habría posibilidad de escuchar qué pasó antes y qué paso después de la Historia Única. Así que fueron.

Y cuando llegaron a un pozo que se encontraba bajo una gran roca, quienes los acompañaban hicieron una parada. Dijeron que era una costumbre entre los mercaderes y vendedores esperar ahí un día, y continuar hacia el Pueblo del Castillo Rojo al día siguiente. “En este día,” decían ellos, “la gente del Pueblo celebra el Festival de Verano, y no les gusta tener la compañía de muchos forasteros en su pueblo hasta que el Festival haya terminado.”

El Hijo del Rey de Irlanda y Flann continuaron, y fueron recibidos en el pueblo. La gente había encendido grandes fogatas en el área del mercado, y conducían a su ganado a través del fuego: “si hay mal en ti, que arda, que arda” gritaban los lugareños. Temían que brujas y hechiceros pudieran venir a su pueblo entre los mercaderes y vendedores, y esa era la razón por la que no permitían que una gran compañía entrara.

El fuego en todas sus casas había sido apagado aquel día, y no sería encendido hasta que el ganado atravesara el fuego que ardía en el mercado. Las fogatas lanzaban altas llamaradas y el Hijo del Rey y Flann pasaron horas mirando el fuego, y mirando a la multitud en torno a él.

Después llegó el momento de llevar fuego a las casas. Quien lo trasladaban eran jóvenes doncellas. Cada una se acercaba a la luz de alguna de las grandes fogatas, tomaba carbón de algún fuego que ya ardía poco, lo colocaba en una vasija de barro y se retiraba. Flann pensó que todas las doncellas eran bellas y maravillosas, aunque el Hijo del Rey le dijo que algunas estaban muy asoleadas, algunas desaliñadas y otras jorobadas. Luego vino una doncella que destacaba tanto entre las demás, que Flann no tuvo palabras para hablar de ella.

Había plata en su cabeza y plata en sus brazos, y la gente en torno al fuego le dirigía reverencias. Tenía cabello negro, negro, y tenía una cara sonriente —no felizmente sonriente, sino orgullosamente sonriente. Flann pensó que una estrella había caído con ella. Y cuando hubo tomado el fuego y se retiró, Flann dijo, “¡seguro que ella es la Hija del Rey!”

“Sí lo es,” dijo el Hijo del Rey de Irlanda. “La gente de aquí ha dicho su nombre.”



Luego vino una doncella que destacaba tanto entre las demás.

“¿Y cuál es su nombre?” preguntó Flann.

“Es Lassarina,” dijo el Hijo del Rey, “Flama de Vino.”

“¿La veremos nuevamente?” dijo Flann.

“Eso no lo sé,” dijo el Hijo del Rey. “Vamos ahora, y preguntemos a la gente de aquí si saben algo acerca de la Historia Única.”

“Espera,” dijo Flann, “ellos están hablando sobre la Princesa Flama de Vino.” Él no se movió, sino que permaneció quieto y escuchó lo que se decía. Todos decían que la Hija del Rey era orgullosa. Algunos decían que era hermosa, pero otros contestaban que sus labios eran delgados, y sus ojos eran burlones. Ninguna otra doncella se acercó al fuego. Flann se quedó frente a la fogata que aún ardía, y pensó y pensó. El Hijo del Rey le preguntó a muchos si tenían conocimiento acerca de la Historia Única, pero ninguno había escuchado sobre ella. Algunos le dijeron que habría mercaderes y vendedores de muchas partes del mundo durante la feria que comenzaría mañana, y que ahí habría oportunidad de conocer a alguien que supiera sobre la historia. Luego, el Hijo del Rey fue con alguien que lo condujo a un Brufir's —eso es, una Casa de Hospitalidad mantenida por el Rey para los forasteros. En cuanto a Flann, él se sentó frente al fuego hasta que éste se apagó, y luego se durmió ahí.

II

Flann fue despertado por un ganadero y su parvada de gansos, que se encontraba alrededor de él; batían sus alas y graznaban. Ya era de día, aunque aún se veía una estrella en el cielo. Tomo yesca y la arrojó donde aún había brillo, e hizo que el fuego ardiera

nuevamente. Luego los perros del castillo se acercaron a donde estaba, y luego se alejaron.

Cuernos sonaron afuera, y el vigilante abrió las rejas. Flann se sacudió y se paró a mirar a los que comenzaban a entrar. Primero llegaron los hombres que conducían a los ponis de montaña, que últimamente se habían alimentado con los venados en la espesura. Luego llegaron hombres con ropas de cuero, que llevaban toros de amplias cornamentas —un toro negro y uno blanco, uno blanco y uno negro, uno tras otro. Luego llegaron hombres que llevaban altos, vigorosos sabuesos, tres en cada correa que sostenían. Mujeres en túnicas café llevaban jaulas de pájaros. Hombres que llevaban en sus hombros y cinturones, herramientas para trabajar oro y plata, bronce y hierro. Y había becerros y ovejas, y grandes caballos y pesados carruajes, y telas coloridas, y cosas en paquetes cerrados que los mercaderes cargaban en sus hombros. Los famosos bardos, y cuenta-historias y arpistas no llegarían hasta el atardecer, cuando los negocios de la feria hubieran menguado, pero con la multitud de pordioseros venían cantantes de baladas, y los contadores de historias que llamaban “Pasa-por-el-centro-del-Mercado,” pues se contaban al centro del mercado y eran muy comunes.

Y en la cola de quienes llegaban a quién vio Flann, sino a Mogue, ¡el capitán de los bandidos!

Mogue llevaba un gorro de piel de liebre, su ojo izquierdo saltón como siempre, y caminaba cojeando. Llevaba una mochila en su espalda, y conducía a un pequeño caballo de apariencia ágil y color rojizo. Flann lo llamó mientras pasaba y Mogue quedó sorprendido. Sonrió al ver que se trataba de Flann y caminó hacia él.

“Mogue,” dijo Flann, “¿qué haces en el Pueblo del Castillo Rojo?”

“Estoy aquí para vender algunas cosas,” dijo Mogue, “este pequeño caballo, y algunas cosas que llevo en mi espalda.”

“¿Y dónde están tus amigos?” preguntó Flann.

“¿Te refieres a mi banda?” dijo Mogue. “Seguro, todos me abandonaron cuanto demostraste ser mejor ladrón. ¿Y qué haces tú aquí?”

“No tengo ningún asunto en lo absoluto,” dijo Flann.

“¡Por Hazel! Me gusta escucharte decir eso. Acompáñame entonces. Nos iría muy bien a ti y a mí juntos.”

“No me uniré a ti,” dijo Flann.

“Pues yo preferiría tenerte a ti que a todo el resto de la banda. ¿Qué eran después de todo? ¡Cabezas huecas!” Mogue hizo un guiño con su ojo saltón. “Espera hasta que me veas de nuevo,” continuó. “Tengo las mejores cosas en mi mochila.” Siguió avanzando conduciendo al pequeño caballo. Luego Flann fue en busca del Hijo del Rey.

Lo encontró en la puerta del Brufir's, y bebieron tarros de leche y comieron pan de avena juntos, y luego fueron a la muralla a ver a la gente notable que seguía llegando.

Y con los bardos y los arpistas y los enviados del Rey que entraban, el Hijo del Rey vio a sus dos medios hermanos, Dermott y Downal. El los saludó, ellos lo reconocieron y caminaron gustosos hacia él. El Hijo del Rey les presentó a Flann, explicando que él también era Hijo de un Rey.

Se veían como buenos jóvenes, Downal y Dermott, con sus capas rojas, sus cabezas en alto, y un dejo de fanfarronería en su andar y en sus palabras. Dejaron sus caballos con los pajes y caminaron con Flann y el Hijo del Rey. Eran altos y corpulentos; el Hijo del Rey era más castaño en el cabello y más como un halcón en la cara: los tres eran diferentes del muchacho de cabello negro, ojos oscuros y labios rojos, al que la Anciana Mujer de Beare había nombrado Flann.

Nadie había visto al Rey que vivía en el Castillo Rojo, contaron Dermott y Downal. Lo llamaban el Rey Desfigurado, y debido a su rostro desfigurado, no dejaba que nadie más que sus consejeros lo vieran.

“Debemos ir a su castillo el día de hoy,” dijeron Dermott y Downal. “Tu ven también, hermano,” le dijeron al Hijo del Rey.

“Y tú también, camarada,” le dijo Downal a Flann. “¿Por qué no deberíamos ir? ¿Por Ogma⁶! ¿Qué no somos todos hijos de Reyes?”

Flann se preguntó si así vería a la Hija del Rey, Flama de Vino. Sin duda iría al castillo.

Bebieron cerveza, jugaron ajedrez y hablaron hasta que atardeció. Los mozos que acompañaban a Downal y Dermott trajeron capas rojas nuevas para los cuatro jóvenes. Se las pusieron y se dirigieron al castillo del Rey.

“Hermano,” le dijo Dermott al Hijo del Rey, “quiero decirte que no iremos de regreso al Castillo de nuestro padre, ni tampoco a su Reino. Hemos tomado al mundo por nuestra almohada. Dejaremos a los mozos dormidos una buena mañana, y partiremos como el salmón va río abajo.”

“¿Por qué quieren abandonar el Reino de nuestro Padre?”

“Porque no queremos gobernar ni aprender a gobernar. Te dejaremos a ti, hermano, hacer todo eso. Nosotros iremos a aprender el negocio de Herrero y haremos excelentes espadas. Y con el Rey de Senlabor se encuentra un famoso Herrero, y con él iremos a aprender el negocio.”

⁶ Deidad de la mitología irlandesa, asociada al dios Ogmios y a la escritura Ogham (N. del T.)

Los cuatro se presentaron en el Castillo Rojo, fueron recibidos y acomodados en bancas para esperar al Mayordomo del Rey, quien se reuniría con ellos. Y mientras esperaban, observaron el juego de un zorro mascota en el jardín. Flann estuvo preguntándose todo el tiempo si la Princesa Flama de Vino pasaría por ese jardín o entraría en la estancia donde esperaban.

Entonces, la vio aparecer en el jardín. Ella vio a los jóvenes y se dio la vuelta para mirar al zorro mascota jugar por un rato. Luego entró en la estancia y permaneció cerca de la puerta.

Llevaba una máscara sobre su cara, pero sus cejas y su barba y su boca podían verse. Los jóvenes la saludaron y ella hizo una reverencia con la cabeza para ellos. Una de las mujeres que había llevado pájaros a la feria, la seguía, llevando una jaula. Flama de Vino le hablaba a esta mujer en un idioma extraño.

Aunque le hablaba a la mujer, Flann observó que al mismo tiempo, ella miraba a sus tres compañeros. A él pareció no haberlo notado, pues la banca en la que se encontraba estaba detrás de la de los otros. Flama de Vino puso atención en el Hijo del Rey primero, y luego desvió los ojos de él. Agachó la cabeza para escuchar lo que Downal y Dermott decían. A Flann no lo miró en ningún momento, y él se sintió enfermo hasta el corazón en el Castillo Rojo.

El Mayordomo del Rey por fin se presentó en la estancia, y cuando anunció quienes eran los jóvenes —tres Hijos del Rey de Irlanda y su hermano adoptivo— Flama de Vino se les acercó y comenzó a hablarles. “¿Los veremos mañana, Hijos del Rey?” dijo ella. “Mañana es nuestro festín de la Colecta de Manzanas. Tal vez sea placentero para ustedes escuchar música en el Jardín del Rey.”

Ella le dirigió una sonrisa a Downal, Dermott y al Hijo del Rey, y luego salió de la estancia. El Mayordomo del Rey sirvió un

banquete a los cuatro jóvenes y después les dio obsequios. Pero Flann no prestó atención a lo que comió, ni a lo que escuchó, ni a lo que le fue obsequiado.

III

Los cuatro jóvenes salieron del Castillo, y Downal y Dermott fueron por su propio camino cuando llegaron al puente que cruzaba el río. Entonces, mientras el Hijo del Rey y Flann lo cruzaban, vieron dos figuras –un hombre corpulento de mediana edad y una mujer que parecía envejecida– que se reunían frente al Campo de Toros. “Es el Gobaun Saor,” dijo el Hijo del Rey.

“Es la Adivina,” dijo Flann. Se dirigieron hacia ellos, cada uno deseando saludar a su respectivo amigo y benefactor.

Ellos veían al hombre corpulento y a la mujer envejecida. Pero la mujer veía en el hombre a uno lleno de sabiduría para planear y fuerza para construir, uno cuya sabiduría y fortaleza no podía aumentar ni disminuir. Y el hombre viendo a la mujer veía a una cuya porte llevaba toda quietud, y cuyo corazón poseía toda bondad. “Qué gusto, Gobaun, Constructor de los Dioses,” dijo la mujer.

“Qué gusto, Grania Oi, Reconciliadora de los Dioses,” dijo el hombre.

Entonces los dos jóvenes llegaron rápidamente hasta ellos, y el Hijo del Rey saludó al hombre corpulento, y Flann besó las manos de la mujer envejecida.

“¿Qué hay de tu búsqueda, Hijo del Rey?” dijo el Gobaun Saor.

“He encontrado la Historia Única, pero no lo que va antes ni lo que va después de ella,” dijo el Hijo del Rey.

“Podré limpiar la Espada de Luz cuando me hayas traído la Historia Única completa,” dijo el Gobaun Saor.

“La buscaría por todo el mundo,” dijo el Hijo del Rey. “Pero ahora el tiempo se está haciendo corto para mí.”

“Sé rápido y activo,” dijo el Gobaun Saor. “Ya he colocado mi forja en las afueras del pueblo, entre dos grandes piedras. En cuanto me traigas la Historia Única completa, limpiare la espada para ti.”

“No le dirás, Gobaun Saor,” dijo la Adivina, “¿Dónde podría encontrar a quien le cuente el resto de la historia?”

“Si ve a alguien que conozca en este pueblo,” dijo el Gobaun Saor, “que monte el caballo que ha montado antes, y que lo persiga hasta alcanzarlo, y después lo forcé a contarle lo que pasó antes y lo que viene después de la Historia Única.” Habiendo dicho esto, el Gobaun Saor se dio la vuelta y caminó por el sendero que iba fuera del pueblo.

La Adivina había traído escobas de paja para vender en el pueblo. Le mostró a los dos jóvenes la pequeña casa donde viviría mientras estuviera ahí. Estaba llena de la paja que reunía para hacer las escobas.

Dejaron a la Adivina y fueron recorriendo el pueblo, el Hijo del Rey de Irlanda buscando en cada rincón a algún hombre que conociera o a un corcel que hubiera montado antes, mientras Flann pensaba en la Princesa Flama de Vino, y la poca atención que le ponía en comparación con el Hijo del Rey, Downal y Dermott. Llegaron a donde un grupo de personas estaba reunido, en torno a la tienda de un conjurador. Pararon y esperaron a que el conjurador apareciera. Apareció y colocó una escalera que se mantuvo derecha sin nada contra qué apoyarse, y luego comenzó a escalarla. Arriba, arriba fue, y la escalera crecía y crecía conforme el la subía. Flann pensó

que llegaría al cielo. Luego la escalera se encogió y se encogió, y Flann vio al conjurador descendiendo por el otro lado. “Ha venido a llevarse ese caballo,” dijo una voz detrás del Hijo del Rey de Irlanda.

El Hijo del Rey miró alrededor y, en las orillas de la multitud, vio a un hombre con un gorro de piel de liebre y un ojo saltón, que sostenía un caballo rojizo, mientras miraba al conjurador. El Hijo del Rey reconoció al caballo – era el Corcel Rojizo que lo había llevado a él y a Fedelma lejos de la casa del Hechicero, y que lo había llevado también a la cueva donde encontró la Espada de Luz. Miró al conjurador de nuevo y se percató de que no era otro sino el Hechicero de las Hondas Tierras Negras. Luego, en su mente resonaron las palabras que le había dicho el Gobaun Saor.

Había visto a un hombre que conocía y a un corcel que había montado. Se suponía que debería montar el caballo y perseguir al hombre, y forzarlo a decir el resto de la Historia Única.

El Hijo del Rey fue a la periferia de la multitud. Tomó las riendas de las manos de Mogue, que era el hombre que las sostenía, y saltó sobre el lomo del Corcel Rojizo.

En cuanto hizo esto, la escalera que se había mantenido derecha, cayó al suelo. La gente gritó y se dispersó. Y el Hijo del Rey vio al Hechicero saltar a través de la tienda y correr hacia la puerta del pueblo.

Pero si él podía saltar una tienda, también podía hacerlo el Corcel Rojizo. El Hijo del Rey volteó su cabeza y tiró de las riendas, y sobre la misma tienda se elevaron también. Entre más corría, más veloz se volvía el Hechicero. Saltó sobre la reja del pueblo, el Corcel Rojizo lo siguió. Fue velozmente a través del campo, haciendo enormes saltos sobre zanjas y cercas. Ningún otro caballo, sino el Corcel Rojizo, podría haber mantenido en la mira a su jinete.

IV

Subiendo colinas y descendiendo por valles iba el Hechicero, pero, montado en el Corcel Rojizo, el Hijo del Rey de Irlanda mantenía la ardua persecución. El Hechicero aceleró ascendiendo por el costado de la séptima colina, y cuando el Hijo del Rey llegó a la cima, no encontró a nadie a la vista.

De cualquier manera, continuó cabalgando y pasó a un hombre colgado de un árbol. Continuó pero aún no aparecía el Hechicero. Luego, a su mente llegó la idea de que el hombre colgado que había pensado muerto, era hechura del Hechicero. Dio media vuelta al Corcel Rojizo y se apresuró de regreso. El hombre que había estado colgando ya no se encontraba ahí.

El Hijo del Rey dirigió a su caballo hacia los árboles y comenzó a buscarlo entre ellos. No encontró rastro de él. “He perdido nuevamente,” se dijo a sí mismo. Entonces tiró las riendas del caballo y dijo, “ve por tu propio camino, mi Corcel Rojizo.”

Al haber dicho estas palabras, el Corcel Rojizo torció sus orejas y galopó hacia el Oeste. Atravesó arroyos y bosque, y cuando los cuervos estaban volando de vuelta a casa y los papalotes se mantenían en el aire, el caballo llegó con el Hijo del Rey a una casa de piedra erigida en medio de un pantano. “Quizás el Hechicero se encuentre en este lugar,” pensó el Hijo del Rey. Desmontó al Corcel Rojizo, empujó la puerta de la casa, y ahí, sentado en una silla en medio del suelo, con una mujer sentada a su lado, se encontraba el Hechicero de las Hondas Tierras Negras.

“Así que,” dijo el Hechicero, “mi Corcel Rojizo te ha traído hasta mí.”

“Así que,” dijo el Hijo del Rey, “te he encontrado, mi viejo e ingenioso Hechicero.”

“Y ahora que me has encontrado, ¿qué es lo que quieres de mí?” dijo el Hechicero.

“Tu cabeza,” dijo el Hijo del Rey desenvainando la percutida Espada de Luz.

“¿Nada más que mi cabeza te tendrá contento?” dijo el Hechicero.

“Nada. A no ser que me digas lo que pasó antes y lo que va después de la Historia Única.”

“La Historia Única,” dijo el Hechicero. “Te contaré lo que sé de ella.” Y entonces comenzó—

“Yo era un Druida, e hijo de un Druida, y había aprendido el lenguaje de las aves. Una mañana, mientras caminaba, escuché a un estornino y a un petirrojo hablar, y cuando escuché lo que dijeron, me sonreí a mí mismo.”

“Y ahora, la mujer con la que recién me había casado, notó que yo no dejaba de sonreír, así que me cuestionó. ‘Or qué no paras de sonreír?’ Y yo no le expliqué. ¿No es eso cierto?” le dijo el Hechicero a la mujer que estaba sentada junto a él.

“Es cierto,” respondió ella.

“En el tercer día aún seguía sonriéndome a mí mismo, y mi esposa volvió a cuestionarme, y al no contestarle, me arrojó agua para lavar platos en la cara. ‘Que la ceguera llegue a ti si no me dices por qué sonrías de esa manera,’ me dijo ella. En ese momento le expliqué por qué sonreía. Había escuchado lo que los pájaros dijeron. El estornino le dijo al petirrojo, ‘¿sabes que justo debajo de donde estamos hay tres varas encantadas, y si uno tomara alguna de ellas y golpeará a un hombre con ella, éste se convertiría en la

cualquier criatura que uno nombrara?’ Eso es lo que escuché decir a los pájaros y sonreí porque yo era el único que sabía sobre las varas encantadas.

“Mi esposa me hizo mostrarle dónde se encontraban las varas. Cortó una de ellas cuando yo me fui. Esa tarde, llegó por detrás de mí y me golpeó con la vara. ‘Ve ahora y deambula como un lobo,’ dijo ella, y en ese momento me convertí en un lobo. ¿No es eso cierto?” le dijo el Hechicero a la mujer.

“Es cierto,” dijo ella.

“Y habiéndome transformado en un lobo, fui por los bosques buscando carne para lobo. Y ahora debes pedirle a mi esposa que te cuente más sobre esta historia.” El Hijo del Rey de Irlanda volteó hacia la mujer que se encontraba sentada junto al Hechicero, y le pidió que le contara más sobre la historia. Y ella comenzó—

“Antes de que todo esto ocurriera, yo era conocida como la Dama del Manto Verde. Un día, un Rey cabalgó arriba de una montaña con cinco seguidores, y una neblina llegó hacia ellos mientras cabalgaban. El Rey dejó de ver a sus seguidores. Los llamó después de un rato y cuatro de ellos respondieron. Volvió a llamar después de un rato y sólo dos respondieron. Después de un rato más volvió a llamar y sólo uno respondió a través de la neblina, y cuando llamó una cuarta vez, nadie contestó.

“El Rey continuó hacia la cima de la montaña hasta llegar al lugar donde vivían los Druidas que me protegían. Él permaneció por largo tiempo en aquel lugar. El Rey me amó por un tiempo, y yo amé al Rey, y cuando se marchó, yo lo seguí.

“Como no volvía conmigo, lo encanté de manera que hubiera ocasiones en que se encontrara entre la vida y la muerte. En una

ocasión, cuando estaba aparentemente muerto, una muchacha veló su cuerpo, y siguió a su espíritu a lugares terribles, logrando así romper mi hechizo.”

“Sheen era el nombre la muchacha,” dijo el Hijo del Rey de Irlanda.

“Sheen era su nombre,” dijo la mujer. “Él la llevó a su Reino, y la volvió su Reina. Después de eso, me casé con el hombre que está aquí ahora —el Hechicero de las Hondas Tierras Negras, el Hijo del Druida de la Piedra Gris. Pídele ahora que te cuente el resto de la historia.”

“Cuando me convirtió en un lobo,” dijo el Hechicero, “atravesé el bosque buscando comida para lobo, pero no encontré nada para saciar mi hambre. Luego volví y me quede fuera de mi casa, y la mujer que antes se llamó la Dama del Manto Verde vino hacia mí. ‘Te devolveré tu forma humana,’ me dijo, ‘si haces como te pido.’

“Le prometí hacer lo que me pidiera.

“Me ordenó ir a la casa de un Rey, donde un niño había nacido. Me ordenó robar al niño. Fui a la casa del Rey. Entre a la habitación y robé al niño del lado de la madre. Luego corrí atravesando el bosque. Pero al final, caí en una trampa que el Gigante Crom Duv había puesto para los lobos que atacaban su ganado.

“Por una noche permanecí en la trampa con el niño junto a mí. Luego Crom Duv vino y levantó lobo y niño. Tres Brujas de Largos Dientes estaban ahí cuando nos sacó de la trampa, y le dio el niño a una de ellas, diciéndole que lo criaran de manera que el niño algún día se volviera su sirviente.

“A mí me puso en un saco, prometiéndose a sí mismo que me daría una buena paliza. Me dejó en el suelo de su casa. Pero mientras

se ausentó para buscar su bastón, escape del saco a mordidas. Volví a mi propia casa, y mi esposa me golpeó con la vara encantada, y me transformó de nuevo en hombre. ¿No es eso cierto?’ le dijo a la mujer.”

“Es cierto,” dijo ella.

“Eso es todo lo que sé acerca de la Historia Única,” dijo el Hechicero de las Ondas Tierras Negras, “y ahora que te lo he dicho, debes bajar tu espada.”

“No bajaré mi espada,” dijo el Hijo del Rey, “hasta que me digas cuál Rey y Reina eran los padres del bebé que criaron las Brujas de Dientes Largos.”

“No prometí decirte eso,” dijo el Hechicero. “Tienes la historia que pediste, y ahora deja que vea tu espalda retirándose de aquí.”

“Sí, tienes la historia y debes marcharte ya,” dijo la mujer que se sentaba junto al fuego.

Guardó su espada; fue hacia la puerta; dejó la casa del Hechicero de las Hondas Tierras Negras. Montó el corcel Rojizo y se alejó cabalgando. Ahora sabía lo que había pasado antes y lo que pasó después de la Historia Única. El Gobaun Saor ahora podría limpiar el filo de la Espada de Luz, y le mostraría el camino hacia la Tierra de la Neblina. Entonces, recuperaría a Fedelma.

Pensó también en lo que había descubierto sobre su camarada Flann —Flann era Hijo del Rey al que llamaban el Rey—Cazador y de Sheen, cuyos hermanos se habían transformado en siete gansos salvajes. Sujetó las riendas del caballo y cabalgó de vuelta al Pueblo del Castillo Rojo.

V

Flann estuvo pensando en la Princesa Flama de Vino. Estuvo caminando por el pueblo después de que el Hijo del Rey se fuera persiguiendo al Hechicero. No notó a nadie hasta que escuchó que lo llamaban, y vio a Mogue de pie junto a una pequeña tienda que había colocado frente al Campo de Toros.

Flann fue hacia Mogue y lo encontró muy desconsolado, debido a la pérdida del caballo que había traído al pueblo. “Éste es un mal pueblo donde estar,” dijo Mogue, “y a no ser que te convenza de convertirte en mi socio, me habrá ido muy mal. Únete a mí y tendremos grandes éxitos.”

“No será el Hijo de un Rey el que se una a un capitán de ladrones,” dijo Flann.

“Bien hablado, bien hablado,” dijo Mogue. Pensaba que Flann bromeaba cuando hablaba de sí mismo como el Hijo de un Rey.

“Quiero vender estos tres tesoros que llevo conmigo,” dijo Mogue. “Tengo las cosas más maravillosas que jamás se hayan traído a este pueblo.”

“Muéstramelas,” dijo Flann.

Mogue abrió uno de sus paquetes y de él sacó una caja. Cuando lo abrió esta caja, se percibió una fragancia como Flann nunca había sentido. “¿Qué es eso que huele como un jardín de flores dulces?” dijo Flann.

“Es la Rosa de los Aromas Dulces,” dijo Mogue, y de la caja extrajo una pequeña rosa. “Nunca se marchita y su fragancia nunca disminuye. Es un tesoro para la Hija de un Rey. Pero no lo exhibiré en este pueblo.”

“¿Y qué es esa cosa brillante en la caja?”

“Es el Peine de la Magnificencia. Es otro tesoro para la Hija de un Rey. La doncella que lo ocupe, tendrá el porte más propio de una Reina. Pero tampoco lo exhibiré aquí.”

“¿Qué más tienes, Mogue?”

“Un cinturón. La mujer que lo lleve tendrá que hablar con toda la verdad. Tampoco lo exhibiré aquí.”

Flann pensó que daría mucho por obtener la Rosa de los Aromas Dulces o el Peine de la Magnificencia, y así dárselos como regalos a la Princesa Flama de Vino.

Durmió en la tienda de Mogue, y al amanecer, fue a la Casa de Hospitalidad donde se encontraban Dermott y Downal. Con ellos, iría al evento del Rey, y ahí vería, y quizás hasta hablaría, con Flama de Vino. Pero Dermott y Downal no se encontraban en el Brufir's. Flann despertó a sus mozos, y juntos buscaron a los dos jóvenes. Pero no había rastro de ellos. Parecía que se habían marchado antes del amanecer con sus caballos. Flann fue con los mozos a la entrada del pueblo. Ahí escucharon del vigilante que dos jóvenes habían salido por la puerta, y que le habían dicho a él que anunciara a sus mozos, que se habían ido para convertir al mundo en su almohada.

Los mozos se sentían desmayar escuchando esto, y también Flann. Sin el Hijo del Rey y sin Downal y Dermott, ¿cómo entraría en el jardín del Rey? Fue de regreso con Mogue a considerar lo que podría hacer. Y primero pensó que no iría al Festival de la Colecta de Manzanas, pues sabía que Flama de Vino sólo lo había invitado junto con sus camaradas. Y luego pensó que, sin importar que pasara, iría al jardín del Rey y vería a Flama de Vino.

Si tan sólo tuviera una de las maravillas que Mogue le había enseñado —¡la Rosa de los Aromas Dulces o el Peine de

la Magnificencia! Con esto le demostraría que él también era importante. Si tan sólo tuviera alguna de estas dos cosas y se la ofreciera como regalo, ella quizás se interesaría en él.

Se sentó fuera de la tienda y esperó a que Mogue regresara. Cuando lo hizo, Flann le dijo “iré contigo como tu sirviente, y te serviré bien a pesar de que soy Hijo de un Rey, si me das algo ahora.”

“¿Qué es lo que quieres de mí?” dijo Mogue.

“Dame la Rosa de los Aromas Dulces,” dijo Flann.

“Claro. Esa es la cosa más fina que tengo. No te la puedo dar.”

“Te serviré por dos años si me la das,” dijo Flann.

“No,” dijo Mogue.

“Te serviré por tres años si me la das,” dijo Flann.

“Te la daré si me sirves por tres años.”

Entonces Mogue abrió el paquete, y extrajo la caja. La abrió y puso la Rosa de los Aromas Dulces en las manos de Flann.

Al instante, Flann se encaminó hacia el jardín del Rey. El Mayordomo, que lo había visto el día anterior, le indicó a los sirvientes que lo dejara pasar por la puerta. Entró al jardín del Rey.

Doncellas estaban cantando la “Canción para el tiempo de retoñar de los Árboles de Manzana” y todo ese día y noche Flann mantuvo esa canción en su mente.

*El tacto de manos que las tiraban
Provocaba el retoñar de los frutos
Oh respira las maravillas de la rama
¡Y deja que vaya por la oscuridad!*

Jóvenes recogían manzanas y la Princesa Flama de Vino caminaba sola por los caminos del jardín.

Por fin llegó a donde se encontraba Flann, y levantando sus ojos, lo miró. “Tenía compañeros,” dijo Flann, “pero se han marchado.”

“Son descorteses,” dijo Flama de Vino con enojo, y se dio la vuelta.

Flann tomó la Rosa del interior de su capa. Su fragancia llegó a Flama de Vino, y ella volvió a mirarlo.

“Esta es la Rosa de los Aromas Dulces,” dijo Flann. “¿La tomarías de mí, Princesa?”

Ella se acercó a él y tomó la rosa en su mano, y había asombro en su cara.

“Nunca se marchitará, y su fragancia nunca fallará,” dijo Flann. “Es la Rosa de los Aromas Dulces. La Hija de un Rey debería tenerla.”

Flama de Vino sostuvo la rosa en su mano y le sonrió a Flann. “¿Cuál es tu nombre, Hijo de Rey?” dijo ella, con ojos brillantes y amigables.

“Flann,” dijo él.

“Camina conmigo, Flann” dijo ella.

Camaron por los caminos del jardín, y los jóvenes y doncellas volteaban atraídos por la fragancia de la Rosa de los Aromas Dulces. Flama de Vino reía, y dijo, “todos se preguntan por el tesoro que me has traído, Flann. ¡Si pudieras oír lo que les diré acerca de ti! Les diré que eres el hijo de un Rey de Arabia —nada menos. ¡Me creerán porque me has traído este tesoro! ¡Supongo que no hay nada más maravilloso que esta rosa!”

Entonces Flann le dijo de otra cosa maravillosa que había visto —el Peine de la Magnificencia. “La hija de un Rey debería tener ese tesoro,” dijo Flama de Vino. “Oh, qué celosa me sentiría si alguien le trajera el Peine de la Magnificencia a una de mis dos hermanas —a Retoño de Juventud o a Porte de Luz. En ese momento pensaré que esta rosa no era tan gran tesoro después de todo.”

Cuando él se iba del jardín, ella arrancó una flor para él. “Ven a caminar por el jardín conmigo mañana,” dijo ella.

“Sin duda, vendré,” dijo Flann.

“Tráeme el Peine de Magnificencia también,” dijo ella. “No podría disfrutar esta rosa, y no podría quererte tanto por traérmela, si pensara que cualquier otra doncella tiene el Peine de Magnificencia. Trámelo, Flann.”

“Lo traeré para ti,” dijo Flann.

VI

Estaba en la entrada del pueblo cuando el Hijo del Rey de Irlanda cabalgó de vuelta montado en el Corcel Rojizo. El Hijo del Rey desmontó, puso su brazo alrededor de Flann y le contó que había escuchado toda la Historia Única. Se sentaron frente a la tienda de Mogue, y el Hijo del Rey le contó a Flann toda la historia— cómo el Rey viajando a través de la neblina había llegado hasta los Druidas con quienes vivía la Dama del Manto verde, cómo el Rey fue encantado, y cómo Sheen lo había librado del encantamiento. Le contó también cómo el Hechicero había sido transformado en un lobo, y cómo el lobo robó al hijo de Sheen. “Y la Historia Única es en parte tu historia, Flann,” dijo el Hijo del Rey de Irlanda, “pues el niño robado fue al que dejaron con las Brujas de los Largos Dientes, y ese eres tú, Flann, quien tiene las estrellas en el pecho, y que marcan al Hijo de un Rey.”

“Así es, así es,” dijo Flann, “y averiguaré qué Rey y qué Reina fueron mi padre y mi madre.”

“Ve con las Hechiceras de los Largos Dientes y oblígalas a decirte,” dijo el Hijo del Rey.

“Así lo haré,” dijo Flann, pero en su mente se decía a sí mismo, “primero le llevaré el Peine de la Magnificencia a Flama de Vino, y le diré que debo alejarme por unos años con Mogue, y le pediré que me recuerde hasta que haya vuelto. Entonces iré con las Brujas de los Largos Dientes y las obligaré a que me digan qué Rey y qué Reina eran mi Padre y mi Madre.”

El Hijo del Rey de Irlanda dejó a Flann con sus pensamientos y se dirigió con el Gobaun Saor, qué limpiaría la Espada de Luz y le mostraría el camino a los dominios del Rey de la Tierra de Neblina.

Mogue pasaba su tiempo con los cantantes de baladas y los cuenta-historias, en los alrededores del mercado, y cuando volvió a su tienda, quería beber cerveza y dormir, pero Flann lo interrumpió diciendo, “Quiero el Peine de la Magnificencia, Mogue.”

“Por mi piel,” dijo Mogue, “será mi sangre lo siguiente que me pidas, mi muchacho.”

“Si me das el Peine de la Magnificencia, Mogue, te serviré por seis años –tres años más que ayer. Y te serviré bien, a pesar de que soy hijo de un Rey, y de que puedo encontrar quiénes son mi padre y madre.”

“No te daré el Peine de la Magnificencia.”

“Te serviré siete años si lo haces, Mogue.”

Mogue bebió y bebió de su vasija con cerveza, frunciendo el ceño. Dejó la vasija y dijo, “¿supongo bien si digo que tu vida no será la que quieres, a menos que te dé el Peine de la Magnificencia?”

“Así es, Mogue.”

Mogue suspiró profundamente, fue a su maleta y sacó la caja con los tesoros. Dejó que Flann se llevara el Peine de la Magnificencia. “Siete años deberás servirme,” dijo Mogue, “y tendrás que empezar tu servicio ahora.”

“Comenzaré ahora,” dijo Flann, pero se escabulló de la tienda, se puso su capa y fue de regreso al jardín del Rey.

VII

Oh, Flann, mi proveedor de tesoros,” dijo Flama de Vino cuando lo vio llegar. “Te he traído el Peine de la Magnificencia,” dijo él. Las manos de ellas se extendieron y sus ojos se agrandaron y brillaron. Él puso el Peine de la Magnificencia en sus manos.

Ella puso el Peine en la parte posterior de su cabello, y al instante se convirtió como la torre edificada—que irrumpió en las alturas y tapó toda la luz del sol, una torre erigida que es el orgullo de un Rey y el gozo del pueblo. Cuando se puso el Peine de la Magnificencia en el cabello, se convirtió, de todas las hijas del Rey, en la más hermosa.

Caminó con Flann por los caminos del jardín, pero siempre miró su sombra para descubrir si le mostraba mayor magnificencia. Su sombra no le mostraba nada. Condujo a Flann hasta el pozo en el jardín, y vio dentro de él, pero su imagen en el reflejo no le mostraba ninguna diferencia tampoco. Pronto se cansó de caminar entre los caminos del jardín, y se dirigió hasta la reja, y ahí no caminó más, sino que se mantuvo de pie junto a Flann. “Un beso para ti, Flann, mi proveedor de tesoros,” dijo ella, y entonces lo besó y se apresuró alejándose. Y mientras la veía, Flann pensó que a pesar de haberlo besado, ella no lo tenía en su mente.

Fue al jardín, desconsolado, pensando que mientras estuviera en sus siete años de servicio con Mogue, la princesa Flama de Vino lo olvidaría. Mientras caminaba, pasó por la pequeña casa donde se alojaba la Adivina. Ella corrió hasta él al verlo.

“¿Has escuchado que el Hijo del Rey encontró lo que va antes y después de la Historia Única?” dijo ella.

“Sí lo escuché. Y yo debo ir con las Brujas de Largos Dientes para averiguar quiénes eran mi padre y mi madre, pues seguramente yo era el hijo que le arrebataron a Sheen.”

“¿Y recuerdas que los siete hermanos de Sheen fueron convertidos en gansos salvajes?” preguntó ella.

“Si lo recuerdo, madre.”

“Y seguirán siendo siete gansos salvajes hasta que una doncella que te ame esté dispuesta a dar siete gotas de la sangre de su corazón para devolverles su forma humana.”

“También recuerdo eso, madre.”

“Cualquier doncella que ames, a ella deberás preguntarle si daría siete gotas de la sangre de su corazón. Podría ser que acepte. Y podría ser también que no acepte, pero que sin embargo la ames, a pesar de que no estuviera dispuesta a dar ni una gota de sangre de su dedo meñique.”

“No puedo pedirle a la doncella que amo que esté dispuesta a dar siete gotas de la sangre de su corazón.”

“¿Quién es la doncella que amas?”

“La hija del Rey del Castillo Rojo, Flama de Vino.”

Le dijo a la Adivina acerca de los regalos que él le había dado —le dijo también que ahora estaba comprometido a servirle a Mogue por siete años, a cuenta de estos regalos. La Adivina le preguntó, “¿Qué otros tesoros tiene Mogue consigo?”

“Un tesoro más. El Cinturón de la Verdad. Quien sea que se lo ponga no podrá hablar nada más que la verdad.”

La Adivina dijo, “Debes llevar el Cinturón de la Verdad a Flama de Vino. Dile a Mogue que yo indiqué que debe dártelo sin añadir

un solo día a tus años de servicio. Cuando Flama de Vino se haya puesto el cinturón en la cintura, pídele siete gotas de la sangre de su corazón, de manera que los hermanos de tu madre puedan recuperar su forma humana. Puede ser que sí te ame, y aun así se rehúse a darte las gotas de sangre. De cualquier manera háblale de esto, y escucha lo que tenga que decirte.”

Flann dejó a la Adivina y volvió a la tienda de Mogue. Haber entregado sus tesoros había abrumado a Mogue y se encontraba bebiendo continuamente, yendo de un mal carácter a otro.

“Comienza tu servicio ahora cuidado la tienda mientras duermo,” dijo él.

“Hay una cosa más que quiero de ti, Mogue.”

“¡Por el Ojo de Balor! Eres un cucú en mi nido. ¿Qué quieres ahora?”

“El Cinturón de la Verdad.”

“¿Será ese el último tesoro que me quites?”

“La Adivina me ordenó decirte que debes darme el Cinturón de la Verdad.”

“Es una pena para mí, una pena,” dijo Mogue. Pero sacó la caja de su maleta y dejó a Flann tomar el cinturón.

VIII

Flama de Vino lo vio. Caminó lentamente por sendero del jardín, de manera que todos notaran lo impecable de su apariencia.

“Estoy contenta de volver a verte, Flann,” dijo ella. “¿Tus camaradas habrán vuelto ya al pueblo de mi Padre?”

Flann le contó que uno de ellos había vuelto.

“Invítalo a verme,” dijo Flama de Vino. Luego notó el cinturón que él llevaba.

“¿Qué es eso que traes?” preguntó ella.

“Algo que acompañaba a los otros tesoros —un cinturón.”

“¿No me dejarás tenerlo, Flann?” Ella tomó el cinturón. “Dime, muchacho,” dijo ella, “¿cómo haces para conseguir todos estos tesoros?”

“Tendré que dar siete años de servicio por ellos,” dijo Flann.

“Siete años,” dijo ella, “pero ¿recordarás que te amé por habérmelos traído?”

“¿Me recordarás tú cuando vuelva de mis siete años de servicio?”

“Oh, por supuesto,” dijo Flama de Vino, y luego se puso el tesoro en la cintura, mientras hablaban.

“Alguien me dijo,” continuó Flann, “que debería preguntarle a la doncella que me ame, si está dispuesta a dar siete gotas de la sangre de su corazón.”

El cinturón estaba ahora en la cintura de Flama de Vino. Ella se ríó con burla. “Siete gotas de sangre del corazón,” dijo ella. “No le daría a este muchacho ni siete huevos del nido de mi petirrojo. Le digo que lo amo por traerme estos tesoros para la Hija de un Rey. Le digo eso, pero debería avergonzarme de pensar que podría darle algo de amor a alguien como él.”

“¿Me dices la verdad ahora?” dijo Flann.

“La verdad, la verdad,” dijo ella, “claro que te digo la verdad. Oh y hay otras verdades. Estaré avergonzada para siempre si te las digo. Oh, oh. Están elevándose hasta mi lengua, y cada vez que trato de regresarlas, este cinturón se ajusta más y más, hasta hacerme sentir que moriré.”

“Adiós entonces, Flama de Vino.”



Flama deVino se ríó con burla.

“¡Llévate el cinturón, llévatelo! Qué verdades hay en mi mente. Parece que me obligará a decirlas y estaré llena de vergüenza. Pero moriré de dolor si las detengo. ¡Afloja el cinturón, aflójalo! Toma la rosa que me diste y afloja el cinturón.” Dejó que la rosa cayera al suelo.

“Aflojaré el cinturón para ti,” dijo Flann.

“Pero apresúrate. Cuánto debo esforzarme para detener estas verdades, oh ¡y qué dolor! Llévate el Peine de la Magnificencia, pero desata el cinturón.” Ella arrojó el Peine al suelo.

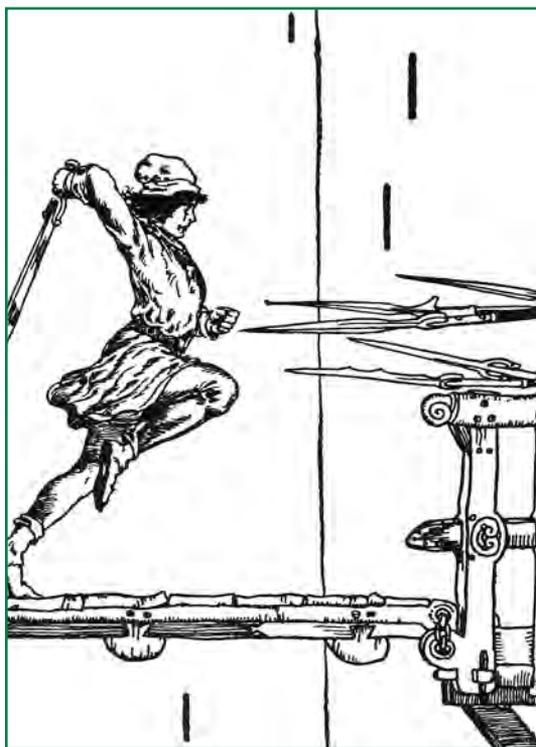
Él tomó la Rosa de Aromas Dulces y el Peine de la Magnificencia, y luego tomó el cinturón de su cintura. “Oh, que terrible cosa me puse en la cintura,” dijo Flama de Vino. “Llévatelo, Flann, llévatelo. Pero devuélveme la Rosa de Aromas Dulces y el Peine de la Magnificencia –devuélvemelos y te amaré para siempre.”

“No puedes amarme. ¿Y por qué debería entregar yo siete años de servicio en tu nombre? Regresaré estos tesoros a la maleta de Mogue.”

“Oh, eres un mocoso, un mocoso. Aléjate de mí,” dijo Flama de Vino. “Y no estés en el Pueblo del Castillo Rojo para mañana o pondré a los sabuesos de mi padre a cazarte.” Se dio la vuelta enfurecida y se internó en el castillo.

Flann volvió a la tienda de Mogue y devolvió los tesoros a su maleta. Se sentó en una esquina y lloró amargamente. Luego, el Hijo del Rey de Irlanda volvió y le dijo que su espada brillaba una vez más –que las manchas que la habían percutido habían sido limpiadas por el Gobaun Saor, quien también le había mostrado el camino a la Tierra de Neblina. Puso su brazo sobre Flann y le dijo que estaba a punto de marcharse a rescatar a su amada Fedelma, hacia el castillo del Rey de la Tierra de Neblina.

EL REY DE LA TIERRA DE NEBLINA



I

El Hijo del Rey de Irlanda seguía un río, y llegó a la parte de él que se llamaba el Río de las Torres Rotas. Así es llamado porque los hombre de los días antiguos trataron de construir torres sobre su curso. Las torres se construyeron cerca de las orillas en este punto, donde el río era tremendamente ancho.

“El Glashan te cargará a través del Río de las Torres Rotas, hasta la orilla de la Tierra de Neblina,” le había dicho el Gobaun Saor al Hijo del Rey de Irlanda. Y ahora se encontraba en el Río de las Torres Rotas pero la criatura Glashan no se veía por ningún lado.

Finalmente, vio al Glashan. Se encontraba apoyado de espaldas contra una de las torres, fumando de una corta pipa. El agua del río llegaba hasta sus rodillas. Estaba cubierto por pelo, tenía una gran cabeza y orejas de caballo. Y la criatura Glashan torcía sus orejas con gran gusto mientras fumaba.

“Glashan, ven aquí,” dijo el Hijo del Rey de Irlanda.

Pero el Glashan no le puso atención.

“Necesito que me cargues a través del Río de las Torres Rotas,” le gritó el Hijo del Rey de Irlanda.

El Glashan continuó fumando y torciendo sus orejas. Y el Hijo del Rey de Irlanda quizás habría sabido que todo el clan de los Gruagachs y Glashans, gozan de su calma y no harían nada, de preferencia. Él torció sus orejas aún más cuando el Hijo del Rey le

arrojó una pequeña roca. Después de unas tres horas, fue despacio a su lado del río. De sus grandes rodillas para abajo, tenía pies de caballo.

“Llévame en tus grandes hombros, Glashan,” dijo el Hijo del Rey de Irlanda, “y crúzame a la orilla de la Tierra de Neblina.”

“Ya no cargo para cruzar,” dijo el Glashan.

El Hijo del Rey desenvainó la Espada de Luz y la hizo brillar.

“Oh, si tienes eso, tendrás que ser trasladado,” dijo el Glashan. “Pero espera a que haya descansado.”

“¿Qué cosa hiciste para necesitar un descanso?” dijo el Hijo del Rey. “Llévame en tus hombros y vayamos de una vez.”

“Musha,” dijo el Glashan, “¿qué estás muy ansioso por perder tu vida?”

“Llévame en tus hombros.”

“Bien, pues vamos. No serás el primer hombre muerto con vida al que haya cargado.” El Glashan se puso la pipa en la oreja. El Hijo del Rey de Irlanda montó en sus hombros y se sujetó de su grueso cabello. Luego el Glashan puso sus piernas de caballo en el río y comenzó a cruzarlo.

“La Tierra de Neblina tiene un Rey,” dijo el Glashan cuando se encontraban en medio del río.

“Eso lo sé, Glashan,” dijo el Hijo del Rey de Irlanda.

“Muy bien,” dijo el Glashan.

Luego, al haber avanzado tres cuartos del río dijo, “Talvez no sabes que el Rey de la Tierra de Neblina te matará.”

“Talvez sea yo quien lo mate,” dijo el Hijo del Rey de Irlanda.

“Serías un rudo muchacho si hicieras eso,” dijo el Glashan. “Pero no lo harás.”

Continuaron. El agua llegaba hasta la cintura del Glashan pero eso no le daba problemas. Tan ancho era el río que tardaron todo el día en cruzarlo. El Glashan tiró al Hijo del Rey una vez, cuando paró para recoger una anguila.

“¿De qué manera está custodiado el Castillo del Rey de la Tierra de Neblina?” preguntó el Hijo de Rey de Irlanda.

“Tiene siete puertas,” dijo el Glashan.

“¿Y cómo están vigiladas las puertas?”

“Estoy cansado y no puedo hablar,” dijo el Glashan.

“Dime, o torceré tus orejas de caballo.”

“Bien, la primer puerta está vigilada tan sólo por un chorlito. Se encuentra en el tercer pináculo sobre la puerta, y cuando alguien se acerca, se eleva y vuela alrededor del castillo, piando hasta que sus gritos hacen que los demás vigilantes se pongan en guardia.”

“¿Y qué otros guardias hay?”

“Oh, estoy cansado y no puedo hablar más.”

El Hijo del Rey le torció las orejas de caballo y entonces el Glashan continuó—

“La segunda puerta está custodiada por cinco hombres con lanzas.”

“¿Y cómo es vigilada la tercera?”

“La tercera está vigilada por siete hombres con espadas.”

“¿Y cómo es vigilada la cuarta?”

“La cuarta puerta está custodiada por el mismo Rey de la Tierra de Neblina.”

“¿Y cómo es vigilada la quinta puerta?”

“La quinta puerta también es vigilada por el Rey de la Tierra de Neblina.”

“¿Y cómo es vigilada la sexta?”

“La sexta puerta también es vigilada por el Rey de la Tierra de Neblina.”

“¿Y cómo es vigilada la séptima puerta?”

“La séptima puerta es vigilada por una bruja.”

“¿Tan sólo por una bruja?”

“Por una bruja con uñas que llevan veneno. Pero estoy cansado ya, y no te hablaré más. Si pudiera encender un fuego, fumaría de mi pipa.”

Aún continuaron, y justo al morir el día, llegaron a la otra orilla del Rio de las Torres Rotas. El Hijo del Rey saltó de los hombros del Glashan y se internó en la neblina.

II

Llegó a donde torres y pináculos sobresalían en la neblina. Trepó las rocas sobre las que estaba construido el castillo. Llegó a la primera puerta, y en cuanto lo hizo, el chorlito que estaba en el tercer pináculo, se elevó volado alrededor del castillo, piando agudamente.

Recogió un fragmento de la roca del suelo y lo arrojó contra la puerta. Esto la abrió. Se apresuró dentro, hacia el primer patio del Castillo.

Conforme avanzaba hacia la segunda puerta, ésta se abatió quedando abierta, y los cinco hombres con lanzas cargaron contra él en el segundo patio. Pero no sabían contra qué se enfrentaban —la Espada de Luz en las manos del Hijo del Rey de Irlanda.

Su estocada cortó las puntas de las lanzas, y su veloz centelleo cegó a los guardias. En cada uno de ellos, infligió una herida de

muerte. Luego se apresuró por la segunda puerta hacia el tercer patio.

Cuando hizo esto, la tercer puerta se abatió quedando abierta, y siete espadachines vinieron a su encuentro. Formaron medio círculo y se aproximaron al Hijo del Rey de Irlanda. Deslumbró sus ojos con un movimiento de su espada. Luego la empuñó dando estocadas a cada uno, y en ellos también infligió una herida de muerte.

Cruzó el tercer patio yendo hacia la cuarta puerta. Cuando lo hizo, esta puerta abrió lentamente, y un solo guerrero apareció. Cerró la puerta detrás de él y permaneció de pie con una larga espada gris en su mano. Éste era el Rey de la Tierra de Neblina. Sus hombros se encontraban donde llegaría la cabeza de un hombre alto. Su cara era como una piedra, y sus ojos siempre miraban despiadadamente a sus oponentes.

Cuando el enemigo comenzó su ataque, el Hijo del Rey de Irlanda no tuvo poder más que para defenderse de la pesada espada gris. Tenía la Espada de Luz como guarda, y ésta brillante y ligera espada lo defendía bien. Los dos lucharon recorriendo el patio, haciendo que los sitios suaves se endurecieran, y que los sitios duros se suavizaran debajo de sus pisadas. Lucharon desde la mañana hasta el mediodía, y desde el mediodía hasta el atardecer. Y ni una sola herida infligió el Hijo del Rey de Irlanda sobre el Rey de la Tierra de Neblina, ni una sola herida infligió el Rey de la Tierra de Neblina sobre el Hijo del Rey de Irlanda.

Pero el Hijo del Rey de Irlanda estaba cada vez más exhausto y débil. Sus ojos estaban agotados de ver las estocadas y abanicos de la espada contra la que luchaba. Sus brazos apenas podían sostener ya su propia espada. Su corazón se convirtió en una bomba de sangre que casi escapaba de su pecho.

Y entonces, cuando estuvo a punto de caer su cabeza bajo la espada del Rey de la Tierra de Neblina, un nombre se alzó sobre todos sus pensamientos —“Fedelma.” Si se rendía y la espada del Rey de la Tierra de Neblina caía sobre él, ella jamás sería salvada. La voluntad se fortaleció de nuevo en el Hijo del Rey de Irlanda. Su corazón ganó un pulso estable. El peso que sentía en sus brazos, se desvaneció. Fuertemente, sujetó la espada en sus manos y comenzó los ataques contra el Rey de la Tierra de Neblina.

Y entonces vio que la espada en las manos de su enemigo estaba rota y gastada por haberse enfrentado a la guardia de la Espada de Luz. Y ahora hizo un ataque poderoso. Mientras la luz desaparecía del cielo y la oscuridad caía sobre ellos, vio que la fuerza se terminaba en el Rey de la Tierra de Neblina. La espada en su mano estaba más gastada y más rota. Por último, la espada apenas era más grande que la empuñadura. Y cuando se retiraba hacia la puerta, el Hijo del Rey se abalanzó sobre él, y clavó la Espada de Luz atravesando su pecho. Se mantuvo de pie con su cara tornándose aún más terrible. Abanicó lo que quedaba de su espada, y el filo roto atinó al pie del Hijo del Rey de Irlanda, perforándolo. Luego el Rey de la Tierra de Neblina cayó al suelo frente a la cuarta puerta.

Tan cansado de sus batallas, tan adolorido con la herida de su pie, el Hijo del Rey de Irlanda no cruzó el Cadáver para ir hacia la quinta puerta. Dio la vuelta. Descendió por las rocas que había escalado dirigiéndose al Río de las Torres Rotas.

El Glashan estaba cocinando la anguila que había atrapado, sobre una roca caliente. “Limpia mi herida y dame algo para comer, Glashan,” dijo el Hijo del Rey de Irlanda.

El Glashan limpió su herida y le dio una porción de la anguila cocinada junto con agua.

“Al atardecer de mañana iré de regreso,” dijo el Hijo del Rey, “e cruzaré la quinta, sexta y séptima puerta, y rescataré a Fedelma.”

“Si el Rey de la Tierra de Neblina te lo permite,” dijo el Glashan.

“Él está muerto,” dijo el Hijo del Rey, “atrévese su pecho con mi espada.”

“¿Y dónde está su cabeza?” preguntó el Glashan.

“Está en su cadáver,” dijo el Hijo del Rey.

“Entonces mañana tendrás otra batalla. Su vida está en su cabeza, y su vida volverá a él si no la cortaste. Es él, te digo, quien vigilará la cuarta, quinta y sexta puerta.”

“Eso no lo creo, Glashan,” dijo el Hijo del Rey. “No queda nadie para vigilar las puertas excepto la Bruja de la que hablaste. Mañana rescataré a Fedelma, y juntos dejaremos la Tierra de Neblina. Pero ahora debo dormir.”

Se acostó con la Espada de Luz junto a él, se estiró en el suelo y durmió. El Glashan acomodó sus patas de caballo, sacó su pipa de detrás de su oreja, y fumó toda la noche.

III

El Hijo del Rey de Irlanda despertó por la mañana, pero estaba adolorido y agotado debido a su pie herido. Bebió y comió lo que el Glashan le ofreció, y después se dirigió al Castillo del Rey de la Tierra de Neblina. “Sólo habrá una anciana con la que deba lidiar hoy,” se dijo, “y después despertaré a mi amada Fedelma.”

Pasó por la primer puerta y el primer patio, la segunda puerta y el segundo patio, por la tercer puerta y el tercer patio. La cuarta puerta estaba cerrada, y conforme caminaba hacia ella, esta se abría

lentamente, y ahí vio al Rey de la Tierra de Neblina —tan alto, tan rocosa su cara y tan despiadado como antes, y en su mano tenía una pesada espada gris.

Pelearon como habían peleado el día anterior. Pero la guardia que hacía el Hijo del Rey de Irlanda contra la espada del Rey de la Tierra de Neblina era más débil que antes, debido al cansancio y al dolor de su herida. Pero aun así, mantuvo la Espada de Luz frente a él, y la espada del Rey de la Tierra de Neblina no pudo abatirla. Lucharon hasta el atardecer. El corazón en su cuerpo iba tan rápido que sentía como si fuera a salir disparado de su pecho. Sus ojos estaban por salir de sus cuencas. Sus brazos apenas podían sostener la espada. Cayó sobre una rodilla, pero pudo mantener sujeta la espada para proteger su cabeza.

Entonces, la imagen de Fedelma volvió a aparecer en su mente. Saltó y sus brazos recuperaron la fuerza. Su corazón ganó estabilidad en su pecho. Y mientras atacaba al Rey de la Tierra de Neblina, observó que la espada gris estaba rota y gastada por los golpes de la Espada de Luz.

Lucharon y pareció como si de sus espadas brotaran chispas y luz. Lucharon hasta que la espada del Rey de la Tierra de Neblina era apenas más grande que una vara sobre su empuñadura. Se retiró en dirección a la puerta. El Hijo del Rey de Irlanda saltó hacia él y lo atravesó con una estocada hasta el pecho. Sobre las piedras frente a la quinta puerta, cayó el Rey de la Tierra de Neblina.

El Hijo del Rey pasó sobre el cadáver y se dirigió a la quinta puerta. Pero en ese momento recordó las palabras que había dicho el Glashan: “Su vida está en su cabeza.” Volvió a donde había caído el Rey de la Tierra de Neblina. Con un corte limpio, separó la cabeza del cuerpo.

Entonces, de entre la neblina que había alrededor, tres cuervos aparecieron. Con picos y garras, sujetaron la cabeza y la elevaron. Pesadamente, se mantuvieron cerca del suelo.

Con su espada, el Hijo del Rey persiguió a los cuervos. Los siguió a través del cuarto patio, el tercer patio, el segundo y el primero. Volaron sobre la roca donde se encontraba el Castillo y desaparecieron en la Neblina.

Él sabía que tendría que montar guardia junto al cuerpo del Rey de la Tierra de la Neblina, para que la cabeza no pudiera ser colocada sobre él. Se sentó ante el quinto portón. El dolor y el cansancio, el hambre y la sed le oprimían.

Ansiaba algo que calmara su hambre y su sed. Pero sabía que no podría ir hasta el río para refrescarse con agua y comer vegetales del Glashan.

Algo cayó de pronto en el patio. Era una manzana hermosa de color brillante. Él fue detrás de ella, pero esta rodó en dirección al tercer patio. La siguió. Luego, cuando miró hacia atrás, vio que los cuervos habían aterrizado cerca del cuerpo, sosteniendo la cabeza entre sus picos y garras. Él corrió de regreso y entonces los cuervos se elevaron otra vez.

Estuvo vigilando por otro largo rato, y su hambre y sed crecieron, haciéndolo desear la manzana colorida que había visto.

Entonces otra manzana cayó. Fue a recogerla y de nuevo ésta rodó. Pero el Hijo del Rey de Irlanda ya no pensaba en nada más que en la deliciosa manzana colorida. La siguió por donde rodaba.

Rodó a través del tercer patio, del segundo y del primero. Salió por la primera puerta y rodó sobre la roca donde estaba construido el castillo. Cayó de la roca y el Hijo del Rey saltó para tomarla, y vio a la manzana convertirse en la cabeza y pico de un cuervo.

Escaló la roca y corrió de regreso. Y cuando se asomó al primer jardín, vio que los cuervos habían regresado. Habían devuelto la cabeza al cuerpo, y cabeza y cuerpo ahora volvían a estar unidos. El Rey de la Tierra de Neblina se encontraba de nuevo de pie, y su cabeza estaba volteada hacia su hombro izquierdo. Fue hacia la sexta puerta y tomó una espada que ahí se encontraba.

IV

Plearon su última lucha frente a la sexta puerta. La defensa del Hijo del Rey de Irlanda era débil, y si el Rey de la Tierra de Neblina hubiera cargado completamente contra él, seguramente lo habría desarmado y matado. Pero su cabeza había sido colocada de tal manera sobre su cuerpo, que miraba hacia su hombro izquierdo. De cualquier forma, logró alcanzar el pecho del Hijo del Rey, y herirlo. En ese momento, el Hijo del Rey blandió su espada sobre su cabeza y alcanzó la de su enemigo. De esta manera cortó su cabeza, y el Rey de la Tierra de Neblina cayó nuevamente.

El Hijo del Rey vio en el cuello estirado la marca de donde lo había degollado antes. Esgrimió la Espada de Luz nuevamente, preparándose para enfrentar cualquier cosa que viniera a tomar la cabeza.

Pero ninguna criatura apareció esta vez. Y entonces, el cabello en la cabeza degollada se desprendió y fue soplado por el viento. Y los huesos de la cabeza se convirtieron en polvo y la piel se escurrió, y todo fue soplado por el viento.

Entonces el Hijo del Rey atravesó el sexto patio y llegó a la séptima puerta. Y frente a ella, vio al último de los centinelas. Una

bruja, que estaba sentada encima de una tanque de agua, extrayendo palomas blancas de una canasta, y arrojándolas a los cuervos que volaban bajo desde las paredes, y despedazaban a las palomas.

Cuando la bruja vio al Hijo del Rey de Irlanda, saltó del tanque, y corrió hacia él con los brazos extendidos y sus largas uñas ponzñosas. Con un movimiento de su espada, cortó las uñas de las manos. Cuervos trataron de llevarse las uñas, pero cuando se retiraban con ellas, caían muertos al suelo.

“La Espada de Luz te cortará la cabeza si no me llevas en este momento a donde se encuentra Fedelma,” dijo el Hijo del Rey. “Lamento hacerlo,” dijo la bruja, “pero te llevaré, dado que tú eres el triunfador.”

Siguió a la bruja dentro del castillo. Sobre una red, tendida a en una habitación, vio a Fedelma. Estaba quieta, pero respiraba. Y la rama de espino que la hacía dormir, se encontraba fresca, junto a ella. Trenzas de su cabello brillante salían por los huecos de la red, y se encontraban atadas a la pared. Con un movimiento de su espada, cortó las trenzas.

Sus ojos se abrieron. Vio al Hijo del Rey de Irlanda, y el brillo regresó a sus ojos, la vida regresó a todo su rostro. Cortó él la red de donde estaba suspendida, y la llevó al suelo. Cortó las redes cerradas. Fedelma se levantó y fue a sus brazos.

Él la llevó en sus brazos al séptimo jardín. Luego, la bruja que era uno de los centinelas, salió del castillo, cerró la puerta y corrió hacia la neblina, con tres cuervos que la seguían.

Fedelma y el Hijo del Rey de Irlanda atravesaron los patios del castillo, cruzaron por la neblina del campo, y descendieron hacia el Río de las Torres Rotas. Encontraron al Glashan hirviendo salmón sobre piedras ardiendo. Los salmones venían desde el mar y el

Glashan fue a capturar más para darle a Fedelma y al Hijo del Rey de Irlanda. La pequeña gallina negra de agua salió del río y también la alimentaron.

Al día siguiente, el Hijo del Rey de Irlanda pidió al Glashan trasladar a Fedelma a la otra orilla del Río de las Torres Rotas. Él mismo siguió a la pequeña gallina negra de agua a través de los lugares menos hondos del río, de modo que el agua nunca llegó más arriba que su cintura. Pero casi lo alcanzaba la muerte por el frío y la fatiga, y por las heridas en su pecho y en el pie; pero al llegar al otro lado encontró al Glashan y Fedelma, que lo esperaban.

Volvieron a comer salmón y descansaron por un día. Se despidieron del Glashan, que se dirigió de nuevo al río para cazar salmones. Ellos siguieron por el banco del río, mano a mano, mientras el Hijo del Rey de Irlanda le contaba a Fedelma lo que le había ocurrido durante su búsqueda.

Llegaron a la parte del río donde éste se llamaba el Río del Lucero de la Mañana. Y luego, a lo lejos, vieron la Colina de Cuernos. Se dirigieron hacia ella, y cerca de su costado, encontraron la casa techada con una gran ala de ave. Era la casa del Pequeño Sabio de la Montaña. A su casa es a donde fueron.

LA CASA DE CROM DUV



I

La historia ahora es sobre Flann. Fue por la puerta del Este del Pueblo del Castillo Rojo y su viaje lo condujo a la casa de las Brujas de Dientes Largos, donde quizás averiguaría cuál Reina y Rey habían sido sus padres. Es con el joven Flann, alguna vez llamado Gilly de la Piel de Cabra, que continuaremos si es que esto te complace, Hijo de mi Corazón. Continuó su camino por la tarde, cuando, como dice el bardo:

*El mirlo sacude sus notas metálicas
Contra el filo del día,
Y voy sobre mi sendero
Con una sola estrella en mi camino.*

Y fue por el camino en la noche, cuando, como dice el mismo bardo:

*La noche se lo ha dicho a las colinas,
Y lo dijo a la perdiz en el nido,
Y lo dejó en los largos caminos blancos,
Ella dará luz en lugar de descanso.*

Y continuó entre el ocaso y el alba, cuando, como dice el mismo bardo:

*Atentos que el cielo está cubierto,
Como con un fuerte velo:
Una luz abandonada reposa
Entre la tierra y la nube.*

Y continuó al alba, cuando, como dice el bardo (y esta fue la última estrofa que hizo, pues el rey dijo que no había absolutamente nada en su aventura):

*En el silencio de la mañana
Yo mismo, yo mismo pase,
Donde arboles solitarios sacuden ramas
Contra espacios en el cielo.*

Y luego, cuando el sol miraba sobre las primeras colinas altas, llegó a un río. Supo que se trataba del río que había seguido antes, pues ningún otro río en el país era tan ancho ni cargaba tanta agua. Como había seguido el flujo del río aquella vez, pensó que ahora iría en sentido contrario, y quizás así volvería a las cañadas y valles y profundos lugares pantanosos desde donde había viajado.

Encontró a un Pescador que estaba secando sus redes y a él le preguntó qué nombre tenía el río. El Pescador dijo que tenía dos nombres. La gente del banco derecho lo llamaba el Río del Amanecer, y la gente del banco izquierdo lo llamaba el Río del Lucero de la Mañana. Y el Pescador le advirtió que tuviera cuidado de no llamarlo Río del Lucero de la Mañana cuando se encontrara en el banco derecho, ni Río del Amanecer cuando se encontrara en el banco izquierdo, pues la gente de ambos bancos

deseaba mantener el nombre que sus padres le habían dado al río, y se volvían descorteces con los extraños que le daban un nombre distinto. El Pescador le dijo a Flann que lamentaba haberle dicho ambos nombres, y que lo mejor que podía hacer era olvidar uno de los nombres, y simplemente llamarlo el Río del Lucero de la Mañana, ya que se encontraba en el banco izquierdo.

Flann continuó con el día ampliándose frente a él, y cuando la altura del mediodía había pasado, llegó a las cañadas y valles y a los profundos lugares pantanosos donde antes había viajado. Avanzó con el día brillante yendo frente a él y la oscura noche a su espalda, y en el ocaso llegó al negro y cenizo sitio donde las Brujas de los Diente Largos tenían su casa de piedra.

Vio sobre la casa una nube de humo que emanaba de cada grieta en las piedras. Fue a la puerta cerrada y tocó en ella con la aldaba de piedra.

“¿Quién no está?” dijo una de las brujas.

“¿Quién sí está?” dijo Flann.

“Las Tres Brujas de Dientes Largos,” dijo una de las brujas, “y si quieres saberlo,” dijo ella, “son las que mandan e invocan, las fermentadoras y fabricantes de velas para Crom Duv, el Gigante.”

Flann golpeó más fuertemente con la aldaba de piedra y la puerta se partió. Dio un paso dentro de la casa llena de humo.

“No hay bienvenida para ti, quien quiera que seas,” dijo una de las brujas, que estaban sentadas en torno al fuego.

“Soy el muchacho que solía llamarse Gilly de la Piel de Cabra, y a quien ustedes mantuvieron cautivo en este lugar,” dijo él, “y he vuelto por ustedes.”

Las tres brujas dejaron de mirar el fuego y gritaron hacia él. “¿Y qu te trajo de regreso con nosotras, muchacho jorobado?” dijo la primera bruja.

“Vine para que me digan qué Reina y qué Rey eran mi madre y padre.”

“¿Por qué pensarías que un Rey y una Reina eran tu padre y madre?” le dijeron.

“Porque llevo en mi pecho las estrellas del hijo de un Rey,” dijo Flann, “y tengo en mi mano una espada que las hará hablar.”

Se acercó a ellas y se asustaron. Luego la primera bruja se arrodillo ante y dijo “Afloja la piedra de la chimenea con tu espada y encontrarás una reliquia que te dejará saber quién era tu padre.”

Flann puso su espada en una ranura de la piedra de la chimenea, y la apalancó. Pero, si se trataba de una reliquia, lo que encontró bajo la piedra era una Cocatriz. Había nacido del huevo de una serpiente, empollado por un gallo negro de nueve años. Tenía la cabeza y la cresta de un gallo, y el cuerpo de una serpiente negra. La Cocatriz se levantó sobre su cola y lo miró con sus ojos rojos. La vista de esa cabeza hizo que Flann se sintiera mareado y que cayera al suelo. Luego el animal se reacomodó en el suelo y las brujas pusieron la piedra de la chimenea en su lugar.

“¿Qué haremos con este muchacho?” dijo una de las brujas, mirando a Flann que estaba desmayado en el suelo.

“Cortar su cabeza con la misma espada con que nos amenazó,” dijo otra.

“No,” dijo la tercera bruja. “El gigante Crom Duv está buscándose un sirviente. Dejemos que se quede a este muchacho. Quizás después, el gigante nos de lo que nos ha prometido por tanto tiempo, una baya del Serbal Encantado que crece en su patio.

“Qué así sea, que así sea,” dijeron las otras brujas. Pusieron ramas verdes en el fuego, de manera que Crom Duv pudiera ver el humo y entonces viniera a la casa. Por la mañana, ahí estaba. Llevó a

Flann fuera, y después de un rato, Flann recuperó el sentido. Luego el gigante le ató una cuerda alrededor de los brazos, y lo condujo delante de él, con una larga lanza de acero que usaba de bastón.

II

Los brazos de Crom Duv se extendían hasta sus rodillas torcidas; tenía largos, amarillentos y traslapados dientes como de caballo en su boca, con un labio inferior caído, y un labio superior retraído; tenía una plana alfombra de cabello en su cabeza. Era tan alto como un almiar. Cargaba en su mano torcida una lanza de acero, afilada en la punta. Y a donde quiera que fuera, se dirigía como una mula desquiciada.

Ató las manos de Flann detrás de su espalda, y luego paso la cuerda por su cuerpo. Después se puso en marcha. Flann fue arrastrado como si se trata de la cola de una carreta. Sobre zanjas y a través de arroyos; cuesta arriba en las colinas y dentro de túneles. Después llegaron a una planicie de forma redonda como la rueda de una carreta. Fueron a través de la planicie y avanzaron media milla dentro de un bosque. Más allá del bosque había edificios —tales paredes y tales montículos de piedra, como jamás había visto Flann.

Pero antes de que hubieran entrado en el bosque, habían llegado a un alto montículo con pasto. Y en ese pasto estaba el toro más tremendo que Flann hubiera visto.

“¿Qué toro es ese, Gigante?” dijo Flann.

“Mi propio toro,” dijo Crom Duv, “el Toro del Montículo. Míralo de nuevo, pequeño amigo. Si alguna vez tratas de escapar de mi servicio, el Toro del Montículo te arrojará al aire y luego te pisoteara contra el suelo.” Crom Duv sopló un cuerno que llevaba



Flann fue arrastrado como si se trata de la cola de una carreta.

sobre el pecho. El Toro del Montículo se apresuró bufando cuesta abajo. Crom Duv gritó y el toro se detuvo con su tremenda cabeza reclinada hacia abajo.

El corazón de Flann, te digo, se hundió, al ver a este toro que resguardaba la casa de Crom Duv. Fueron después a través del profundo bosque, y llegaron a la reja de la morada del gigante. Sólo una cadena la detenía, y Crom Duv la levantó. El patio estaba repleto de ganado, negro, rojo y manchado. El gigante ató a Flann a un pilar de piedra. “¿Estás ahí, Morag, mi dama de establo?” gritó.

“Aquí estoy,” dijo una voz desde el establo. Había más ganado en el establo, y alguien lo estaba ordeñando.

Había paja en el suelo del patio y Crom Duv se recostó sobre ella, y se quedó dormido con el ganado paseando alrededor de él.

Una gran pared de piedra estaba siendo construida en torno a la morada del gigante- una pared con seis pies de grueso, con veinte pies de alto en ciertas partes, y doce pies en otras. La barda aún estaba en construcción, pues montones de piedra y grandes charolas de mezcla se encontraban en el suelo. Y justo frente a la puerta de la morada, estaba el Serbal Encantado, que crecía a una gran altura. En la copa del árbol había manojos de bayas. Había gatos descansando bajo el árbol, y gatos sobre las ramas —grandes gatos amarillos. Más gatos amarillos salieron de la casa y se dirigieron a él. Miraron a Flann de arriba para abajo y volvieron a la casa, maullando entre ellos.

El ganado que estaba en el patio, se dirigió al establo, uno por uno, conforme era llamado por la dama del establo. Crom Duv aún dormía. Poco a poco, una gallina roja que estaba picoteando por el patio se acercó a él, y manteniendo su cabeza en alto, miró a Flann de arriba abajo.

Cuando la última vaca había entrado y el último chorro de leche había sonado contra la vasija de ordeñar, la dama del establo salió al patio. Flann pensó que vería a una criatura de largos brazo como el mismo Crom Duv. En lugar de eso, vio a una muchacha con ojos bellos y amables, que de imperfecciones tan sólo tenía pequeñas cicatrices en la cara y el cabello alborotado. “Yo soy Morag, la dama de establo de Crom Duv,” dijo ella.

“¿Crom Duv me matará?” dijo Flann.

“No. Te convertirá en su sirviente,” dijo Morag.

“¿Y qué es lo que me hará hacer para él?”

“Te hará ayudar en la construcción de su pared. Crom Duv sale cada mañana para llevar a su ganado a las pasturas. Cuando vuelve, se pone a construir el muro que rodea su casa. Te hará mezclar en el mortero y hará que se lo lleves a donde esté. He escuchado que quiere un sirviente para eso.”

“Escaparé de esto,” dijo Flann, “y te traeré conmigo.”

“Shh,” dijo Morag, y señaló hacia siete gatos amarillos que estaban en la puerta de Crom Duv, mirándolos. “Los gatos,” dijo ella, “son los vigilantes de Crom Duv aquí dentro, y el Toro del Montículo vigila afuera.”

“¿Y esta Pequeña Gallina Roja es una vigilante también?” dijo Flann, pues la Pequeña Gallina Roja estaba mirándolos con la cabeza inclinada.

“La Pequeña Gallina Roja es mi amiga y consejera,” dijo Morag, y se internó en la casa con dos vasijas de leche.

Crom Duv despertó. Desató a Flann y lo dejó libre. “Debes mezclar en el mortero para mí ahora,” dijo. Fue dentro del establo y salió con una gran vasija de leche. La dejó en el suelo cerca de la

mezcladora. Fue al costado de la casa y volvió con un recipiente que contenía sangre.

“¿Para qué es esto, Crom Duv?” dijo Flann.

“Para la mezcla, muchacho,” dijo el gigante. “Sangre de becerro y leche es lo que pongo a mezclar en mi mortero, de manera que nada pueda romper las paredes que estoy construyendo en torno al Serbal Encantado. Cada día mato un becerro y cada día mi dama del establo llena una vasija de leche para mezclar en mi mortero. Ponte a trabajar ahora y mezcla el mortero para mí.”

Flann llevó cemento y arena para la mezcla y luego agrego la sangre de becerro y la leche fresca. Cargó también rocas para Crom Duv. Y así trabajó hasta que estuvo oscuro. Luego Crom Duv bajó de donde estaba construyendo y le dijo a Flann que entrara en la casa.

Los gatos amarillos estaban ahí y Flann contó dieciséis de ellos. Ocho más estaban afuera, en las ramas o alrededor del Serbal Encantado. Morag entró, llevando un gran plato de potaje. Crom Duv tomó una cuchara de madera y comió del potaje, vasija tras vasija. Luego gritó por su cerveza y Morag le llevó vasija tras vasija de cerveza. Crom Duv vaciaba una tras otra... luego gritó por su cuchillo y cuando Morag se lo llevó, comenzó a afilarlo mientras cantaba una extraña canción para él mismo.

“Está afilando su cuchillo para matar un becerro por la mañana,” dijo Morag. “Ven ahora y te daré tu cena.”

Ella lo llevó a la cocina en la parte trasera de la casa. Le dio potaje y leche y él lo comió. Luego le mostró una escalera que ascendía a una habitación, él subió y se preparó una cama. Durmió profundamente, aunque soñó con los veinticuatro gatos del lugar, y en el tremendo Toro del Montículo que estaba fuera de la morada de Crom Duv.

III

Es la manera en que pasaban los días en la casa de Crom Duv. El gigante y sus dos sirvientes, Flann y Morag, dejaban sus camas al despuntar el alba. Crom Duv hacía sonar su cuerno y el Toro del Montículo bufaba como respuesta. Luego comenzaba el trabajo en su pared, haciendo que Flann preparara la mezcla para él. Morag mantenía el fuego y hervía ollas. Ollas de potaje, platos de mantequilla y recipientes con leche se encontraban a la mesa cuando Crom Duv y Flann iban por el desayuno. Luego, cuando el gigante había conducido a su ganado hacia las pasturas, Flann limpiaba el establo y preparaba más mezcla, revolviendo cemento, arena, sangre de becerro y leche fresca. Por la tarde, el gigante volvía para que él y Flann continuaran con el trabajo en el muro.

Todo el tiempo, los veinticuatro gatos amarillos reposaban en las ramas del Serbal Encantado o paseaban por el patio o tomaban grandes porciones de leche. La Pequeña Gallina Roja de Morag iba dando saltitos por el patio. Parecía estar adormecida o estar siempre pensativa. Si alguno de los gatos la miraba, la Pequeña Gallina Roja despertaba, murmuraba algo, y se alejaba dando brincos.

Un día, el ganado volvió sin Crom Duv. “Se ha ido en uno de sus paseos,” dijo Morag, “y no volverá por una noche y un día.”

“Entonces es momento de que haga mi escape,” dijo Flann.

“¿Cómo es que podrías hacer tu escape, mi querido?” dijo Morag. Si vas por el frente, el Toro del Montículo te lanzará al aire y luego te pisoteará contra el suelo.”

“Pero tengo fuerza, agilidad y vigor suficiente para trepar la pared trasera.”

“Pero si trepas la pared trasera,” dijo Morag, “tan sólo llegarás a la Fosa de Agua Envenenada.”

“¿La Fosa de Agua envenenada?”

“Sí, la Fosa de Agua Envenenada,” dijo Morag. “El agua envenena la piel de cualquier criatura que trate de nadar a través de la Fosa.”

Flann se desanimó al escuchar sobre la Fosa de Agua Envenenada. Pero su mente estaba decidida a trepar el muro. “Quizás encuentre una manera de cruzar por el agua envenenada,” dijo él, “así que prepárame una tarta y dame provisiones para mi travesía.”

Morag le horneó una tarta, la envolvió en una servilleta y se la dio. “Lleva con ella mi bendición,” dijo ella, “y si escapas, ojalá que conozcas a alguien que sea una mejor ayuda para ti de lo que fui yo. Yo debo evitar que los veinticuatro gatos te vean mientras escalas el muro.”

“¿Y cómo harás eso?” preguntó Flann.

Ella le mostró lo que haría. Con una pieza de vidrio, hizo sombras de pájaros en la pared del establo. Ningún ave solía volar sobre la casa de Crom Duv, y los gatos se maravillaban con las apariencias que Morag hacía usando esa pieza de vidrio. Seis gatos miraban, luego otros seis vinieron, después seis más, y finalmente los seis que vigilaban el Serbal Encantado. Y los veinticuatro gatos amarillos se sentaron y miraron con ojos deseosos los pájaros aparentes que Morag producía en la pared del establo. Flann miró hacia atrás y la vio sentada en una piedra, y pensó que la Dama del Establo parecía solitaria.

Él trató con todo su vigor, toda su destreza y toda su fuerza, y por fin logró escalar la pared en la parte trasera de la casa de Crom Duv. Hizo un silbido para avisar a Morag que lo había conseguido. Luego siguió avanzando por un pequeño tramo de bosque, hasta llegar a la Fosa de Agua Envenenada.

El agua se veía muy desagradable. Terribles estacas sobresalían del lodo para perforar a cualquier criatura que tratara de saltar. Y por aquí y por allá había parches verdes de veneno, tan grandes como hojas de col. Flann se alejó de la Fosa. Saltarla le era imposible, y a nadar no se atrevía.

Y justamente cuando se retiraba, vio a una criatura que conocía acercarse al banco opuesto. Era Rory el Zorro. Rory llevaba en su boca la piel de un becerro. Depositó la piel sobre el agua y la empujó frente a él. Luego se sumergió en el agua y nadó con mucha precaución, siempre empujando la piel de becerro frente a él. Luego Rory trepó el banco donde se encontraba Flann, y la piel de becerro, completamente verde y arrugada, se hundió en el agua.

Rory estaba a punto de darle la espalda, cuando reconoció a Flann. “Amo,” dijo, y lamió el polvo del suelo.

“¿Qué estás haciendo aquí, Rory?” dijo Flann.

“No me preocuparía decirte, si prometes no decirle a ninguna otra criatura,” dijo Rory.

“No hablaré,” dijo Flann.

“Bien,” dijo Rory, “he mudado a mi pequeña familia hasta este lugar. Fui muy perseguido y mi familia no estaba segura. Así que nos mudamos aquí.” El zorro se dio la vuelta y miró el terreno detrás de él. “Va muy bien conmigo,” dijo, “ninguna criatura pensaría en cruzar esta fosa después de mí.”

“Bien,” dijo Flann, “explícame cómo eres capaz de cruzarla.”

“Lo haré,” dijo el zorro, “si prometes nunca cazarme a mí o a otro miembro de mi familia.”

“Lo prometo,” dijo Flann.

“Bien,” dijo Rory, “el agua envenena cualquier piel. La razón por la que empujé esa piel de becerro al atravesar, es porque quizás así retire el veneno del agua. El agua envenena cualquier piel. Pero por

donde haya pasado una piel, el veneno es absorbido por un rato, y una criatura viva puede cruzar detrás si es cuidadosa.”

“Te agradezco por mostrarme la manera de cruzar la Fosa,” dijo Flann.

“No me preocupa mostrarte,” dijo Rory el Zorro, y se fue a su madriguera.

Había pieles de venado y de becerro en ambos lados de la Fosa. Flann tomó una piel de becerro. La empujó dentro del agua con un palo. Nadó precavidamente detrás de ella. Cuando alcanzó el otro banco de la Fosa, la piel, completamente verde y arrugada, se hundió en el agua.

Flann saltó y se rio y gritó en cuanto se encontró en el bosque, lejos de la casa de Crom Duv. Así que continuó. Era maravilloso ver al Pájaro Carpintero martillando en las ramas, y también verlo parar, ocupado como estaba, tan sólo para decir “pasa, amigo.” Dos venados jóvenes se acercaron desde las profundidades del bosque. Eran demasiado jóvenes y demasiado inocentes para tener algo que decirle a él, pero se mantuvieron a su lado mientras recorría aprisa el Paso del Cazador. Saltó y gritó de nuevo cuando vio el río frente a él; el río que llamaban el Río del Amanecer en el banco derecho, o el Río del Lucero de la Mañana en el banco izquierdo. Se dijo a sí mismo, “Esta vez, juro que iré todo el trecho junto al camino del río. Una cosa que se mueve es mi deleite. El río es la cosa más maravillosa que he visto en mis viajes.”

Luego pensó que debería comer algo de la tarta que Morag le había horneado. Se sentó y la trozó. Luego, mientras comía, el pensamiento de Morag vino a su mente. Pensó en ella poniendo la tarta en el horno. Siguió avanzando un tiempo junto al río, pero entonces comenzó a sentirse sólo. Se dio la vuelta. “Iré a la casa de

Crom Duv,” dijo, “y le mostraré a Morag la manera de escapar. Y luego, yo y ella seguiremos el río, y yo no estaré sólo mientras ella me acompañe.”

Así que Flann fue de regreso al Paso del Cazador. Llegó a la Fosa de Agua Envenenada. Encontró una piel de venado y la empujó dentro del agua, y nadó cautelosamente a través de la Fosa. Escaló la pared, y cuando llegó a la cima, asomó su cabeza y vio a Morag. Ella estaba atenta a su regreso.

“Crom Duv no ha vuelto aún,” dijo ella, “pero oh, mi querido, mi querido, no podré evitar que los gatos amarillos te vean escalar el muro de regreso.”

Primero seis gatos vinieron, luego otros seis, y se sentaron mirando a Flann descender del muro. No le hicieron nada, pero en cuanto tocó el suelo, comenzaron a seguirlo a donde quiera que fuera.

“Cruzaste la fosa,” dijo Morag, “¿entonces por qué volviste?”

“Volví,” dijo Flann, “para llevarte conmigo.”

“Pero,” dijo ella, “no puedo abandonar la casa de Crom Duv.”

“Te mostraré cómo cruzar la fosa,” dijo él, “y ambos nos regocijaremos de andar junto al río en movimiento.”

Brotaron lágrimas de los ojos de Morag. “Iría contigo, mi querido,” dijo ella, “pero no puedo dejar a Crom Duv hasta haber conseguido aquello por lo que vine.”

“¿Y por qué cosa viniste, Morag?” dijo él.

“Vine,” dijo ella, “por dos de las bayas que crecen en el Serbal Encantado del patio de Crom Duv. Ahora sé que conseguir estas bayas es la tarea más difícil en el mundo. Ven conmigo,” dijo ella, “y si nos sentamos por el tiempo suficiente en la mesa de la cocina te contaré mi historia.” Se sentaron en la mesa y Morag le contó—



LA HISTORIA DE MORAG

IV

Fui criada en la casa de la Mujer Adivina con otras dos niñas, Baun y Deelish, mis hermanastras. La casa de la Adivina se encuentra en la cima de una colina, lejos de todos los lugares, y pocos pasaban por ahí.

Una mañana fui al pozo por agua. Cuando miré dentro de él vi, no mi propia imagen, sino la imagen de un joven. Jale mi cubeta llena de agua, y fui de regreso a la casa de la Adivina. Al medio día Baun fue al pozo por agua. Al volver, su cubeta estaba llena tan sólo a la mitad. Antes de que oscureciera, Deelish fue al pozo. Volvió sin su cubeta, pues se había caído y despedazado en el pozo.

Al día siguiente, Baun y Deelish tronzaron su cabello, y le dijeron a ella, que era como una madre adoptiva para las tres: “Nadie vendrá a casarse con nosotros en este lejano lugar. Iremos al mundo a buscar nuestra fortuna. Así que,” dijeron ellas, “hornea una tarta para cada una antes de que anochezca.”

La Adivina puso tres tartas a hornear. Cuando estuvieron listas, le dijo a Baun y Deelish: “¿Tomaría cada una la mitad de una tarta y mi bendición, o la tarta completa pero sin mi bendición?” Y cada una respondió, “la tarta entera será suficiente para nuestro viaje.”

Entonces cada una puso su tarta bajo su brazo, y emprendieron el camino colina abajo. Luego me dije a mí misma, “Estaría bien ir tras mis hermanastras, pues podrían encontrar infortunio en su camino.” Así que le dije a mi madre adoptiva, “Dame la tercer tarta del horno para que vaya tras mis hermanastras.”

“¿Llevarías contigo la mitad de la tarta y mi bendición, o la tarta entera sin mi bendición?” preguntó la Adivina.

“La mitad de la tarta y tu bendición, madre,” dije yo.

Ella cortó la tarta en dos con un cuchillo de mango negro, y me dio una mitad. Luego dijo:

Que del viejo mar

Las siete hijas—

Ellas, que tejen

Los hilos más largos de la vida

Luego puso sal en mi mano, y a la Pequeña Gallina Roja bajo mi brazo, y entonces me fui.

Continué andando hasta que tuve a la vista a Baun y Deelish. Justo cuando las alcancé, escuche que una le decía a la otra, “Esta

fea niña pecosa nos desgraciara si viene con nosotras.” Ataron mis manos y pies con una cuerda y me dejaron en el bosque.

Logré quitarme la cuerda de las manos y los pies, y corrí y corrí hasta que volví a tenerlas a la vista. Y cuando me acercaba a ellas escuché que una le decía a la otra, “Esta fea niña pecosa va a proclamar tener relación con nosotras a donde quiera que vayamos, y no conseguiremos que ningún hombre bueno se case con nosotras.” Entonces me tomaron de nuevo y me metieron en un horno de cal que había junto al camino, pusieron troncos y palos en la entrada, y piedras pesadas para detenerlos. Pero mi Pequeña Gallina Roja me mostró cómo podía salir del horno. Luego corrí y corrí hasta volver a encontrar a Baun y Deelish.

“Dejémosla venir con nosotros esta tarde,” le dijo una a la otra, “y mañana encontraremos alguna manera de deshacernos de ella.”

La noche se acercaba ya y tuvimos que buscar una casa donde poder refugiarnos. Vimos una choza lejos del camino y nos dirigimos a la puerta rota. Era la casa de las Brujas de Dientes Largos. Pedimos hospedaje. Nos mostraron una gran cama en el dormitorio, y nos dijeron que podíamos cenar en cuanto el potaje hubiera hervido.

Las tres Brujas se sentaron en torno al fuego con sus cabezas juntas. Baun y Deelish estaban en una esquina trenzando su cabello, pero la Pequeña Gallina Roja murmuró que yo debía prestar atención a lo que las Brujas decían. “Se las entregaremos a Crom Duv por la mañana,” dijo una. Y otra dijo, “Puse un alfiler adormecedor bajo la almohada de cada una, y no se despertarán.”

Cuando escuché esto, pensé lo que podríamos hacer para escapar. Le pedí a Baun que me cantara. Me dijo que lo haría si lavaba sus pies. Tomé una vasija con agua y lavé los pies de Baun, y mientras ella cantaba, las brujas asumieron que no les poníamos

atención, y yo cavilé sobre nuestro escape. Las Brujas colgaron una olla sobre el fuego, y las tres se sentaron en torno a él.

Cuando había lavado los pies de mi hermanastra, tomé una escoba y comencé a barrer el suelo de la casa. Una de las brujas estuvo muy satisfecha de verme hacer aquello. Dijo que yo podría ser una buena sirvienta, y después de un rato, me pidió que me sentara junto al fuego. Me senté en la esquina de la chimenea. Habían puesto la cena en el agua, y yo comencé a agitar con una cuchara. Luego, la Bruja que me había invitado junto al fuego dijo, “Te daré una buena porción de leche con tu potaje si te mantienes agitando eso por nosotras.” Esto era justamente lo que quería que me pidieran. Me senté en la esquina de la chimenea y me mantuve agitando el potaje mientras las Brujas dormitaban frente al fuego.

Primero, tomé un plato y saqué de la olla algo del potaje a medio cocinar. Éste lo dejé de un lado. Luego tomé la caja de sal que había en el estante de la chimenea y mezclé puños enteros de sal con el potaje que permanecía en la olla.

Cuando estuvo completamente cocinado, vacié el potaje en otro plato y llevé los dos platos a la mesa. Luego les dije a las Brujas que todo estaba listo. Ellas se acercaron a la mesa y nos dieron a mí y mis hermanas tres tazas de leche de cabra. Nosotras comimos del primer plato de potaje, y ellas comieron del segundo. “Por mi sueño de esta noche,” dijo una Bruja, “este potaje está muy salado.” “Para mi gusto tiene muy poca sal,” dijo mi hermanastra Deelish. “Está tan salado como las profundidades del mar,” dijo otra de las brujas. “Con todo respeto, madame,” dijo Baun, “pero yo no saboreo nada de sal en él.” Mis hermanastras eran tan sinceras que las brujas pensaron que estaban equivocadas, y se comieron su ración de potaje completa.

La cama fue preparada para nosotras, y las almohadas fueron colocadas en la cama, y yo sabía que bajo cada una había un alfiler adormecedor. Quería posponer el momento de ir a dormir así que comencé a contar historias. Baun y Deelish dijeron que la noche aún era joven, y que no debía contar historias cortas, sino la larga historia de la hija de Eithne Balor.⁷ Apenas había comenzado la historia cuando una de las brujas gritó que estaba siendo consumida por la sed.

Ella corrió al bebedero, pero no había agua ahí. Luego otra Bruja gritó que la sed la estaba estrangulando. La tercera dijo que no podría vivir otro minuto sin un trago de agua. Tomó una cubeta y se dirigió al pozo. Tan pronto como se fue, la segunda Bruja dijo que no podría esperar a que la otra volviera, y se fue detrás de ella. Después la que quedaba pensó que las otras tardarían demasiado platicando junto al pozo, y se fue detrás de ellas. Inmediatamente tome nuestras almohadas y las cambié por las de la cama de las Brujas.

Las Brujas volvieron con una cubeta medio llena, y nos ordenaron ir a dormir. Así que fuimos, y ellas se quedaron bebiendo tazas de agua. “Crom Duv estará aquí a primera hora de la mañana,” escuché que una decía. Fueron a recostarse y en un abrir y cerrar de ojos, ya estaban profundamente dormidas. En ese momento le conté a mis hermanastras lo que había hecho y por qué lo había hecho. Ellas se asustaron mucho, pero viendo a las Brujas tan dormidas, se tranquilizaron y pudieron dormir también.

Antes de que amaneciera, Crom Duv llegó a la casa. Fui afuera y vi al Gigante. Le dije que era la sirvienta de las Brujas, y que ellas aún dormían. Él dijo, “Ellas son mis ayudantes e invocadoras,

⁷ Hija de Balor, líder de los fomorianos, una raza supernatural de la mitología Irlandesa (N. del T.)

mis fermentadoras, cocineras y fabricantes de velas, y no tienen derecho a dormir hasta estas horas.” Luego se fue.

Sabía que las tres Brujas dormirían hasta que removiéramos las almohadas bajo sus cabezas. Las dejamos dormir mientras hacíamos un fuego y preparábamos nuestro desayuno. Luego, cuando estábamos listas para nuestro viaje, removimos las almohadas. Las tres Brujas despertaron entonces, pero nosotras ya estábamos en la puerta, y habíamos dado los primeros tres pasos de nuestro recorrido.

V

Sin accidente o infortunio, llegamos al fin a los dominios del Rey de Senlabor. Baun fue a cantar para las hijas adoptivas del Rey, y Deelish fue a trabajar en el pequeño telar que había en los aposentos del Rey. No llevábamos mucho tiempo en la corte del Rey de Senlabor cuando dos jóvenes de la corte del Rey de Irlanda llegaron —Dermott y Downal eran sus nombres. Había un famoso herrero de espadas con el Rey de Senlabor y estos dos habían llegado para aprender el oficio con él. Y mis dos hermanastras se enamoraron tan profundamente de los jóvenes que todas las noches, la almohada a cada uno de mis lados estaba mojada con sus lágrimas.

Yo fui a trabajar a la cocina del Rey. El Rey tenía una loza de trastes tan fina y con patrones tan bellos, que nunca dejaba que ésta fuera trasladada de la Cocina al Salón de Festines, o del Salón de Festines a la Cocina, sin que él mismo fuera supervisando detrás del sirviente que la cargara. Un día un sirviente la llevó a la cocina para que fuera lavada y el Rey iba detrás del sirviente. Yo tome la loza y la limpié con agua hervida tres veces, y la sequé con tres telas

distintas. Luego la cubrí con hierbas de olor dulce y la deposité en un cesto donde se hundía en fibras suaves. El Rey estaba tan satisfecho de ver el buen cuidado que le daba a sus trastes, que dijo frente a su sirviente que me haría cualquier favor que yo le pidiera. Ahí y entonces le dije sobre mis dos hermanastras, Baun y Deelish, y cómo ellas estaban enamoradas de los dos jóvenes Dermott y Downal, que habían venido de la corte del Rey de Irlanda. Le pedí que, cuando estos jóvenes buscaran esposa, el Rey se acordara de mis hermanastras.

El Rey se enfadó de gran manera antes mi petición. Declaró que los dos jóvenes tenían en su pecho las estrellas que denotan a los hijos de Reyes, y que él pretendía que se casaran con sus dos hijastras en cuanto ellas estuvieran en edad de casarse. “Puede ser,” dijo él, “que estos dos jóvenes traigan lo que mi Reina ha deseado por tanto tiempo —una baya del Serbal Encantado que está protegido en el jardín del Gigante Crom Duv.”

Al día siguiente, el Consejero del Rey estaba alimentando a los pájaros y yo desgranaba maíz. Le pregunté cuál era la historia Serbal Encantado que el Gigante Crom Duv cuidaba, y por qué la Reina deseaba tanto una baya de él. Ahí y entonces me contó esta historia:



LA HISTORIA DEL SERBAL ENCANTADO

La historia del Serbal Encantado (dijo el Consejero del Rey) comienza con Aine', hija de Mananaun, quien es Amo del Mar. Curoi, Rey de las Hadas de Munster amaba a Aine' y buscaba casarse con ella. Pero el deseo del corazón de la niña se había fijado en Fergus, quien era un mortal, y uno de los Fianna de Irlanda. Cuando Mananaun escuchó la propuesta de Curoi, y supo cuál era la inclinación del corazón de su hija, dijo, “dejemos que el asunto se resuelva de esta manera: organizaremos un partido de Hurling entre la Hadas de Munster y los Fianna de Irlanda, con Curoi como capitán de un lado y Fergus del otro, y si las Hadas ganan, Aine' se casara con Curoi, y si los Fianna tienen la victoria, ella tendrá mi permiso para casarse con este mortal Fergus.”

Así que un partido de Hurling se organizó para el primer día de Lunassa,⁸ y debía ser jugado a lo largo de la bahía del mar. El mismo Mananaun colocaría las porterías, y Aine' estaba ahí para ver el partido. Fue jugado desde el amanecer hasta la marea alta del medio día. Y ningún lado marcó un punto. Luego los jugadores pararon para comer un aperitivo que Mananaun había proveído.

Esto es lo que Mananaun había traído de su propio país, El Plano Nube de Plata: una rama de bayas de un rojo brillante. Quien quiera que comiera una de estas bayas, dejaría de sentir hambre y cansancio al instante. Las bayas debían ser comidas por los jugadores, dijo Mananaun, y ni una de ellas debía ser llevada al mundo de los mortales o al mundo de las Hadas.

Cuando pararon de jugar con la marea alta del mediodía, el mortal Fergus vio a Aine' por primera vez. Una pasión que jamás había sentido fluyó dentro de él con la vista de la hija de Mananaun. Olvidó comer la baya que le habían dado y la sujetó con su boca por el rabo.

Volvió al partido de Hurling y ahora era como un halcón entre pequeños pájaros. Curoi defendía la portería y repelía la pelota. Fergus la conducía de regreso a la portería; los dos campeones se enfrentaron y el bastón de Curoi, hecho con Cuerno de Rinoceronte, no pudo vencer el bastón de Fergus, hecho con madera de Fresno. Los invitados se hicieron a un lado, y dejaron el partido en manos de Fergus y Curoi. El bastón de Curoi lanzó la pelota hacia arriba; luego Fergus le dio un doble golpe, primero con el mango y luego con el extremo pesado del bastón, que la condujo, tan hermosamente como un ave en vuelo, entre las marcas de la

⁸ Festival galo que marca el inicio de la temporada de cosecha (N. del T.)

portería que Mananaun había puesto. El partido fue ganado por el punto que Fergus había marcado.

Los Fianna luego invitaron a las Hadas de Munster a un festín, que darían en honor a Fergus y a su prometida. Las Hadas fueron, y Mananaun y Aine' fueron delante de todos. Fergus marchó al frente de su tropa, sujetando aún la baya en su boca. Y mientras andaba, mordió el rabo y la baya cayó al suelo. Fergus nunca puso atención a aquello.

Cuando el festín había terminado, él fue a donde se encontraba Mananaun con su hija. Aine' le dio su mano.

“Y está bien,” dijo Conan, el Tonto de los Fianna, “que este insensato Fergus haya tirado finalmente la baya que llevaba en su boca.”

“¿Qué baya?” dijo Curoi, que se encontraba cerca.

“La baya de serbal,” dijo Conan, “que cargó a lo largo de dos pueblos como si fuera un pájaro.”

Cuando Mananaun escuchó esto, le preguntó a Fergus acerca de la baya que había cargado. No fue encontrada por ningún lugar. Luego los Fianna y las Hadas de Munster anduvieron de regreso para hallarla. Lo que encontraron fue un magnífico Árbol de Bayas. Había crecido a partir de la baya que Fergus había dejado caer, pero aún no había brotado ninguna baya de sus ramas.

Mananaun, en cuanto vio el árbol, dijo, “ningún mortal debe tomar de las bayas que crecen en él. Escuchen mi sentencia ahora. Fergus tendrá que vigilar este árbol hasta que consiga a uno que lo vigile por él. Y no podrá ver ni estar con Aine' su prometida hasta que encuentre a aquel que pueda cuidar del árbol mejor que él mismo.” Entonces, Mananaun envolvió a su hija con su capa y desapareció en la neblina. Las Hadas fueron en una dirección y los

Fianna en otra, y Fergus se quedó ahí, lamentándose, junto al Árbol de Bayas, el Serbal Encantado.

Al día siguiente (dijo Morag), cuando el Consejero del Rey estaba alimentando a las aves y yo estaba desgranando el maíz, me contó el resto de la historia del Serbal Encantado. Fergus pensó y pensó cómo podría dejar de vigilar el árbol, e ir con Aine', su prometida. Al fin, recordó a un gigante que vivía en una isla rocosa, con tan solo un rebaño de cabras como su posesión. Este Gigante le había rogado a Finn, el líder de los Fianna, por una pequeña tierra en Irlanda, incluso si se trataba de una porción minúscula. Finn se había rehusado. Pero ahora Fergus mandó llamar a Finn y le pidió que trajera al Gigante para que él fuera el guardián del Serbal Encantado, y para que le concediera la tierra alrededor del mismo. "Me disgusta entregarle al gigante Crom Duv cualquier porción de la tierra de Irlanda," dijo Finn, "pero no podemos rehusarnos a lo que pide Fergus."

Así es que Finn mandó a algunos de los Fianna con el Gigante, y lo encontraron en su isla de piedra con su rebaño de cabras. Crom Duv estaba recostado sobre su espalda, y se rio cuando los Fianna le comunicaron el mensaje. Luego los puso a ellos y a su rebaño de cabras en su gran bote y remó con ellos hasta Irlanda.

Crom Duv juró por su rebaño de cabras que cuidaría el Serbal Encantado hasta que las bayas rojas dejaran de brotar en sus ramas. Fergus dejó su lugar junto al árbol y entonces fue con Aine', y puede ser que ella y él aún se encuentren juntos.

Bien cuidaba Crom Duv el árbol, nunca yendo lejos de él, y durmiendo por las noches en sus ramas. Y un año llegó una vaca que se alimentó junto a su rebaño de cabras, y otro año llegó un toro.

Y este fue el comienzo de su gran rebaño de vacas. Se hizo cada vez más y más codicioso del ganado, dijo el Consejero del Rey, y ahora lo lleva a pasturas lejanas. Pero aun así, el Serbal Encantado está bien protegido. El Toro que es llamado el Toro del Montículo se mantiene vigilante, y veinticuatro fieros gatos amarillos cuidan el árbol noche y día.

La Reina de Senlabor y muchas otras mujeres desean una baya del Serbal Encantado que se encuentra en el patio de Crom Duv. Pues la mujer que es anciana y come una baya del árbol, rejuvenece, y la dama joven que come una baya, consigue toda la belleza que le corresponde. Y ahora, mi dama, me dijo el Consejero del Rey, te he contado la historia del Serbal Encantado.

Cuando escuché todo esto (dijo Morag), me hice a la idea de conseguir una baya para la Reina, y quizás otra baya más del Serbal Encantado del patio de Crom Duv. Cuando el Rey estuvo de nuevo en la cocina, le pregunté si permitiría que mis hermanas se casaran con Downal y Dermott si traía una baya del Árbol Encantado para su Reina. Dijo que de esa manera daría su permiso con gusto. Esa noche, cuando sentí las lágrimas de Baun y Deelish les conté que iría a buscar tal dote para ellas, que el Rey les permitiría casarse con los jóvenes de los que se habían enamorado. No creyeron que yo fuera capaz de hacer algo para ayudarlas, pero me dieron permiso de irme.

Al día siguiente le dije a la Reina que iría a buscar una baya del Serbal Encantado. Me dijo que si era capaz de traer una baya para ella, me daría todas las cosas que poseía. Dije adiós a mis hermanastras y con la Pequeña Gallina Roja bajo mi brazo, partí en dirección a la casa de las Brujas de Largos Dientes. Construí un

refugio y esperé a que Crom Duv fuera en aquella dirección. Una mañana muy temprano, él apareció. Me puse frente a él y le dije que quería servir en su casa.

Crom Duv jamás había tenido un sirviente en su casa. Pero le dije que debía tener una dama del establo y que yo era adecuada para cuidar de su ganado. Me dijo que lo siguiera. Vi al Toro del Montículo y me puse a pensar cómo haría para escapar con las bayas del Serbal Encantado. Luego vi los veinticuatro fieros gatos amarillos y me puse a pensar cómo haría para conseguir las bayas del árbol. Y luego me enteré de la Fosa de Agua Envenenada que está detrás de la pared de la Casa de Crom Duv. Y entonces ahora (dijo Morag), sabes por qué vine aquí y sabes lo difícil que es la tarea que me he puesto.

VI

Ahora que había escuchado acerca de la historia del Serbal Encantado, Flann miraba frecuentemente a los brotes de bayas color escarlata, que se encontraban en lo alto de las ramas. Flann sabía que el árbol podía ser trepado. Pero encima del árbol y a lo largo de sus ramas estaban los fieros gatos amarillos-los gatos que las Brujas de Dientes Largos habían criado para Crom Duv, pensando que eventualmente, él les daría una baya que las haría jóvenes de nuevo. Y a los pies del árbol había todavía más gatos. Y por todo el patio, los gatos salves de las Brujas se paseaban.

Las paredes en torno a la morada del Gigante estaban siendo construidas aún más altas por Crom Duv, asistido por su sirviente Flann. El ganado del Gigante había incrementado por muchas

cabezas, y Morag la dama del establo tenía mucho que hacer para mantener ordeñadas a las vacas. Día y noche, Morag y Flann escuchaban los bufidos del Toro del Montículo.

Un día, mientras Crom Duv se encontraba lejos con su rebaño, Flann y Morag se encontraban en el patio. Vieron a la Pequeña Gallina Roja erguirse, sacudir sus alas y mirarlos con un ojo brillante. “¿Qué nos quieres decir, mi Pequeña Gallina Roja?” dijo Morag.

“El Púca,” murmuró la Pequeña Gallina Roja. “El Púca monta un corcel portentoso, pero el Púca mismo es tímido y pequeño.” Luego, la Pequeña Gallina Roja reacomodó sus alas y fue a picotear por el patio.

“El Púca monta un corcel portentoso,” dijo Morag, “si el Púca monta un corcel portentoso, quizás podría llevarnos más allá de donde está el Toro del Montículo.”

“Y sí el Púca es tímido y pequeño, quizás podríamos tomar su corcel,” dijo Flann.

“Pero esto no nos dice cómo obtener bayas del Serbal Encantado,” dijo Morag.

“No,” dijo Flann, “no nos dice como obtener las bayas del árbol que protegen los gatos.”

Al día siguiente, Morag le dio algunos granos a la Pequeña Gallina Roja y le rogó por unas palabras. Después de un rato, la Pequeña Gallina Roja murmuró, “hay cosas que sé, y cosas que no sé, pero sí sé sobre aquello que crece cerca del suelo, y hay una cierta hierba, que si la arrancas y la pones alrededor del cuello de los gatos, no serán capaces de ver en la luz ni en la penumbra. Y

9 Criatura del folclor Celta, portadora de la buena y la mala fortuna. (N. del T.)

mañana es el día del Sowain,¹⁰ dijo la Pequeña Gallina Roja. Y no dijo más palabras. Se había puesto somnolienta y revoloteó para descansar bajo la mesa. Ahí continuó murmurando para sí misma —pues todas las gallinas murmuran— dónde escondieron los Hijos de Dana¹¹ sus tesoros— y esto lo saben porque fueron los Hijos de Dana quienes trajeron las gallinas a Irlanda.

“Mañana,” le dijo Morag a Flann, “sigue a la Pequeña Gallina Roja, y si ella hace cualquier señal al tocar una hierba que crece cerca del suelo, arranca esa hierba y tráela conmigo.”

Esa noche, Morag y Flann hablaron de El Púca y su portentoso corcel. En la noche de Sowain, la noche que antecedía los días verdaderamente cortos —El Púca monta a través de los patios y jardines, tocando cualquier fruto que aún permanezca sin cosechar, de manera que no conserve ningún sabor para el invierno. Las moras que estaban buenas un día antes, dejan de estarlo en Noviembre, porque el Púca las tocó durante la noche. Qué más hace el Púca, nadie realmente lo sabe. Es una criatura tímida como dijo la Pequeña Gallina Roja, y espera que la vista de su gran caballo negro, el sonido de su trote y de sus relinchidos, espanten a la gente lejos de su camino, pues tiene gran temor a ser visto.

Al día siguiente, la Pequeña Gallina Roja se quedó en el patio hasta que Crom Duv se fue con su rebaño. Flann comenzó a seguirla. Iba de aquí para allá, entre la casa y el muro trasero, recogiendo de pronto un grano de arena, una araña, una hormiga o una mosca. Y mientras avanzaba, la Pequeña Gallina Roja murmuraba una canción para sí misma:

10 Festividad Celta que marca el fin de la temporada de cosecha y el inicio del invierno. (N. del T.)

11 Una Diosa Madre Celta asociada con la Tierra. (N. del T.)

*Cuando el sueño cae sobre mí
Como al pájaro salvaje en su nido,
El viento que viene desde el Oeste:
Rompe la puerta, quizás
Y espanta a mi descanso
Cuando el sueño cae sobre mí
Como al pájaro salvaje en su nido.*

*El gallo es engreído con su cresta,
El búho de granero vuelve de su misión
Fija uno de sus ojos sobre mí
Y espanta a mi descanso
Cuando el sueño cae sobre mí
Como al pájaro salvaje en su nido.*

Flann vigilaba todo lo que la Pequeña Gallina Roja hacía. La vio ladear su cabeza y mirar por un instante una hierba que crecía cerca del suelo. Flann arrancó esa hierba y la llevó a Morag.

El ganado había vuelto, pero Crom Duv no. Morag ordeñó a las vacas y llevó toda la leche al interior de la casa, sin poner nada para que los gatos bebieran afuera. Seis gatos vinieron para tomar su cena en la cocina. Uno tras otro, saltaron a la mesa, cada uno más arrogante y engreído que el anterior. Cada gato bebió sin acceder a emitir un solo maullido. “Gato de mi corazón,” dijo Morag al primero, en cuanto había terminado de beber su leche. “¡Gato de mi corazón! Qué noble te verías con este rojo en torno a tu cuello.” Ella sostenía un pequeño collar al que había cosido un pedazo de la hierba. El primer gato le dirigió una mirada que decía, “bien, puedes ponérmelo.” Morag puso el pequeño collar rojo en su cuello y él saltó mesa abajo.

Hizo lo mismo con todos los otros gatos. Terminaban de beber su leche y Morag les enseñaba un collar de listón rojo. Ellos dejaban que se los pusiera en el cuello y luego saltaban de la mesa, más arrogantes y engréidos que antes.

Seis de los fieros gatos amarillos treparon en las ramas del Serbal Encantado; seis se quedaron en la cocina, seis fueron a la habitación de Crom Duv, y seis más marcharon en torno a la casa, cada tres en una dirección. Ningún sonido provenía de los gatos dentro o fuera. Morag arrojó una bola de algodón sobre el suelo, y ninguno de los gatos en la cocina dio señas de haberla visto. “La vista ya ha abandonado sus ojos,” dijo Morag.

“Entonces,” dijo Flann, “reparé el Serbal Encantado y bajaré dos bayas.”

“Asegúrate de bajar dos, mi querido” dijo Morag.

Fueron al patio y Flann comenzó a trepar el Serbal Encantado con gran agilidad, fuerza y destreza. Los gatos que estaban debajo de él lo sintieron pasar, y los que estaban arriba arquearon sus espaldas. Flann pasó la primera rama en la que un gato estaba agazapado. Siguió hacia donde las bayas se encontraban, y flexionándose, tomó dos de ellas y las sujetó con su boca.

Bajó rápidamente, con los gatos arrojando zarpazos contra él. Otros habían salido de la casa y estaban maullando y gruñendo en el patio. Sólo uno se había prensado del abrigo de Flann, y no se desprendía. “Ven a los árboles, ven a los árboles,” dijo Morag. “Debemos esperar entre la casa y el montículo a que pase el Púca.” Flann puso las dos bayas en la mano de Morag, saltaron sobre la cadena de la entrada y corrieron lejos de la casa del Gigante Crom Duv.

VII

Se internaron en el bosque, Flann y Morag, y la Pequeña Gallina Roja iba bajo el brazo de Morag. Pensaron que deberían esconderse detrás de árboles hasta escuchar el galopar del Púca y su caballo. Pero no avanzaron mucho cuando escucharon a Crom Duv yendo hacia su casa. Se dirigía hacia ellos con su lanza de acero en la mano. Flann y Morag corrieron. Luego, de un árbol a otro, Crom Duv los perseguía, gritando y rugiendo y destrozando ramas con su lanza de acero. Morag y Flann llegaron a un arroyo, y mientras corrían a lo largo del banco, escucharon el galopar y relinchar de un caballo que se acercaba a ellos. Ahí venía un gran caballo negro con una crin ondeante. “Alto, Púca,” dijo Flann en una voz amenazante. El caballo paró y el Púca, que era su jinete, se resbaló hasta la cola del caballo.

Flann sujetó la nariz del caballo y Morag subió a su lomo. Luego Flann saltó entre Morag y la cabeza del caballo. Crom Duv acababa de aparecer junto a ellos. “Arre, Púca, arre,” dijo Flann, y el caballo cabalgó a través del bosque como el viento de Marzo.

Entonces Crom Duv sopló el cuerno que cargaba sobre su pecho y el Toro del Montículo bufó en respuesta. Al pasar por el montículo, el Toro los embistió y sus cuernos hicieron volar la cola del caballo. El Toro se dio la vuelta y corrió tras ellos con su cabeza agachada y aire caliente emanando de su nariz. Y cuando ellos descendían, él ascendía, y cuando ellos ascendían, él descendía. Y un poco más atrás iba el mismo Crom Duv.

Entonces el aliento caliente del Toro alcanzó a Morag y Flann y al Púca. “¿Oh, qué debemos hacer?” dijo Morag al Púca que aún



Ahí venía un gran caballo negro con una crin ondeante.

colgaba de la cola del caballo, su pequeña cara retorcida por el terror.

“Pon tu mano en la oreja de mi caballo y arroja hacia atrás lo que encontrarás ahí,” dijo el Púca, sus dientes tiritando. Flann puso su mano en la oreja derecha del caballo y encontró una ramita de Fresno. La arrojó hacia atrás de ellos. Al instante, un espeso bosque apareció entre ellos y sus perseguidores. Escucharon al Toro embistiendo contra la espesura del bosque, y escucharon a Crom Duv gritando mientras golpeaba troncos y ramas en su camino. Pero el Toro y el Gigante lograron seguir su camino a través del bosque, y de nuevo comenzaron a ganar terreno al caballo del Púca. De nuevo, los alcanzó el aliento caliente del Toro.

“¿Oh, Púca, qué debemos hacer ahora?” dijo Morag.

“Pon tu mano en la oreja de mi caballo, y arroja hacia atrás lo que encontrarás ahí,” dijo el Púca, sus dientes tiritando de miedo mientras se mantenía sujeto a la cola de su caballo. Flann puso su mano en la oreja izquierda del caballo y encontró una burbuja de agua. La arrojó hacia atrás de ellos. Al instante, se desplegó un lago y conforme avanzaban, el lago crecía detrás de ellos.

Morag y Flann nunca supieron si el Gigante y el Toro se sumergieron en el lago, y si lo hicieron, si acaso habrían salido de él. Luego cruzaron el río que marcaba los límites del territorio de Crom Duv y estuvieron a salvo. Flann frenó al caballo y saltó al suelo. Morag saltó con la Pequeña Gallina Roja. Luego el Púca se balanceó hacia adelante y susurró algo al oído de su caballo. Al instante, sus pezuñas se encendieron en llamas y saltó colina abajo. Desde ese día hasta ahora, ni Morag ni Flann han vuelto a ver al Púca ni a su gran caballo negro.

“¿Sabes tú dónde nos encontramos, mi Pequeña Gallina Roja?” dijo Morag en cuanto el sol volvió a aparecer en el cielo.

“Hay cosas que sé y cosas que no sé,” dijo la Pequeña Gallina Roja, “pero sé que estamos cerca del lugar de donde partimos.”

“¿En qué dirección vamos para encontrar ese lugar, mi Pequeña Gallina Roja?” dijo Morag.

“En la dirección del sol,” dijo la Pequeña Gallina Roja. Así que Morag y Flann continuaron en la dirección del sol, y la Pequeña Gallina Roja brincoteaba junto a ellos. Morag tenía un bolso hecho con piel de nutria, y en él llevaba las dos bayas del árbol que Flann le había dado.

Fueron en dirección a la casa de la Mujer Adivina. Y mientras andaban, Morag le contó a Flann sobre la vida que llevaban ella y sus hermanastras al crecer, y Flann le contó a Morag acerca de las cosas que hacía mientras estuvo en la casa de la Mujer Adivina, tiempo después de que ella y sus hermanastras hubieran partido.

Ascendieron al sitio cubierto de arbustos donde se encontraba la casa de la Mujer Adivina, y la Pequeña Gallina Roja fue revoloteando y canturreando hasta la reja. La vieja cabra de la Adivina estaba de pie en el jardín, y sus cuernos se torcían hacia abajo, y su barba llegaba hasta sus rodillas y miraba a la Pequeña Gallina Roja. Luego la Pequeña Gallina Roja voló y se posó sobre su espalda. “Aquí estamos de nuevo, aquí estamos,” dijo la Pequeña Gallina Roja.

Y la Mujer Adivina salió a la puerta y vio a los recién llegados. Los cubrió de besos y los bañó en sus lágrimas, y los secó con trapos de seda y el cabello de su cabeza.

VIII

Flann le contó a la Mujer Adivina sobre sus aventuras. Y cuanto terminó de contarle todo, él dijo—“¿Qué Reina es mi madre, oh mi cuidadora?”

“Tu madre,” dijo la Mujer Adivina, “es Caintigern, la Reina del Rey de Irlanda.”

“¿Y no es mi madre Sheen, cuya historia me fue contada?”

“Su nombre fue cambiado a Cantigern cuando su esposo, que era llamado el Rey Cazador, se convirtió en el Rey de Irlanda y comenzó a reinar como el Rey Connal.”

“Entonces ¿quién es mi camarada al que llaman El Hijo del Rey de Irlanda?”

“Él también es Hijo del Rey Connal, nacido de una reina que murió cuando nació el niño, y quien era esposa del Rey Connal antes de que comenzara a errar por el mundo y conociera a Sheen, tu madre.”

Y cuando terminó de decir esto la Mujer Adivina, alguien vino y se detuvo en la puerta. Era una muchacha, y donde quiera que se parara, el sol brillaba sobre ella, y donde quiera que estuviera la brisa, soplabla para ella. Blanca como la nieve sobre un lago congelado era la muchacha, tan hermosa como las flores y tan vívidos como los pájaros eran sus ojos, mientras sus mejillas tenían el rubor rojizo de los zorros, y su cabello era la mezcla de cinco suaves pero brillantes colores. Miró a Flann felizmente, y sus ojos tenían la mirada amable que siempre había en los ojos de Morag. Y se acercó y se arrodillo, poniendo sus manos sobre las rodillas de él. “Soy Morag, Flann,” dijo ella.

“Morag sin duda,” dijo él, “¿pero qué es lo que te ha ocurrido?”

“Comí una baya del Serbal Encantado,” dijo ella, “y ahora tengo toda la belleza que me corresponde.”

Todo el día estuvieron juntos y Flann se alegraba de que su amiga fuera tan bella, y de que un ser tan bello fuera su amiga. Y le contó de sus aventuras en el Pueblo del Castillo Rojo y de la princesa Flama de Vino, y de su amor por ella. “Y si la amas todavía, yo nunca volveré a verte,” dijo Morag.

“Pero,” dijo Flann, “no podría amarla después de que ella se burlara de mí.”

“¿Cuándo se burló de ti?”

“Cuando le lleve el mensaje que la Mujer Adivina me pidió que le llevara.”

“¿Y cuál era el mensaje?”

“‘Pídele’, me dijo la Adivina, ‘que te de siete gotas de la sangre de su corazón —pues puede dártelas y vivir— de manera que se rompa el hechizo que pesa sobre los siete gansos salvajes y la madre que añora por ti, descanse al fin.’ Ese era el mensaje que la Mujer Adivina me pidió llevarle a Flama de Vino. Y a pesar de que le había dado espléndidos regalos, se río de mí cuando se lo comuniqué. Y por la manera en que se río, supe que era dura de corazón.”

“De cualquier manera, siete gotas de la sangre de un corazón son difíciles de dar,” dijo Morag tristemente.

“Pero la doncella que ama puede darlas,” dijo la Mujer Adivina que se encontraba detrás de ellos.

“Es cierto, madre,” dijo Morag.

Esa tarde, Morag dijo, “Mañana debo prepararme para mi viaje hasta la Reina de Senlabor. Tú, Flann, no debes venir conmigo. La Mujer Adivina ha enviado un mensaje a tu madre, y debes estar aquí

para recibirla cuando llegue. Les deseo un feliz encuentro a ti y a ella, oh, querido Flann. Y te dejaré un obsequio para que se lo entregues a ella. Así que mañana parto hacia la Reina de Senlabor con la baya del Serbal Encantado, y llevaré conmigo a mi Pequeña Gallina Roja como compañía, y permaneceré en aquel lugar hasta que mis hermanastras se hayan casado con Dermott y Downal, tus hermanos.”

Al día siguiente, cuando él entró en la casa, vio a Morag vestida para el viaje, pero sentada frente al fuego. Se veía pálida y enfermiza. “No te vayas hoy, Morag,” dijo él.

“Debo partir hoy,” dijo Morag. Puso su mano en un bolsillo de su vestido, y de él sacó un pañuelo recién tejido que estaba doblado. “Este es el obsequio para tu madre,” dijo ella. “Lo tejí para ella. Dáselo de mi parte después de que la hayas recibido.”

“Eso haré, querida Morag,” dijo Flann.

La Mujer Adivina vino y dio un beso de despedida a Morag, y luego dijo para ella un encanto para los viajes.

Que mi Plateada

Magia escudada

Vierta luz

Sobre tu camino.

Luego Morag puso a la Pequeña Gallina Roja bajo su brazo, y se dirigió afuera. “Te encontraré,” le dijo a Flann, “en el Castillo del Rey de Irlanda, pues es ahí a donde iré después de dejar a la Reina de Senlabor y a mis hermanastras. Bésame ahora. Pero si besas a cualquiera antes de volver a besarme a mí, me olvidarás. Recuerda esto.”

“Recordaré esto,” dijo Flann, y besó a Morag y dijo, “cuando llegues al Castillo del Rey de Irlanda podríamos casarnos.”

“Tú me diste la baya del Serbal Encantado,” dijo Morag, “y la baya me dio toda la belleza que me correspondía. ¿Pero de qué me serviría toda mi belleza si tú me olvidas?”

“Pero, Morag,” dijo él, “¿cómo podría yo olvidarte?”

Ella no dijo nada sino que avanzó sendero abajo, y Flann la vio alejarse y alejarse, hasta que sus ojos no la pudieron ver más.

LA MUJER ADIVINA



I

Aún hay muchas cosas que contarte, mi querido niño, pero poco tiempo para contártelas, pues los gansos ya vuelan sobre la casa, y cuando hayan pasado todos, no tendré más que decir. Y todavía debo contarte cómo el Hijo del Rey de Irlanda volvió a casa con Fedelma, la hija del Hechicero, y cómo es que los Siete Gansos Salvajes que eran los hermanos de Caintigern, se libraron de su encanto y recuperaron su forma humana. Pero sobre todo, debo contarte el final de la historia que comenzó en la casa del Gigante Crom Duv –la historia de Flann y Morag.

Los gansos ya están volando sobre la casa, como dije. Y así también, volaban durante la noche en que el Hijo del Rey de Irlanda y Fedelma, a quien había rescatado de la Tierra de Neblina, se encontraban en la casa del Pequeño Sabio de la Montaña. Esa noche, el Pequeño Sabio les contó de qué ave era el ala que techaba su casa. Esa era una historia fantástica. Y les contó también acerca del siguiente lugar al que debían ir –la casa de la Mujer Adivina. Ahí, según dijo, encontrarían gente que conocían –Flann, el camarada del Hijo del Rey, y Caintigern, la esposa del Rey de Irlanda, y a la hermana de Fedelma, Gilveen.

Por la mañana, el Pequeño Sabio de la Montaña, los acompañó colina abajo, al lugar donde Fedelma y el Hijo del Rey conseguirían un caballo con el cual cabalgar a la casa de la Mujer Adivina. El

Pequeño Sabio les contó acerca de la gente de la que venía la Mujer Adivina, y por qué ella vivía entre los pobres y los tontos, sin un gran nombre, ni esplendor ni riquezas. Y esa también era una historia maravillosa.

Ahora, mientras los tres iban junto al río, vieron a una muchacha del otro lado, que venía caminando desde el lugar al que ellos iban. La muchacha cantaba para sí misma mientras andaba, y el Hijo del Rey, Fedelma y el Pequeño Sabio de la Montaña escucharon lo que cantaba:

*Una baya, una baya, una baya roja de serbal
Una baya roja de serbal trajo mi belleza y mi amor.*

*Pero gotas de sangre de mi corazón,
Gotas de sangre de mi corazón.
Siete gotas de sangre de mi corazón tuve que entregar.*

*Siete gansos salvajes eran hombres,
Siete gansos salvajes eran hombres,
Siete gotas de sangre de mi corazón están ahí para su hechizo.*

*Un beso para mi amado, un beso para mi amado,
Que su beso no vaya a nadie hasta que me encuentre otra vez.
Pues si a alguien besa, si a alguien besa,
Podrá encontrarme, podrá encontrarme, y no recordarme.*

La muchacha en el otro banco del río pasó de largo, y el Hijo del Rey y Fedelma con el Pequeño Sabio de la Montaña, llegaron al prado donde se encontraba el caballo. Parecía un caballo pesado y

lento. Pero en cuanto lo montaron, encontraron que tenía las tres cualidades de un corcel de Finn –un veloz galope hacia las colinas, el sigilo de un zorro, suave y orgulloso sobre el llano, y el saltó del venado sobre los obstáculos. Desearon salud y buena suerte al Pequeño Sabio de la Montaña, y en el caballo que éste les dio, cabalgaron a la casa de la Mujer Adivina.

II

Cuando Fedelma y el Hijo del Rey de Irlanda llegaron a la casa de la Mujer Adivina, la primera persona que encontraron no fue otra que Gilveen, ¡la hermana de Fedelma!

Ella se acercó a donde ataron a su caballo, y sonrió para Fedelma y el Hijo del Rey. Y fue ella quien les dio la primera bienvenida. “Se estarán preguntando cómo llegué yo aquí,” dijo Gilveen, “y les diré sin gastar luz de una vela. Yo misma y mi hermana Aefa nos presentamos en la corte del Rey de Irlanda, después de que tú, mi hermana, te hubieras ido con el afortunado hombre de tu elección. Y en cuanto a Aefa, ella ha sido afortunada también en encontrar una pareja, y ahora esta casa con Maravaun, el Consejero del Rey. He estado con Caintigern la Reina. Y ahora la Reina está en la casa de la Mujer Adivina con el joven Flann, y está deseosa de darles una cálida bienvenida a ustedes dos. Y si se sientan junto a mí en el pasto de esta zanja, les contaré la historia completa de la primera hasta la última sílaba.”

Se sentaron juntos, y Gilveen le contó a Fedelma y al Hijo del Rey la historia. La Adivina había mandado un mensaje a la Reina Caintigern para comunicarle que tenía noticias sobre su

primogénito. Entonces, Caintigern fue a visitar a la Adivina, y Gilveen, como su dama de compañía, fue también. Encontró ahí a Flann, quien había sido conocido antes como Gilly de la Piel de Cabra, y lo reconoció como el hijo que le había sido robado al nacer. Flann le dio a su madre un obsequio, que a él le fue entregado por una mujer joven. El obsequio era un pañuelo que contenía siete gotas de sangre de su corazón. La Adivina le dijo a la Reina que estas siete gotas, desencantarían a sus hermanos, quienes habían sido transformados en siete gansos salvajes.

Y mientras Gilveen les contaba todo esto, Flann salió a ver de quién era el caballo que había llegado, y grande fue su alegría cuando encontró a su camarada, el Hijo del Rey de Irlanda. Sabían ahora que ambos eran hijos del mismo padre, y se abrazaron como hermanos. Y Flann tomó la mano de Fedelma, y le contó a ella y al Hijo del Rey de su amor por Morag. Pero mientras hablaba de Morag, Gilveen se retiró.

Luego Flann los condujo a la casa de la Adivina, y la Reina que estaba sentada frente al fuego, se levantó y les dio la bienvenida. La expresión con que miró al Hijo del Rey era amorosa y lo llamó por su nombre de niño. Dijo también que estaba muy agradecida de que él y Flann, su hijo, fueran buenos camaradas, y rezaba porque lo fueran siempre.

Fedelma y el Hijo del Rey descansaron por un día. Luego, la Adivina dijo que la Reina trataría a la noche siguiente —que era noche de luna llena— de traer de regreso a sus siete hermanos a sus formas originales. La Adivina dijo también que la Reina y ella misma debían estar a solas en la casa, y que el Hijo del Rey junto con Flann, Fedelma y Gilveen, debían marcharse rumbo al Castillo

del Rey de Irlanda, con MacStairn el Leñador, y esperar a la Reina en un sitio que se encontraba a un día de viaje.

Así es que el Hijo del Rey, Flann, Fedelma y Gilveen se despidieron de la Reina, de la Adivina y de la casa, y comenzaron su viaje hacia el Castillo del Rey junto con MacStairn el Leñador, quien pasó a su casa, llevando en sus manos una gran hacha.

Por la noche, MacStairn construyó dos refugios para ellos—uno cubierto con ramajes verdes para Fedelma y Gilveen, y otro cubierto con césped para Flann y el Hijo del Rey. Flann reposaba cerca de la entrada de su refugio. Y durante la noche, cuando el único movimiento del bosque era ese de las hojas susurrando a la Gente Secreta, Gilveen se levantó y fue al otro refugio, y en él, susurró el nombre de Flann. Él se despertó, y pensando que Morag había vuelto a él (pues había estado soñando con ella), extendió sus brazos, tomó a Gilveen y acercándola a él, la besó. Luego Gilveen corrió de regreso a su propio refugio. Y Flann no supo si había despertado o si seguía soñando.

Pero cuando despertó al día siguiente, ningún pensamiento acerca de Morag quedaba en su mente. Y cuando el Hijo del Rey cabalgó junto a Fedelma, él cabalgó con Gilveen. Más adelante, Gilveen le dio una bebida para hechizarlo, de manera que él pensara en ella noche y día.

Ni Fedelma ni el Hijo del Rey sabían lo que había ocurrido con Flann. Ellos mencionaban el nombre del que tantas veces había hablado antes —el nombre de Morag, pero parecía como si no tuviera ningún significado para él. A mediodía, se detuvieron para esperar a la Reina, con o sin sus siete hermanos. Flann y Gilveen estaban siempre juntos. Y Gilveen no paraba de sonreír.

III

Cuando Caintigern había venido, cuando supo sobre su hijo Flann, y cuando supo junto con la Adivina que el obsequio que Morag había dejado para ella, contenía las siete gotas de sangre de su corazón que devolverían sus formas humanas a los siete gansos salvajes que eran los hermanos de Caintigern —cuando todo esto se supo, la Adivina mandó a su más secreto mensajero a los pantanos, para que diera aviso a los siete gansos, y que supieran que debían volar a su casa en la noche de la luna llena. Su mensajero era la codorniz. Ella viajó noche y día, volando suavemente sobre las praderas. Se ocultó al borde de los pantanos y pasó su mensaje a los siete gansos salvajes. Por fin ellos escucharon lo que les decía. El día anterior a la noche de luna llena, los siete gansos volaron juntos rumbo a la casa de la Mujer Adivina.

Nadie estaba en la casa más que Caintigern la Reina. La puerta había sido dejada abierta para que entrara la luz de la luna. Los siete gansos salvajes descendieron y esperaron fuera de la puerta, agitando sus cabezas y sus alas bajo la luz de la luna llena.

Luego, Caintigern se levantó y tomó del pan que la Adivina había preparado. Lo humedeció en su boca, y en cada pieza de pan humedecido, puso un trozo del pañuelo que contenía las gotas de sangre. Extendió su mano, entregando el pan a los gansos. El primero en comer cayó al suelo de la casa de la Mujer Adivina, su cabeza tendida en el piso. Su hermana lo vio después como un hombre de rodillas, con sus brazos sujetos detrás de la espalda como si estuvieran atados. Y cuando vio hacia afuera, vio a los otros también como hombres de rodillas, con sus cabezas agachadas y sus brazos detrás. Luego, Caintigern dijo, dando a la Adivina su

nombre secreto, “¡Oh Grania Oi, permite que mis hermanos se transformen de nuevo en hombres!” Cuando dijo esto, vio a la Adivina acercándose desde el patio. La Adivina agitó sus manos sobre las figuras arrodilladas. Se irguieron como hombres —como desnudos hombres grises.

La Adivina le dio a cada uno un atuendo, y los siete entraron en la casa. Estuvieron de pie y no sentados, y por mucho tiempo no tuvieron habla. Su hermana se arrodilló frente a cada uno, y humedeció sus manos con lágrimas. Pensó que los vería como niños o como jóvenes, pero ahora eran adultos y habían pasado la plenitud de sus vidas.

Permanecieron en la casa y el habla volvió a ellos. Luego desearon volver a casa de su padre, pero Caintigern no podía soportar que la abandonaran. Al final, cuatro de sus hermanos fueron, y tres se quedaron con ella. Ellos irían junto con ella al Castillo de su esposo, y los otros llegarían también ahí, una vez que hubieran ido con su padre. Y un día Caintigern dijo adiós. La gratitud que sentía por la Mujer Adivina, dijo que también la tendría por la doncella que había dado el obsequio tan preciado a Flann. Y rezaba porque Morag pudiera ir pronto al Castillo del Rey.

Partió con sus tres hermanos al lugar donde Flann, el Hijo del Rey, Fedelma y Gilveen los esperaban. Un herrero vistió caballos para todos ellos, y cabalaron hacia el Castillo del Rey de Irlanda, con MacStairn yendo por delante para anunciar su llegada.

El Rey de Irlanda esperaba en la piedra donde los jinetes de su Castillo desmontaban, y su mayordomo, su Consejero y su Druida estaban junto a él. Él desmontó a su esposa de su caballo, y ella lo llevó a Flann. Y cuando el Rey vio en los ojos de Flann, supo que él era su hijo, e hijo de Sheen, ahora conocida como Caintigern. Le dio

a Flann la cálida bienvenida de un padre. Y luego la Reina lo llevó con sus tres hermanos, quienes habían sido retirados de la compañía humana desde antes de que él la conociera. Y lo llevó con el joven que siempre fue conocido como el Hijo del Rey de Irlanda, y su padre lo abrazó tras volver del camino del peligro.

Y luego el Hijo del Rey llevó a su padre con Fedelma, y le dijo que ella era su amada y quien sería su esposa. Y el Rey dio a Fedelma la bienvenida. Luego Gilveen dijo, “hay un secreto entre este joven, Flann, y yo misma.”

“¿Cuál es el secreto?” dijo la Reina, poniendo sus manos de pronto sobre los hombros de Gilveen.

“Que soy su prometida,” dijo Gilveen.

La Reina fue con su hijo y dijo, “¿Qué no recuerdas a Morag, Flann, quien te dio el obsequio que me entregaste a mí?”

Y Flann dijo, “¡Morag! Creo que la Adivina dijo su nombre en alguna historia.”

“Yo soy la prometida de Flann,” dijo Gilveen, sonriendo hacia él.

“Sí, mi prometida,” dijo Flann.

El Rey dio la bienvenida a Gilveen también, y todos fueron al Castillo. Le dijo a su esposa que tenía mensajes del Rey de Senlabor, acerca de sus otros hijos, Dermott y Downal, informando que estaban haciendo buen nombre por sí mismos, y que todo lo que hacían era digno de los hijos de un Rey. En el Castillo, Fedelma vio a Aefa, su otra hermana. Aefa estaba tan orgullosa de sí misma desde que se casó con Maravaun el Consejero del Rey, que difícilmente hablaba con otras personas. Le dio a su hermana la punta de sus dedos y se inclinó muy levemente frente a los dos jóvenes. El Rey cuestionó a su Druida respecto a cuándo debería celebrar las bodas en su castillo, y el Druida dijo que no sería bueno hacerlo antes de la próxima luna llena.

IV

En cuanto a Morag, ella fue por el camino y sendero, por los vadados en los ríos y sobre piedras que los cruzaban, hasta que finalmente llegó a Senlabor y al Castillo del Rey.

Nadie de alto rango estaba en el Castillo, pues todos habían ido a ver a los corceles jóvenes ser domesticados en el río; el Rey y la Reina se habían ido, y las hijastras del Rey; y las doncellas del Castillo, Baun y Deelish se habían ido también. El Consejero del Rey se había ido igualmente. Morag fue y esperó en la cocina, y las damas que había ahí no la reconocieron, ya sea porque eran nuevas y no había escuchado acerca de ella, o porque había cambiado mucho después de comer la baya del Serbal Encantado, de manera que nadie supo que se trataba de Morag, quien antes había trabajado en la cocina limpiando trastes.

Fue Breas el Mayordomo del Rey quien se acercó a ella para preguntarle quién era. Ella le dijo. Luego Breas la miró agudamente y descubrió que efectivamente era Morag, quien antes había trabajado en la cocina del Rey. Luego dijo en voz alta, “Antes de irte, rompiste los trastes que el Rey veía como su tesoro especial, y por esto, serás encerrada en la Casa de Piedra. Yo, que tengo el poder en este asunto, ordeno que así sea.” Luego, dijo a su oído, “Pero algunos besos y palabras dulces harán que quiera salvarte.”

Morag, alzando la voz, lo llamó por el nombre cruel con que lo llamaban los sirvientes entre sus murmulos. Pero los sirvientes, frente a Breas, actuaron como que se escandalizaban. Fueron hacia Morag y la golpearon con las escobas que tenían para barrer el suelo.

Justo en ese momento, Baun y Deelish, entraron en la cocina. Al verla, la reconocieron. Hablaron con ella en voz baja, pero

con enojo, diciendo que ellas no habían querido que se fuera en la búsqueda que había emprendido, pero, como se había ido, era una pena que hubiera vuelto, pues se había comportado de mala manera, y ellas que eran sus hermanastras, seguramente serían maltratadas; le dijeron también que antes de que volviera, ellas eran apreciadas por todos, e incluso que Breas había ordenado que un lugar sombreado se les facilitara para mirar los deportes de caballo, y que habían logrado ver a los dos jóvenes que amansaron los caballos, Dermott y Downal.

“Es de gran beneficio para ustedes que haya vuelto,” dijo Morag, “y deberé pedirle a alguna de ustedes que haga algo por mí. Tú, Baun, canta para las hijastras del Rey. Antes de que duerman esta noche, pídeles que le digan a la Reina que Morag ha vuelto, y que tiene algo para ella.”

“Trataré de recordar eso, Morag,” dijo Baun.

Morag fue llevada a la Casa de Piedra por guardianas fuertemente armadas, y Baun y Deelish lloraron sin acercarse a ella.

Esa noche, las hijastras del Rey estuvieron despiertas por largo tiempo, y después de que Baun hubiera cantado para ellas, le pidieron que les contara lo que había ocurrido en el Castillo. Entonces Baun recordó el tumulto que había surgido en la cocina cuando se pronunció el mal nombre de Breas. Les dijo a las hijastras del Rey que Morag había vuelto. “Ella fue criada en la misma casa que nosotros,” dijo Baun, “pero no es hija de los mismos padres.” Y luego agregó, “si sus Amables Majestades pueden recordar, díganle a la Reina que Morag ha vuelto.”

Al día siguiente, cuando estaban paseando con la Reina, una de las hijastras del Rey dijo, “¿sabías acerca de una dama llamada Morag? Escuché que había partido de aquí y que ahora ha vuelto.”

“¿Cuál fue su fortuna?” dijo la Reina.

“No hemos escuchado eso,” dijo la que había hablado.

La Reina fue a donde se encontraban Baun y Deelish, y de ellas supo que Morag había sido colocada en la Casa de Piedra, bajo el cargo de romper los trastes del Rey, antes de partir del Castillo. La Reina sabía que los trastes habían estado a salvo después de la partida de Morag. Fue con el Mayordomo del Rey y lo acusó de haber roto él mismo los trastes del Rey, y Breas admitió que había sido así. De esa manera, perdió su rango y se convirtió en el menos amado y más despreciable sirviente de todo el Castillo.

La Reina fue a la Casa de Piedra y sacó de ahí a Morag. Le preguntó a Morag cómo había sido su suerte y entonces Morag puso la Baya de Serbal en la mano de la Reina. Se apresuró a sus aposentos y la comió, y su belleza y juventud volvieron a ella, y el Rey que se había apartado, volvió a amar a la Reina.

Entonces Morag ganó gran honor en el Castillo y la Reina le pidió que nombrara el mayor favor que pudiera imaginar a cambio. Y el favor que solicitó Morag fue el matrimonio de sus hermanastras con los dos jóvenes que ellas amaban, Downal y Dermott, de la corte del Rey de Irlanda.

Cuando la Reina escuchó esto, trajo finas ropas de sus armarios, para dárselas a Baun y Deelish. Cuando se hubieron vestido en estas ropas, la Reina mandó llamar a los dos jóvenes. Downal y Dermott se enamoraron de las hermanastras de Morag, y el Rey indicó un día para que las parejas se casaran.

Morag aguardó a ver las bodas, y el Rey y la Reina hicieron un gran festejo. Hubo setecientos invitados en la mesa corta, ochocientos en la mesa larga, novecientos en la mesa redonda, y mil en el gran salón. Yo estuve ahí, y escuché toda la historia. Pero no

conservé ningún regalo excepto por unos zapatos de papel y frascos de mantequilla, y estos me lo robó un pastor cuando cruzaba las montañas.

Pero Morag obtuvo mejores regalos, pues la Reina le dio tres regalos –unas tijeras que cortan por sí mismas, una madeja de hilo que se introduce sola en las agujas, y una aguja que cose por sí misma.

V

Morag, con tres regalos de la Reina de Senlabor, volvió de nuevo a la casa de la Mujer Adivina. Su Pequeña Gallina Roja estaba en el patio, y ella revoloteó para saludarla. Pero no había otra señal de vida en el lugar. Luego, más abajo junto al arroyo, encontró a la Adivina lavando ropa. Estaba de pie en las piedras del medio, aplaudiendo con sus manos como si estuvieran en aprietos. “Oh, Morag, mi hija Morag,” gritó la Adivina, “¡hay señales en la ropa, hay señales en la ropa!”

Después de un rato, dejó de gritar y aplaudir, y salió del arroyo. Le mostró a Morag cómo en todas las prendas que había lavado para ella, un hoyo había aparecido, justo por encima del lugar donde iría el corazón. Morag palideció cuando vio esto, pero se mantuvo firme y no se desvaneció. “¿Debería ir al Castillo del Rey, madre?” dijo ella.

“No,” dijo la Adivina, “más bien a la choza de leñador que está junto al Castillo del Rey. Y lleva contigo a tu Pequeña Gallina Roja, hija mía,” dijo ella, “y no olvides los tres presentes que te dio la Reina de Senlabor.” Luego la Adivina se levantó y dijo la bendición para el viaje de Morag:

*Que el Antiquo
Al que las Mujeres Encantadas nutrieron
Durante siete épocas,
Te traiga siete
Olas de fortuna*

Morag le hizo una reverencia de despedida, y comenzó su camino con la Pequeña Gallina Roja bajo su brazo, y los tres regalos de la Reina de Senlabor en su bolso.

Morag anduvo y anduvo, desde el primer parpadeo del día, hasta la boca de la noche, durante tres recorridos del sol, y por fin tuvo a la vista el Castillo del Rey de Irlanda. Le preguntó a un niño con su perro por la choza de MacStairn el Leñador, y éste le indicó el camino. Llegó a la choza y encontró ahí a la esposa de MacStairn. Le dijo que era una muchacha que viajaba sola y buscaba refugio. “Puedo darte refugio,” dijo la esposa de MacStairn, “y puedo conseguirte ingresos, pues hay mucho trabajo de costura que hacer en esta temporada.” Morag le preguntó cuál era la razón para eso, y la esposa del leñador le contó que dos parejas del Castillo se casarían pronto. “Uno es el joven al que siempre hemos llamado el Hijo del Rey de Irlanda. Él se casará con la doncella llamada Fedelma. El otro es un joven que también es hijo del Rey, pero que había desaparecido por largo tiempo. Flann es su nombre. Y él se casará con una damisela llamada Gilveen.”

Al escuchar esto, sintió como si un cuchillo hubiera sido clavado y torcido en su corazón. Dejó que la Pequeña Gallina Roja descendiera de su brazo. “Yo podría coser la vestimenta que la damisela Gilveen vaya a usar,” dijo ella, y se sentó en una piedra

afuera de la choza del leñador. La esposa de MacStairn entonces mandó avisar al Castillo que en su choza había quien podría coser las vestimentas que Gilveen le enviara.

Al día siguiente, con un sirviente caminando detrás, Gilveen se presentó en la choza del leñador con una canasta de telas y patrones. La canasta fue depositada en el suelo y Gilveen comenzó a decirle a la esposa de MacStairn cómo quería que fueran cortadas, cosidas y confeccionadas sus prendas. Morag tomó la tela carmín y dejó que sus tijeras —las tijeras que le había regalado la Reina de Senlabor— la recorrieran. Así cortaron el patrón exactamente. “Qué magníficas tijeras,” dijo Gilveen. Se detuvo donde Morag estaba sentada, en la piedra fuera de la casa del leñador, y tomó las tijeras en sus manos. Las examinó. “No te las puedo devolver,” dijo ella. “Dámelas, y te dejaré tener cualquier favor que me pidas.”

“Como deseas que te pida un favor,” dijo Morag, “te pido que me dejes sentar en la cena esta noche, a solas con el joven con el que te casarás.”

“Eso no me hará ningún daño,” dijo Gilveen. Se retiró llevándose las tijeras y sonriendo para sí misma.

Esa noche, Morag fue al Castillo y se presentó a la mesa en la cena, donde Flann estaba sentado a solas. Pero Gilveen había puesto una pócima somnífera en la copa de Flann, por lo que ni vio ni reconoció a Morag cuando se sentó a la mesa. “¿Recuerdas, Flann,” dijo ella, “cómo solíamos sentarnos a la mesa para cenar en la casa de Crom Duv?” Pero Flann no la escuchaba, ni la veía, y entonces Morag se retiró.

VI

Al día siguiente, Gilveen fue a la choza del leñador, para ver a Morag coser la tela que ya había cortado. El hilo se introdujo por sí mismo en la aguja. “Qué magnífica madeja de hilo,” dijo Gilveen, tomándola. “No puedo devolvértela. Pídeme un favor a cambio de ella.” “Ya que me dices que pida un favor,” dijo Morag, “te pido que me dejes sentar en la cena esta noche, a solas con el joven con el que te casarás.” “Eso no me hará ningún daño,” dijo Gilveen. Tomó la madeja de hilo y se fue sonriendo.

También esa noche, Morag fue al Castillo y se presentó a la mesa en la cena, donde Flann estaba sentado a solas. Pero nuevamente, Gilveen había puesto una pócima somnífica en la copa de Flann, por lo que él no vio ni reconoció a Morag. “No recuerdas, Flann,” dijo ella, “la historia de Morag que yo te conté desde el otro lado de la mesa, al cenar en la casa de Crom Duv?” Pero Flann no dio señas de reconocerla, y luego Morag tuvo que irse.

Al día siguiente, Gilveen fue a ver cómo hacía Morag los bordados rojos sobre la vestimenta blanca. Al poner su aguja sobre la tela, ésta bordó el patrón por sí misma. “Ésta es la cosa más maravillosa de todas,” dijo Gilveen. Se reclinó y tomó la aguja con su mano. “No puedo devolvértela,” dijo ella, “y tendrás que pedirme un favor que te recompense.”

“Si debo pedir un favor,” dijo Morag, “el único favor que te pediría es que me dejes sentar en la cena esta noche, a solas con el joven con el que te casarás.”

“Eso no me hará ningún daño,” dijo Gilveen. Tomando la aguja se fue sonriendo. Morag fue al Castillo nuevamente esa noche, pero esta vez llevaba consigo a la Pequeña Gallina Roja. Esparció granos

sobre la mesa y la Pequeña Gallina Roja los recogió. “Pequeña Gallina, Pequeña Gallina Roja,” dijo Morag, “él también dormía cuando di las siete gotas de sangre de corazón por su madre.”

La Pequeña Gallina Roja voló hacia la cara de Flann. “Siete gotas de sangre de corazón, siete gotas de sangre de corazón,” repetía la Pequeña Gallina Roja, y Flann escuchó las palabras.

Abrió los ojos y vio a la Pequeña Gallina Roja en la mesa, y supo que le pertenecía a alguien que él conoció. Morag, al otro extremo de la mesa, lo miraba extraña y oscuramente. Pero él tiró migajas sobre la mesa y la Pequeña Gallina fue a comer de ellas, y mientras él la miraba recoger las migajas, la memoria de Morag volvió. Luego la vio. La reconoció como su amada y prometida, y fue hasta ella a preguntarle cómo es que había desaparecido de su mente por tanto tiempo. “Te diré cómo es que me olvidaste,” dijo ella, “fue porque le diste un beso a Gilveen, y por el encanto que pudo ponerte gracias a ese beso.”

Había tristeza en la cara de Morag mientras decía esto, pero la tristeza se desvaneció como se desvanecen las nubes delgadas de la cara de la luna en el cielo, y Flann vio a su camarada de la casa de Crom Duv, y a su hermosa amiga de la casa de la Mujer Adivina. Se besaron en ese momento, y todos los encantos se desvanecieron, excepto el encanto del amor, y se sentaron tomados de la mano hasta que la leña del fuego junto a ellos se hizo carbón, y hasta que el carbón se hizo cenizas, y todo el tiempo que pasó, les pareció, duró tan sólo el corto tiempo que un guardia afuera tardó en ir de una puerta a la otra.

Gilveen entró en la habitación y vio a Flann y a Morag darse un beso de verdadero amor. Se fue de ahí. Pero al día siguiente fue con el Mayordomo del Rey, Art, quien antes le había propuesto

matrimonio, pero a quien ella había rechazado porque Aefa, su hermana, se había casado con uno de mayor rango —así que fue con Art y le dijo que no se casaría con Flann ya que había descubierto que tenía una querida de clase baja. “Y estoy lista para casarme contigo, Art,” dijo. Y Art se sintió complacido, y él y Gilveen dejaron el Castillo para ir a casarse.

Y después vino el día en que Fedelma y el Hijo del Rey de Irlanda, y Morag y Flann se casaron. Fueron comprometidos en el Círculo de Piedras por los Druidas que invocaron sobre ellos los poderes del Sol, la Luna, la Tierra y el Aire. Fueron casados el mediodía, y tuvieron su festín por la noche, cuando las velas de cera fueron encendidas alrededor de las mesas. Comieron Miel Griega y Cerveza de Lochlinn, patos de Achill, manzanas de Emain y venado de las Colinas de Caza; comieron trucha y huevos de grévol y de chorlito, y una cabeza de jabalí por cada Rey en la compañía. Y estos son los reyes que se sentaron a la mesa con el Rey de Eirinn: el Rey de Sorchá, el Rey de Hispania, el Rey de Lochlinn y el Rey de Isla Verde, que tenía por hija a Rayo de Sol. Y también estaban los mejores héroes de Lochlinn, los mejores cuenta-cuentos de Alba, los mejores bardos de Eirinn. Derribaron la tristeza y elevaron la música, y los arpistas tocaron hasta que el gran campeón Quiebra-Escudos contó una historia del reino de Grecia y cómo él había cazado a los tres leones que mantenían cautiva a la hija del Rey. El festín duró seis días, y cada día era mejor que el anterior, y la risa que rieron cuando Witless, el Tonto Sajón, contó cómo debió terminar la historia de Quiebra-Escudos, sacudió las juntas de cada chimenea del Castillo, y los tiró al suelo en carcajadas.

El Rey de Irlanda vivió largo tiempo, pero murió cuando sus hijos se encontraban en su fuerte adultez, y después de esto, la Isla

del Destino fue reinada en igualdad por dos. Uno reinaba sobre la corte y las ciudades, los puertos y los establecimientos militares. El otro reinaba sobre los parajes desiertos, las villas y los caminos por donde los hombres sin amo caminaban. Y las hazañas de uno se encuentran en las historias que los bardos han escrito en el lenguaje de los cultos, y las hazañas del otro se cuentan en las historias que contamos gente como tú y yo.

Cuando crucé el Vado

Ellos daban la vuelta por el Paso de la Montaña

Cuando pis en los Escalones

Ellos viajaban por el Camino de Cristal.

